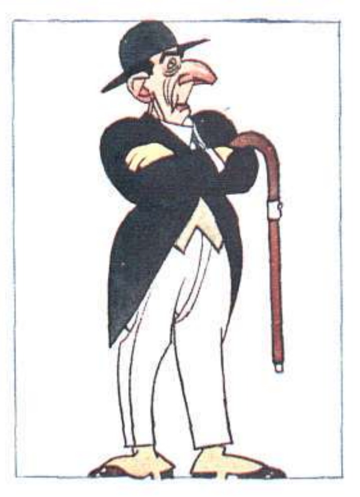
CARAS Y CARETAS

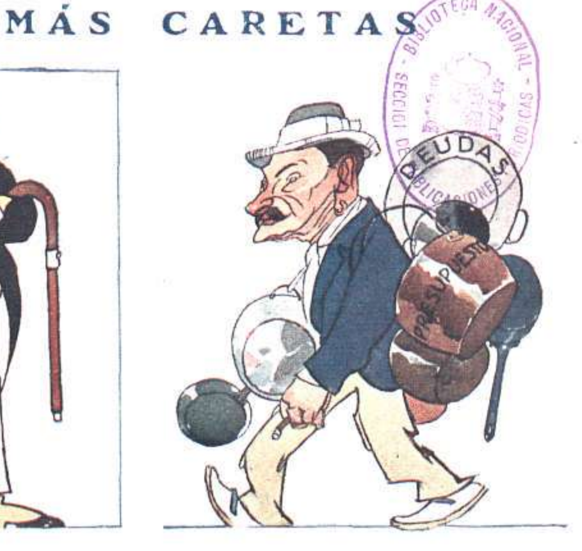
MÁS CARAS Y MÁS CARETAS



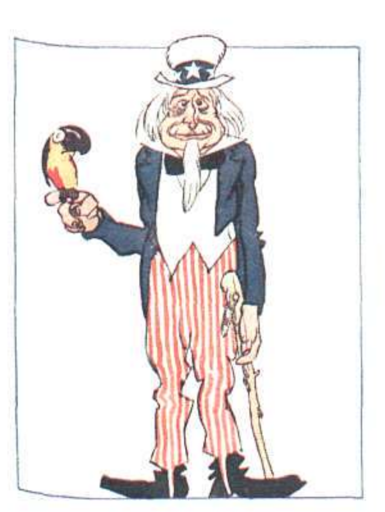
ALVEAR. — De mascota.



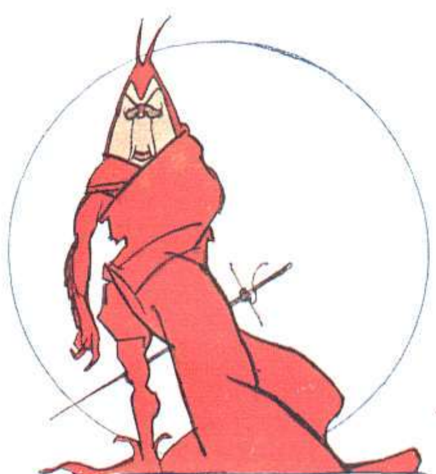
NOEL. — De Alvear.



HERRERA VEGAS. — De tachero.



LE BRETON. — De tío Sam.



IRIGOYEN. — De Mefistófeles.



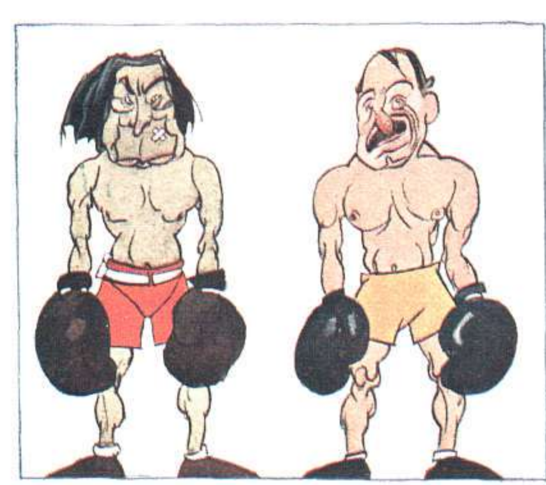
ELPIDIO. — De Moreira.



GALLARDO. — De gallardo paje.

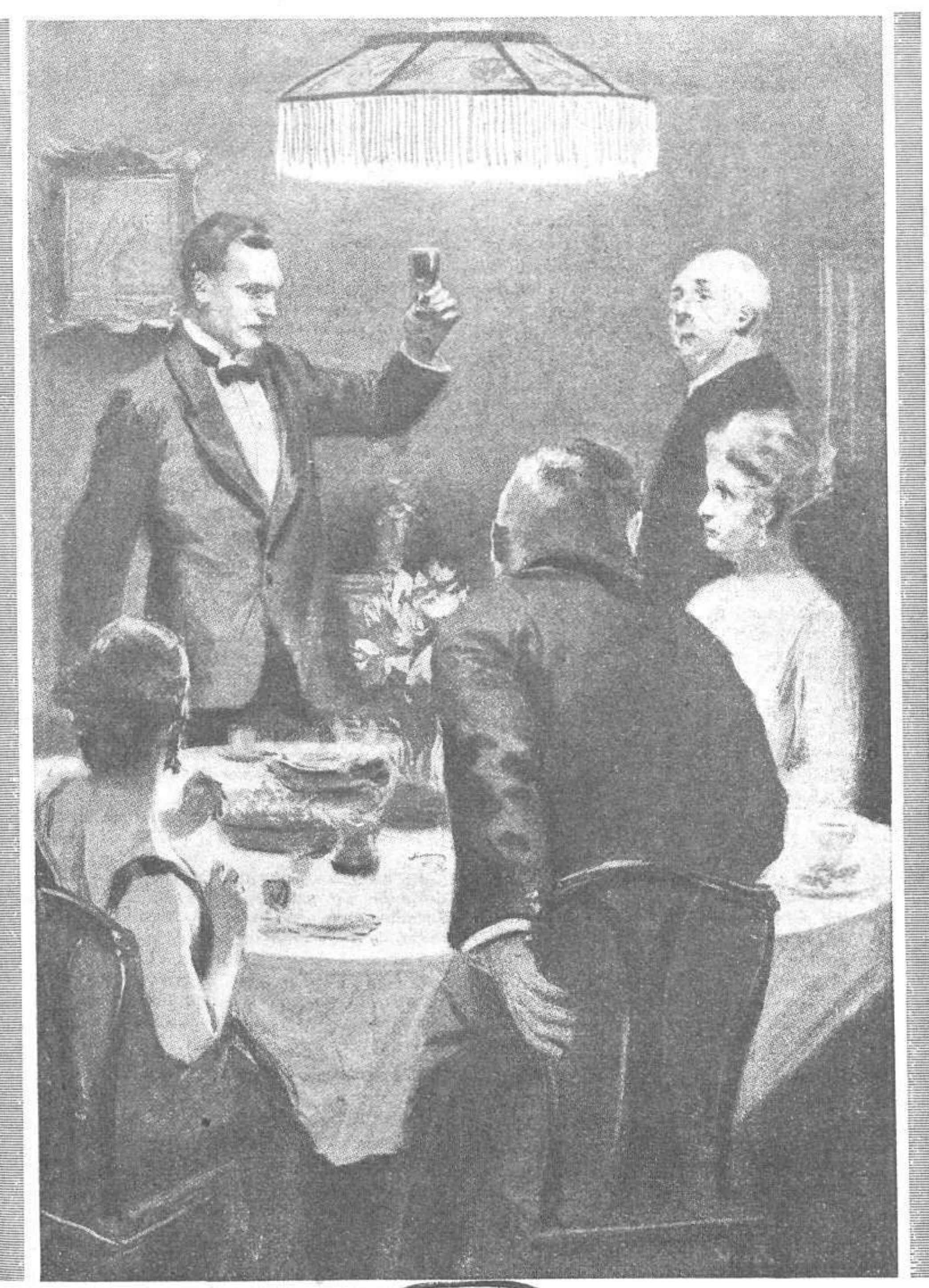


MATIENZO. — De pastor protestante.



BRAVO Y GOYENECHE. — De pugilistas.


En esa época crítica
de la juventud femenina...
Cuando el cuerpo adelgaza visiblemente y el rostro palidece y se demacra. Cuando el estómago se resiste a recibir alimentos y el desfallecimiento general es la nota dominante de ese organismo delicado. Cuando el cuerpo no se nutre en proporción a sus necesidades y se halla predispuesto, en razón de su propia debilidad, a contraer enfermedades incurables...
Entonces:
IPERBIOTINA MALESCI
es el tónico indicado para hacer fluir por el cuerpo, para transmitir por los nervios y llevar por las venas nueva vida, nueva fuerza y nutrición perfecta a todos los órganos debilitados.
VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS.
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.
Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:
M. C. de MONACO
Viamonte, 871 - Buenos Aires



—¡BIEN; QUE ÉSTA SEA UNA MALDICIÓN PARA TODOS USTEDES, MISERABLES CANALLAS!

TENDIENDO LA RED

POR WILLIAM LE QUEUX

—¡Verdaderamente lo que usted acaba de decirme, señorita Mitcheson, parece increíble! — exclamé yo.

—Le digo, Blake, que usted se encuentra entre gente muy curiosa. Le están engañando, justamente como han engañado a otros — observó el compañero de la joven, un hombre elegante y bien parecido llamado Sheil Adams.

Confieso que no podía llegar a comprender bien a aquella joven y algo misteriosa pareja.

Otra tarde, al principio de la

semana, el señor Sheil Adams hizo una visita a la señora de Hagelthorn, en Harrow Square, donde yo estaba empleado como mayordomo, y me preguntó si le sería posible verme privadamente después que terminara con mis obligaciones.

Esto me sorprendió algo, pero despertó mi curiosidad, como es de suponer; así que lo cité en un bar cerca de la estación Victoria.

Bajo promesa de guardar secreto me reveló quien era. Después me invitó a cenar con su prometida el próximo martes en un restaurante italiano de los más tranquilos.

Cenábamos en un comedor reservado cuando la señorita Mitcheson me reveló algo que me dejó desconcertado.

— Vea, señor Blake — dijo la rubia y lindísima joven — necesitamos su ayuda. Usted conoce el carácter de su patrona y de Brambley y de su amigo Lindbeck, y usted sabe también algo de sus intenciones. El señor Adams y yo queremos atraparlos — continuó ella, mirándome a los ojos encarecidamente — y cualquier dato que usted nos proporcione nos sería de una gran utilidad.

— Confiamos en usted, Blake. Ahora sabe por qué lo cité y por qué tengo en usted confianza — agregó su compañero.

— Pero yo no tenía idea de todo esto, señor — exclamé. — La señora de Hagelthorn es, según puedo ver, una dama de fortuna y de alta reputación. Tiene infinidad de amigos.

— Para los ojos de aquellos que no conocen sus verdaderos hechos, es encantadora — dijo riendo el señor Adams, a quien yo había mirado al principio con desconfianza, aunque sus declaraciones me habían dejado estupefacto. — Es una de las mujeres misteriosas de Londres, Blake; así que guarde silencio y haga lo que yo sé que usted puede hacer. Su reputación como mayordomo es de las mejores, de esas de un digno sirviente de la escuela antigua, y sé que nos ayudará en nuestro objeto en todo lo que le sea posible.

— Ciertamente que lo haré, señor — fué mi rápida contestación. Y entonces me dió algunas instrucciones para estar alerta y comunicarme con él en secreto.

La noche siguiente hubo una cena en Harrow Square. Yo había hecho ya pasar varios de los invitados cuando una vez más volvió a sonar el timbre y abrí la puerta.

— Buenas noches, Blake. ¿Cenará el señor Brambley con nosotros esta noche? — preguntó Harold Crampton, un joven alto, moreno y de figura atlética, mientras me entregaba su sobretodo. Su voz tenía un sonido particular y sus modales eran raros. Era una visita habitual y personaje muy espiritual en su conversación.

— Sí, señor — respondí, — y también los señores Lindbeck y Sheldon Moore y la señorita Kershaw.

Lo conduje al gran salón donde mi patrona, la señora de Hagelthorn, que vivía con gran aparato, se encontraba ya con sus invitados.

Era una señora de pelo gris, de aproximadamente sesenta años de edad, bien conservada y aún con rastros de belleza. Vestía extremadamente bien y contaba con un excelente círculo de amistades.

La casa estaba amueblada con exquisito gusto. El gran salón de la planta baja había sido decorado recientemente. Su esposo fué, según decía, un armador de Glasgow, que al morir le había dejado una buena fortuna. Su sobrino Ronald Brambley era un hombre corpulento, de cuarenta años; la visitaba casi diariamente, pues él se ocupaba de las finanzas de ella y a menudo pasaban horas enteras en la biblioteca, discutiendo sobre inversiones y asuntos similares. La señora de Hagelthorn daba con mucha frecuencia bailes, y aquella noche lo había, pero antes daba una cena a los amigos íntimos.

El señor Lindbeck, un caballero noruego de unos cuarenta y cinco años, lleno de buen humor, contaba algunas chistosas historias, causando gran regocijo entre los comensales.

El joven Crampton se mantenía silencioso; noté que algunas veces su risa era forzada. La dueña también se apercibió de ello, y dijo:

— ¿Qué le sucede esta noche, Harold?

— ¡Oh, nada! — contestó él con forzada sonrisa; y cambió la conversación.

Habían llegado a los postres y yo estaba terminando de servir el Oporto, cuando ocurrió un incidente extraño.

Harold Crampton, con la cara más blanca que la pechera de su camisa, se levantó, y, volviéndose hacia la señora con la copa levantada, exclamó en alta y alterada voz:

— ¡Bien; que ésta sea mi maldición para todos ustedes, miserables canallas!

Brambley y Lindbeck saltaron de sus sillas, en tanto el tomaba el Oporto de un solo trago.

— ¿Qué quiere decir este insulto? — preguntó Brambley furiosamente, mientras las damas se erguían temblorosas.

Crampton abrió los pálidos labios como intentando contestar, pero ningún sonido salió de ellos. Se tambaleó y repentinamente cayó al suelo contrayéndose hasta formar una pelota sobre la alfombra... ¡Estaba muerto!

Los otros cambiaron miradas de estupor, pero sin decir una palabra. Estaban vacilantes y horrorizados. Brambley y yo corrimos hacia él y nos arrodillamos a su lado. Pero estaba bastante claro que había dejado de vivir.

El doctor, a quien llamé por teléfono, declaró al instante que la muerte había sido producida por cianuro de potasio, pues un pequeño frasco que había contenido el veneno fué encontrado en uno de los bolsillos de su chaleco.

La sensación que causó el suicidio fué completa, y los que iban llegando para la fiesta tuvieron que volverse.

El interrogatorio judicial tuvo lugar dos días después. Yo sabía positivamente que el señor Brambley había registrado los bolsillos de Crampton antes de la llegada de la policía, y sospeché que había sacado algunos papeles del bolsillo interior del smoking del muerto. Estos datos se los dí en secreto al señor Adams. Las últimas palabras del infortunado joven fueron cuidadosamente suprimidas en las declaraciones dadas al juez.

Yo no fuí citado como testigo, pues mi patrona me ordenó que me quedara en la casa para que en caso de que fueran los representantes de la prensa me entendiera con ellos. El abogado representante de la señora de Hagelthorn manifestó su creencia de que el señor Crampton se había suicidado en un momento de enejenación mental, producida tal vez por cuestión de amores. Efectivamente, la señorita Kershaw, citada como testigo, declaró que el día anterior le había pedido que se casara con él, a lo que ella rehusó.

Para mí esto parecía más que curioso, pues la señorita Kershaw, que era una excelente bailarina, bien conocida en los clubs nocturnos, era una amiga particular del señor Brambley, de lo cual Crampton estaba muy al corriente.

Sin embargo, los desesperados esfuerzos de mi patrona para echar tierra al asunto tuvieron éxito, y el fallo pronunciado fué «Suicidio».

Había pasado casi un mes. Varias veces vi al señor Adams y la señorita Mitcheson, y no entraba una vez en el comedor que no me fijara en el sitio donde cayó el infortunado joven para llevarse el secreto con él a la tumba.

¿Pero qué podía ser el secreto? ¿Por qué llamó a

los invitados «miserables canallas»?

Otra mañana, Carr, el chauffeur, condujo a la señora a Brighton, donde pensaba pasar una semana, y antes de salir me dió algunas instrucciones.

Esa misma tarde llegó el señor Brambley.

—¿Está mi tía en casa, Blake? — me preguntó al entrar.

Le dije que no y le dí un mensaje que tenía para él.

Por un momento pareció sorprendido; después me pidió una taza de te y entró en la biblioteca.

Cuando le llevé el te se volvió bruscamente y me dijo:

—Vea, Blake; creo que una joven llamada Mitcheson vendrá para ver a mi tía. Si viene, usted le dirá que se ha ido a París y que no volverá hasta dentro de un mes. ¿Comprende? Mi tía no quiere ver a esa joven.

Me dejó estupefacto. ¿Qué otro complot había entre manos?



—¡IMPLORO DE USTED, SEÑORA, QUE TENGA UN POCO DE COMPASIÓN PARA DICK!

—Muy bien, señor — respondí, y lo dejé con el te y sus cigarrillos.

Media hora después de marcharse, el timbre sonó dos veces en rápida sucesión, como si la persona que llamaba estuviera impaciente. Al abrir la puerta me encontré con la señorita Mitcheson; traía un elegante sombrero y un traje que llevaba el inconfundible *cachet* de una modista de la calle Dover.

Muy excitada, me preguntó si estaba la señora de Hagelthorn, y yo, fingiendo no conocerla, con una pequeña reverencia, le contesté que estaba ausente.

—Yo soy la señorita Mitcheson — dijo ella, para que los otros sirvientes pudieran oir. — Cuando regrese ¿quiere decirle que necesito verla muy urgente? La llamaré al teléfono esta noche a las diez.

—Temo que la señora de Hagelthorn no estará aquí, señorita. Está en París — respondí yo.

—¿En París? — exclamó la jovencita sorprendida. — ¿Cuando regresará?

—Creo que estará afuera una semana o dos — fué mi contestación. — Sus viajes son siempre poco seguros.

—En este caso tendré que ir a verla allí — dijo ella con prontitud. — ¿Dónde está parando? Es muy importante que la vea lo más pronto posible, sumamente importante en su propio interés — agregó con misterioso énfasis en sus últimas palabras.

—Siento no poder decirle dónde está la señora de Hagelthorn, señorita — dije yo enteramente confundido por sus últimas palabras, — pero si usted quiere volver mañana, tal vez pueda averiguarlo, — agregué con diplomacia, pues me pareció por su actitud que el caso había tomado un rumbo que me hizo reflexionar.

De pronto se enderezó y con una significativa sonrisa, contestó:

—Muchas gracias. Volveré mañana por la mañana, a las once. Tal vez pueda tener noticias de la señora.

—Muy bien, señorita — dije yo; y mientras ella descendía la escalinata cerré la puerta.

¿Por qué se había ido la señora de Hagelthorn tan inesperadamente a Brighton si no era para evitar el encuentro con la señorita Mitcheson? ¿Sospecharía? Aparentemente, por las órdenes de Brambley, ni tía ni sobrino deseaban verla.

Mi esposa estaba en la cocina con nuestra hija Cissie, así que la llamé afuera y le conté la visita de la joven.

—En tu lugar, Bob, telefonearía a Brighton, a la señora, y le diría lo que esa joven te dijo. Parece todo muy curioso. Evidentemente el señor Brambley sabía que ella tenía que venir. ¿Quién será esa muchacha?... ¿Acaso ellos le tienen miedo?

—Eso es justamente lo que yo estaba pensando — respondí. Había dado mi palabra de honor, así que nada dije a mi esposa respecto a lo que sabía de los patrones.

—¿Por qué no telefoneas primero al señor Brambley?

—¡Una buena idea! — exclamé.

Fuí a la biblioteca, serían las ocho, y llamé al señor Brambley. Pero Bright, su mucamo, me dijo que su patrón había salido; que cenó temprano y salió con la valija para pasar la noche afuera, pero no sabía adonde.

Media hora después hablé con la señora de Hagelthorn, en el hotel de Brighton. Cuando me puse en comunicación con ella parecía de mal humor, indignada por haber sido interrumpida, tal vez, en su partida de *bridge*.

Pero yo, con la mayor indiferencia le dije lo que la joven que estuvo a buscarla había dicho, y le rogué que me indicase qué debía contestarle cuando volviera a la mañana siguiente.

Con bastante claridad pude comprender que mis palabras causaban alarma a mi patrona.

—Blake... yo... yo... claro, has hecho bien, pero... — y su voz delataba su excitación. — ¿Has telefoneado a mi sobrino?

—Sí, señora. Pero ha salido por toda la noche.

De nuevo vaciló.

—¿Dices que... que ella mencionó que el objeto de su visita era en mi interés?... ¿Estás seguro de eso... bien seguro?

—Segurísimo, señora. Eso era lo que me preocupaba.

—¡Muy bien... muy bien! — contestó ella. — Cuando la joven vuelva dile que la recibiré en casa a las cuatro de la tarde. Estaré ahí para la hora del almuerzo. Pero sobre esto no hay que decir nada al señor Brambley, nada absolutamente,

Blake... ¿comprende? No quiero incomodarlo; ¡está tan ocupado!

Cuando la señora regresó noté que se hallaba excitada y preocupada por la visita de la joven. Después de hacerme varias preguntas sobre la visitante, a quien yo había citado para las cuatro, me dijo:

— Gracias, Blake. Hiciste muy bien en informarme sobre esto.

Después subió a su habitación donde Beeston, su doncella, la esperaba.

Minutos después de las cuatro apareció la señorita Mitcheson, y la conduje a donde la señora la esperaba. Entonces con curiosidad, por lo que espero el lector me perdone, pues había recibido ciertas instrucciones del señor Adams, me acerqué a la puerta, que a propósito había dejado un poco abierta, y aplicando el oído escuché. La voz de la señora llegaba con bastante claridad.

— No, a no ser que usted y sus amigos me traigan la suma que yo indique antes de mañana al anochecer. Estoy hastiada de estos asuntos. Ustedes no se están portando debidamente. El hizo el trato y seguramente intentará mantenerlo.

— ¡Pero yo le pido, es más, imploro de usted, señora de Hagelthorn, que tenga un poco de compasión para Dick! — clamaba la joven desalentada. —Yo... yo... — pareció como si rompiera a llorar.

— Es una tontería llorar — dijo mi patrona rudamente. — Sus lágrimas nunca me conmoverían. Ustedes no se portan como debían.

— Ni usted tampoco, señora — replicó la joven con prontitud, conteniendo las lágrimas.

— Eso es asunto mío — gruñó mi patrona.

— Usted ha hecho caer a Dick en una trampa — afirmó la joven. — El no lo sospecha, pero yo sí. Sí, señora, sé más de lo que usted cree. Dick jamás soñó que el señor Brambley se había hecho su amigo con un objeto... ¡para presentarlo a usted!

— ¿Cómo?... ¿Qué quiere decir? — exclamó la señora en voz alta y resentida. — No voy a permitir que se me insulte de esta manera. Le he dicho que si me trae el dinero... o la otra garantía... para mañana por la tarde, no tomaré medidas.

— ¡Pero Dick no tiene el dinero! — exclamó la joven con desesperación. — ¡No podrá conseguirlo!

— Ya le he dicho cual es mi intención — respondió la señora con voz firme y resuelta.

— ¡Pero piense... piense lo que esto significará para nosotros! — gritó la joven frenéticamente.

— Es inútil seguir discutiendo el asunto. Tal vez sería mejor que usted viera a mi sobrino en sus habitaciones de la calle Half Moon esta noche. Dígale que esté allí a las ocho.

La oí cruzar la habitación para llamarme con el timbre.

Esperé unos momentos antes de contestar a su llamado, y después acompañé a la joven hasta afuera. Mientras tanto cambiábamos algunas significativas miradas. La trampa tendida estaba bien cebada.

Aquella conversación se revolvió en mi mente toda la tarde, pues Brambley llegó media hora después y por largo rato se encerró con su tía en la biblioteca.

La señora me dijo que sólo recibiría al señor Lindbeck, quien llegó como a las seis y media para hablar con ella y el sobrino. Al salir media hora después dijo a mi patrona:

— Volveré mañana y tal vez pueda contarme algo más.

— Espero que sí — dijo ella riendo.

Un poco después me llamó para decirme:

— Blake, esta noche cenaré afuera y no volveré hasta después del teatro. Si alguien llama dices... ¡oh! bueno... dices que no he regresado aún de Brighton y que no sabes cuando volveré. Pero, claro, serás discreto. Hiciste muy bien en informarme sobre esa impertinente joven.

El hecho de que la señora estuviera afuera esa tarde me hizo tomar la resolución de ir a observar las habitaciones de Brambley para presenciar la llegada del amigo de la señorita Mitcheson.

Llegué a la esquina de Piccadilly y Half Moon a las ocho menos cuarto. A las ocho menos cinco vi llegar a Brambley, y diez minutos después un caballero como de treinta años, quien dobló por Piccadilly y se cruzó conmigo murmurando palabras de saludo, se detuvo en la casa donde vivía Brambley y tocó el timbre. Era el señor Sheil Adams.

El era el «Dick» a quien la señorita Mitcheson se había referido en su frenético ruego.

Lo que sucedió en las habitaciones de Brambley no lo sé. Pacientemente esperé que saliera el visitante, lo que no sucedió hasta media hora después, y noté en sus ojos una mirada de firme resolución.

Dobló hacia Piccadilly Circus y lo seguí. Entró en un gran café al final de Piccadilly, donde su prometida lo esperaba impacientemente. Cambiaron algunas palabras y la señorita Mitcheson salió, seguida de su compañero.

La pareja caminó por la calle Compton y entraron en un restaurante, donde me reuní con ellos y charlamos un rato. Aparentemente todo marchaba bien.

Cuando la señora regresó, yo estaba allí para abrirle la puerta.

— ¿No ha telefoneado mi sobrino? — fué su primera pregunta, a la cual, con una reverencia, le contesté negativamente.

— ¿Nadie llamó?

— Nadie, señora.

Pareció tranquilizarse, y entregando su tapado a la doncella subió a sus habitaciones.

Justamente al atardecer del día siguiente sonó el timbre de la puerta, y de nuevo me encontré frente a la señorita Mitcheson.

— La señora de Hagelthorn se ha ido a Brighton — dije yo, según la orden que tenía.

Ella sonrió picarescamente.

— Gracias — respondió. — Cuando regrese dígale que no volveré a visitarla.

Se volvió bruscamente y descendió la escalinata.

Al instante fuí a informar a mi patrona.

Estaba escribiendo una carta. Sus cejas se fruncieron y noté que las mejillas se le ponían pálidas.

— Muy bien, Blake — contestó reponiéndose, — está bien.

Pero yo podía ver que todo... *no estaba bien*...

Como media hora después abrí la puerta a Brambley, a quien acompañaba Lindbeck, y tuvieron una larga conversación en la sala. De pronto la conversación pareció acalorarse y oí a Lindbeck que con toda claridad llamaba estúpida a mi patrona.

Esto me hizo prestar más atención, y con gran sorpresa la oí asegurarle que aunque la joven Mitcheson la había amenazado, no tenía miedo.

— Si ella dice una palabra, entonces su novio, Adams, será también arrestado — dijo ella. — ¡Y seguramente que él no se atreverá a afrontarlo!

— ¡Ah! Ahí es donde usted se equivoca — dijo Lindbeck. — Si él confiesa nos encontraríamos muy comprometidos... ¡usted especialmente!

— Y usted también, mi querido amigo — replicó la señora. — El hecho es que estoy cansada de todo esto. Recuerde como Harold Crampton...

— Basta — gritó Brambley. — Cuanto menos se hable de este asunto será mejor. Adams es honrado, después de todo. No lo sabíamos, o nunca lo hubiéramos metido en esto.

— ¡Bah! — exclamó Lindbeck. — El parece tener una cosa absurda que llama honor.

— Tomaremos una determinación. — sugirió la señora. — Fácilmente podemos hacer arrestar a

Adams, porque podríamos dar pruebas de su falta sin temor de ser descubiertos.

— Una buena idea, claro — dijo Brambley. — Pero recuerden que la muchacha sabe demasiado. Conoce nuestro juego y sospecha del asunto de Crampton.

— ¡No hables tan alto, estúpido! — exclamó mi patrona, y entonces la voces decayeron sin que yo pudiera alcanzar a oirlas.

A las cinco llegó el señor Adams acompañado por la señorita Mitcheson, quien me preguntó si estaba la señora en casa.

Con una sonrisa les di una respuesta evasiva, y subí para informar a mi patrona.

— ¡Ah! Así que ha vuelto después de todo... ¿eh? Sí, que pasen — y conduje a la pareja a la sala.

La señora pidió el te, lo que me sorprendió, y cuando entré para servirlo me encontré con la joven y su novio cómodamente sentados y la señora que sonreía amablemente; en el momento que yo les servía el té, con los modales más cariñosos, les invitó a ambos para un baile que pensaba dar tres días después. La señora de Hagelthorn, tan lista como era, había caído en la trampa.

Al día siguiente la señora se fué a Lindhurst, en New Forest, para pasar unos días con una amiga, así que quedé solo. El baile había sido postergado. A la mañana siguiente llegó Brambley para ver la correspondencia, y después, como yo no tenía gran cosa que hacer, resolví vigilar sus habitaciones.

Con este objeto me situé nuevamente en la esquina de Piccadilly y Half Moon, en un lugar desde donde podía ver a todos los que entraban en la casa. Esa tarde entraron dos personas, con intervalo de hora y media, ambos jóvenes y bien vestidos, quienes quedaron como media hora y después salieron en dirección de Piccadilly Circus. Más tarde llegó Lindbeck y a las once salieron ambos juntos y se metieron en un club nocturno de la calle Regent.

Pero la parte más curiosa fué que varias veces noté la presencia de un hombre de edad madiana, traje obscuro y sombrero de felpa, que parecía observar furtivamente. Lo vi primero al lado opuesto de Piccadilly, paseándose como si esperara a alguien, y después me siguió hasta la débil luz de la entrada del club donde Brambley y su amigo se habían metido.

¿Por qué me estarían siguiendo? ¿Sería posible que la señora y sus misteriosos amigos mantuvieran una especie de contraespionaje, de modo que pudieran saber si alguna persona les seguía los movimientos? Parecía así, y confieso que regresé a Harrow Square más intrigado que nunca.

Otra tarde, la siguiente del regreso de la señora de Hagerthorn de Lindhurst, el señor Sheil Adams llegó para ver a la señora. Estuvo con ella como unos veinte minutos, y cuando descendía la escalera sonreía irónicamente; al pasar junto a mí cuando yo le abría la puerta, murmuró un alegre saludo.

Aquella noche Brambley y Lindbeck cenaron con mi patrona y después pasaron a la sala donde les serví el café.

Apenas había terminado de hacer esto cuando sonó el timbre de la calle, y al abrir la puerta me encontré frente al mismo individuo que con tanta insistencia vigilaba en la calle Half Moon.

— ¿El señor Blake, ¿no? — preguntó cortésmente.

— Sí, yo soy — respondí en la más humilde forma.

— Yo soy un oficial de policía y tengo un auto aquí para que me acompañe — dijo él en tono confidencial. — No importa el sombrero, vamos. Estará de regreso antes de que noten su desaparición. El señor Adams necesita verlo.

Pronto estuvimos en Scotland Yard, donde fuí conducido a un despacho para verme frente al señor Adams y otra persona de más edad.

— Señor Blake, siento tenerle que causar esta incomodidad — dijo aquel respetable señor. — Haga el favor de sentarse. Todo lo que necesitamos de usted es que nos ayude contestando a una o dos preguntas. Conocemos su buena reputación como servidor de las familias de la alta aristocracia y estoy seguro de que usted nos dirá la verdad.

— Espero que sí, señor — fué mi rápida respuesta.

Quedamos solos, pues el detective nos había dejado.

Yo fuí franco en mis respuestas y le dije todo lo que ya he escrito.

— Usted estaba presente cuando el señor Harold Crampton se suicidó. ¿Dijo algo antes de tomar el vino tan dramáticamente? — me preguntó.

Repetí exactamente lo que el pobre joven había dicho, y, respondiendo a otras preguntas, le dí noticias de muchos otros visitantes de mi patrona.

En ese momento el teléfono, que lo tenía a mano, llamó. Después de dejar el aparato se volvió hacia mí y me dijo sonriendo:

— Su patrona, su simulado sobrino y Lindbeck están ya en Bow.

— ¿Arrestados? — gesticulé yo.

— Sí — me dijo. — Lo que usted me acaba de decir será de gran valor y mañana tendrá que repetirlo en los tribunales. Ahora ya sabe la verdad. La señora de Hagelthorn, su supuesto sobrino y ese hombre Lindbeck son todos agentes secretos de una potencia extranjera. Después de la guerra se han vuelto a emplear todos los antiguos métodos para descubrir nuestros secretos comerciales y los procesos secretos de fabricación. Con ese objeto ella actuó como una rica y filantrópica dama, amante de la joven sociedad y pronta para hacer préstamos a los jóvenes que en estos días se encuentran faltos de dinero. Los préstamos son siempre hechos con gran discreción.

El método es muy sencillo. Ese hombre Brambley quien, a pesar de pasar por inglés, es realmente sueco, primeramente traba amistad con un joven que está en posición de revelar los secretos de la firma que lo emplea, cualquier cosa que sea. Después es presentado a la mujer, quien le hace el préstamo, y entonces, después de un corto tiempo, ella empieza a presionarlo con miles de disculpas, claro. El joven que se ha estado divirtiendo, comúnmente con su novia, no puede pagar. Entonces Brambley interviene. Si el hombre cae, como ha sucedido tantas veces, entonces es divulgado el secreto y llevado a Berlín por Lindbeck.

— Nunca me imaginé que tal cosa estaba sucediendo, señor, hasta que el señor Adams lo insinuó — exclamé yo.

— Probablemente no — dijo él, riendo. — En el caso del señor Crampton obtuvieron el secreto de cierta fabricación de acero, pero él descubrió el complot demasiado tarde. El señor Sheil Adams, que es un miembro de nuestro servicio secreto, ayudado por su novia pretendió encontrarse en una situación crítica, y en consecuencia cayeron en la red que hábilmente les tendió.

Confieso que no podía expresar la indignación que sentí de haber estado al servicio de semejante gente.

Transcurridos tres meses se celebró el juicio *en camera*, y, después de haber sido yo llamado como testigo, mi ex patrona fué sentenciada a diez años de servicio penal, Brambley a un castigo similar y Lindbeck a cinco años de prisión para ser después deportado.

F I N



PECADO MORTAL



Era tan fea, que quien miraba su rostro difícilmente podía olvidarla; su fealdad casi trágica ostentaba rasgos en tal anarquía con las leyes de la estética que su recuerdo pegábase en la memoria como una grotesca calcomanía.

La conocí en circunstancias especiales. Acaso la vida quiso poner ante mis ojos un caso de esos, en que nos es dado comprender la profundidad insondable del alma humana.

Aquel verano lo pasamos en un pueblo del norte; nuestra casa era de edificación anticuada, techo de tejas, un corredor que circundaba toda un ala del edificio, donde trepaban los suspiros y un viejo rosal manto de oro, que en primavera daba pródigamente, como las almas buenas, sus flores a manos llenas.

Dividida de la nuestra por una tapia derruída, que vestía con pudor de monja, una enamorada del muro, hallábase la casa en que habitaba ella.

Se llamaba Amalia Márquez; era huérfana, sola en el mundo, y su corazón estrujado por los desengaños, incapaz, al parecer, de ternura y de emoción, debía estar marchito y frío.

No se le conoció jamás otro amor que el Divino, pues Amalia Márquez era una «beata» de antiguo cuño, con el alma moldeada en dogmas de sacristía.

Su vida, supeditada a su devoción, no tenía otra orientación que la iglesia. Pasaba su día mascullando oraciones, con el oído atento a la voz mística de la campana que llamaba a los fieles a novenarios y ceremonias.

Desde mi casa oíala yo andar por el huerto, o por el corredor vecino, golpeando las baldosas con sus tacones de palo, y a veces la oía también suspirar como si una pena muy honda trabajara su espíritu.

Mi afán de comprender almas me llevaba a toda suerte de conjeturas. ¿Por qué suspiraba Amalia Márquez tan doloridamente? ¿Qué congoja podía haber en aquella vida solitaria, en aquel espíritu refugiado en la religión?

Me propuse estudiar aquel ser extraño.

Todos, en la vida, tenemos un ideal: éstos la ciencia; aquéllos el arte; los otros la fortuna o la gloria; los de más allá el amor, fuerza suprema que eleva o precipita las almas en el caos.

Pero en aquel ser... en aquel ser escueto, frío, sobre cuyo pelo renegrido y crespo comenzaba ya a nevar, ¿qué razón de vida había? ¿Cuál era el dinamismo interior que determinaba sus acciones? Pronto comprobé que en aquel corazón sólo había cenizas.

Las horas pasaban para ella lentas y abrumadoras; sus manos inútiles apenas si sabían tomar la aguja para echar con la mano izquierda un remiendo de puntadas desiguales.

Amalia Márquez no tejía, no bordaba, no cultivaba la música, ni tenía gusto por ella. Sus escrúpulos la llevaban hasta escandalizarse ante el ritmo embriagador de un tango, que le sugería la imagen de un hombre y una mujer muy unidos. En su mundo espiritual no había luz. La lectura hubiera podido mostrarle nuevos horizontes, pero, por orden de su confesor, ella no leía sino absurdas vidas de santos que morían entre la suciedad, para que sus almas se fueran muy limpias al cielo.

Alguna vez que se publicó un cuento mío se lo pasé por sobre la tapia; pero ella me lo devolvió con la faz incendiada por un rubor que habría sido digno arrebol en una tez de quince abriles.

— Perdone, no puedo leer novelas; mi confesor me lo prohibe... Además soy hija de María.

En las mañanitas de invierno, cuando apenas clareaba el día, ya estaba ella en pie. Yo la oía regañar a la criada desde mi cama tibia, por motivos triviales.

Una vez se dió el caso de que la engañó la hora (una mala pasada que le jugó su reloj... un reloj muy alegre y parlanchín, que daba horas, medias y cuartos con toque de cristal y que sin duda no resistió a la tentación de burlarse de ella), y llegó al convento cuando aun las monjas dormían. Su llamado fué ocasión de alarma entre las santas mujeres.

Aunque mis relaciones con ella eran muy cordiales, yo no era ajena a una secreta cólera que alimentaba en su interior contra mí.

Mis diversiones de muchacha de mundo, de las que invariablemente se enteraba interrogando a mi sirvienta, le ponían carne de gallina.

Después me interpelaba a mí, directamente, para corroborar sus datos, con un tonito despectivo que le alargaba un jeme la cara y le contraía la boca sin dientes en un gesto de dolor.

— ¿Va al baile de máscaras esta noche?

— Tal vez... si no hay inconveniente.

— ¿Qué traje se pondrá?

— Unos velos de odalisca y una tiara de perlas.

— ¿Una tiara? ¿Como la del señor obispo?

— Más o menos...

— ¡Qué disparate!

— ¿Por qué disparate? ¿Quiere verla?

Ardían sus ojos en fiebre secreta, y yo de un brinco iba a mi cuarto y volvía con las zarandajas de la mascarada.

— Pruébesela... — me decía con una curiosidad que no lograba disimular su encono.

Lo hacía por complacerla.

Me miraba con ojos despavoridos, y llevábase una mano a la frente como si quisiera ahuyentar malos pensamientos.

— Y eso, ¿queda desnudo? ¿No lleva algo en los brazos ni en el cuello?

Se escabullía con un gesto trágico al oir mi respuesta afirmativa, y desde lejos, como un murmullo, llegaban hasta mí sus condenaciones:

— ¡Vaya con las niñas cristianas! Eso es una vergüenza...

Mi predilección por las plantas me llevaba al jardín cada minuto que tenía libre. Aquel año la





primavera se adelantaba, y las tapias comenzaban a vestirse de los primeros brotes. Ella, que era de salud precaria y ansiaba el calor como si esperara que el buen tiempo retemplase a la vez el alma y el cuerpo, espiaba las yemas que iban reventando de los tallos henchidos de savia, y con cierta turbación me dijo un día.

— ¿Se ha fijado como está esta planta?

— ¿Cuál?

Estiró su mano nudosa y flaca llena de aristas, y señalando la tapia dijo, ruborizándose y excusando las expresiones claras:

— Esta... la del muro...

Casi lancé una carcajada.

— ¿La enamorada del muro querrá usted decir?

Bajó los ojos.

— Yo nunca digo esas palabras — replicó confusa.

II

En un año se produjo el derrumbe... porque este es el término exacto; un derrumbe físico y moral. Su salud se quebrantó más aún; sus suspiros se volvieron quejumbrosos. Me parece verla como un fantasma rondando el huerto... Su fealdad repulsiva me aparecía entonces como sublimada por un gran dolor.

— ¿Cómo le va, Amalia? — le gritaba por el fondo, pensando en hacerle o decirle alguna travesura. Pero al ver la tristeza inconmensurable que asomaba a sus ojos, en vez de burlarme de ella sentía deseos de consolarla, de acercarme a su pobre alma solitaria e incomprendida, que se me antojaba una lámpara votiva ardiendo eternamente en un templo vacío.

— ¿Cómo ha de irme a mí?... ¡Mal!... ¡mal! — murmuraba muy quedo.

— ¿Por qué? ¿Se siente enferma?

— No...

— Entonces no veo por qué le pueda ir tan mal.

— Ah... usted no sabe... yo voy a morir.

— ¿Quién piensa en morir con un día como éste? — decíale yo, deseosa de distraerla. — ¿No ve qué tarde tan espléndida? ¡Cuántas gentes que viven en la ciudad, en esos departamentos como jaulas, no envidiarán la felicidad de estar ahora aquí, en el jardín lleno de flores! ¿No ve usted que éste es el año de las rosas?...

Ella, sin responder, inclinaba la frente con tristeza y se alejaba con su andar de sombra.

Lo que más llegó a intrigarme fué su repentino desvío de las cosas piadosas; ya no comulgaba, y su antigua exaltación mística sólo se manifestaba en su esistencia a misa uno que otro día.

Su ánimo fué decayendo sensiblemente; la casita del lado parecía deshabitada; ya no se oía su rezongo con la criada o con el gato que se había bebido la leche, ni la eterna consulta sobre la hora o las posibilidades de lluvia, ni los comentarios sobre los chicos de la doctrina.

A veces un suspiro como escapado de un corazón que se ahoga llegaba hasta mí; después el silencio se hacía de nuevo.

Cierta mañana de verano que levantada desde temprano paseaba por el huerto, oí que la criada de mi vecina me llamaba.

— Niña... la señorita ha amanecido hoy muy mal. ¿Por qué no salta usted la tapia y viene a verla?

Más tardó ella en decírmelo que yo en encaramarme como un pillete a una higuera frondosa del fondo, y desde allí, haciendo pie en el muro, en saltar al otro lado.

— ¡Amalia! — grité para anunciarle mi irrupción en sus dominios. Pero nadie me contestó. Llegué a su cuarto, una piezucha monacal, con una cama blanca y pulcra, en cuya cabecera se hallaba en pleno la corte celestial representada en estampas y cuadros de oleografía barata. Amalia estaba en un rincón, acurrucada, como un perro castigado, con la cara más angulosa y demacrada que nunca, y los ojos llenos de sombras.

Repetí mi pregunta de siempre.

— ¿Está enferma? ¿Qué tiene? ¿Por qué no me confía su mal?

— ¿Para qué?

— Para consolarla. ¿No soy acaso su amiga?

— Sí, pero...

— Las penas compartidas se aminoran.

— ¡Oh!, mi mal no tiene remedio...

Inclinó la frente llena de surcos; entornó los ojos a través de los cuales me pareció ver asomarse la herida sangrienta de su alma, y de sus labios exangües salió algo como un sollozo, mientras sus manos se agitaban en el vacío con un ademán extraño.

Días después su mueca se trocó en expresión de estupidez. La boca apretada, como si temiera dejar escapar un secreto, se ablandó de improviso borrándose de ella todo reflejo de vida interior. Con frecuencia deliraba; y desde mi jardín, en donde simulaba leer en las azuladas tardes de verano, la veía yo vagar como una sonámbula del pensamiento.

Ahora estaba como dormida, dormida en quien sabe qué quimera, insensible a todo placer y a todo dolor.

Sus quejas fueron poco a poco revelando en ella un aspecto nuevo, como si subiera a la superficie el oleaje de su borrasca espiritual. De que existía un dolor muy profundo, que le devoraba la razón y la vida, yo no tenía duda. Pero, ¿cuál era la índole de ese dolor? ¿Qué pensar de una mujer casi vieja, de fealdad repulsiva, que había pasado toda su existencia dedicada a los santos y cuyos escrúpulos de beata le prohibieron siempre hasta mirar a los hombres?

¿Qué tormenta tardía se desencadenó en su alma, llevándola al extravío? ¿Qué pájaro azul de quimeras halló abierta la puerta de esa vieja torre derruída? ¿Qué lago de esperanza, tantos años dormido, se irisaba de espuma al soplo de locas ilusiones?

¡Pobre Amalia!... No puedo olvidarla en aquellos días en que yo aun atribuía a un trastorno puramente físico su abatimiento y su tristeza.

Unos parientes lejanos, sabedores del estado de su salud, condolidos tal vez de su soledad, la llevaron a consultar a un médico. Acaso éste sospechó la herida profunda que aquella mujer llevaba en su corazón, y haciendo uso de mil artimañas consiguió arrancarle parte de su secreto.

Amalia Márquez confesó que, en efecto, una pena muy grande la devoraba.

El médico supo luego que esa pena era un peca-





do que ella no se atrevía a confesar al sacerdote, y que pesaba en su pecho como una lápida.

Pero nada más logró saber... A sus preguntas volvió de nuevo a responder acurrucada y medrosa, como si todos sus escrúpulos la acosaran de pronto.

— Tengo un pecado... un pecado mortal...

Cuando yo supe esto me quedé perpleja.

¿Qué pecado podía ser ese? ¿Un escrúpulo de beata o una culpa real que gravitaba sobre su conciencia?

III

Después de su confesión, Amalia Márquez cayó en una terrible postracción, como si el esfuerzo que hiciera para confesar su misterioso pecado la hubiera aniquilado. Su razón se nubló.

Se pasaba los días en su cuartucho, sentada en un rincón, con la mirada fija en un punto imaginario o perdida en las lejanías de su mundo interior... Se negaba a tomar alimentos y a descansar, y, con la boca torcida en un rictus de dolor, repetía con persistencia.

— Fué un pecado... un gran pecado... Voy a morir.

La criada, su fiel compañera de todos los momentos, me miraba en silencio cuando iba yo a ver a Amalia, cual si escudriñara mi rostro. Tal vez imaginaba que yo había husmeado el secreto de su ama.

Una tarde la buena mujer me habló de aquella tragedia íntima, página novelesca de esa vida vulgar y oscura.

— Niña — me dijo, — ¿sabe lo que tiene la señorita Amalia?

Hice un signo negativo.

La mujer miró a todos lados y comprobando que estábamos solas murmuró a mi oído:

— Lo que tiene es mal de amor...

En otra oportunidad me habría reído de su ocurrencia; al oírla en aquel momento sentí una piedad inmensa que me hizo saltar a los ojos el llanto.

— ¿Cómo puede ser eso? Usted se equivoca sin duda.

La criada me hizo un largo relato, de tal suerte patético, que no me quedó duda de la verdad de su aseveración.

Amalia Márquez amaba...

He aquí, extractada, la historia de tan desatinado romance:

Antes de que viniéramos nosotros a habitar la quinta vecina, vivía en ella la familia de Aranda, gente amable y bondadosa, que bien pronto le cobró afecto a Amalia, cuya soledad moral enternecía a cuantos la trataban.

La amistad se estrechó; el corazón de la pobre solterona reverdeció al calor de esos afectos, y para nadie fué un secreto su marcada preferencia por Julio, uno de los muchachos, circunstancia que dió motivo al comentario risueño de las hermanas, quienes hasta se permitían bromas llamándoles «los enamorados».

Lejos estaba el gallardo joven de veinte y cinco años de sospechar la hoguera inextinguible que había encendido en el páramo de aquella alma.

Pasó el tiempo; la familia de Aranda cambió de domicilio, y Amalia, desde la distancia, siguió adorando a su quimera. Mas un día ocurrió el desastre. Julio estaba de novio y la solterona fué la primera en saber la noticia antes que trascendiera al público. Y fueron las mismas de Aranda las que, ajenas a su drama íntimo, quisieron asociarla a aquella alegría de familia.

Aturdida por el golpe, se reconcentró en sí misma; bebió sus lágrimas y ocultó su secreto.

Acaso una última ilusión la hizo aún aferrarse a la vida...

Luego los acontecimientos se precipitaron. Vino la boda de Julio Aranda, que encendió en la imaginación de aquella eterna célibe un volcán de devaneos. ¡Quién sabe qué escenas de ternura, que sus escrúpulos consideraban pecaminosas, la atormentaron desde entonces!

Y así, en una gradación lenta y terrible, la pobre solterona fué pasando por todas las fases, por todos los matices de la tortura. Tal vez llegó hasta desear la muerte de esa mujer que le robaba su único amor, su única ternura.

Acostumbrada al diario examen de su conciencia, retrocedía horrorizada ante aquel amor imposible que se alzaba en ella engendrando el odio, y que sus escrúpulos de beata le representaban como un pecado sin remisión.

¿Qué haría para contener el torrente? ¿Podía perdonar el cielo aquel amor humano? ¿Podía perdonar el buen Dios su íntima rebelión contra el destino que la privaba de la dicha de amar y ser amada?

Porque Amalia Márquez comprendía que su deber era sofocar aquel amor, aquella envidia, aquella cólera salvaje que se agitaba en ella con furia de tormenta...

IV

A los pocos días de conocer este silencioso drama de amor, desarrollado en la sombra como una flor abierta en la noche, la pobre Amalia Márquez fué internada en un sanatorio de enfermedades mentales.

Allí he ido a visitarla muchas veces, deseando prodigarle algún consuelo; pero mi intento ha sido vano. Amalia está ya al margen de la vida; su razón, nublada para siempre por su dolor, sólo tiene fugaces chispazos de lucidez, durante los cuales experimenta terribles crisis. Otras veces cae en el misticismo, y el visitante puede verla de rodillas, con los brazos en cruz, pidiendo al Padre Eterno perdón por el delito de haber amado demasiado... y confesando con un grito prolongado y lúgubre:

— Mi pecado... mi pecado mortal...



Los disfraces que usará Sarrasqueta en carnaval



DIBUJO DE REDONDO

Demostración

De José Vasconcelos.



El señor Angel Fernández Sierra durante el banquete que le ofrecieron sus numerosos amigos con motivo de su próximo viaje a Europa.

Para prosperar en este mundo se necesitan bienes materiales, lo elemental por lo menos para la vida, porque el que tiene por delante el problema de ganar duramente el sustento diario, el que vive encorvado con el arado doce horas diarias no tiene tiempo para desarrollar su mente. No es que su mente sea inferior; todas las mentes de todos los seres humanos son iguales; Dios ha hecho a todos iguales por más que digan los antropólogos; lo que viene a caracterizar a los hombres es el tiempo que pueden dedicar a las labores del espíritu, y ese tiempo lo marca su facilidad para ganar los bienes terrestres.

Así nosotros encontramos siempre los dos extremos de imbecilidad: la imbecilidad del hombre que por trabajar mucho no puede desarrollar su espíritu, que no tiene tiempo para ilustrarse y para pensar, y la imbecilidad del rico que por tener demasiados bienes materiales y dedicar toda su atención a eso, desarrolla su cuerpo, sus apetitos, sus deseos y nulifica su espíritu. De suerte que la tendencia de toda organización moderna debe acabar con esos dos extremos, el de la indigencia y el de la riqueza exagerada. Debe acabar con el trabajo excesivo de los de abajo y con el exceso de los de arriba para crear un término medio del hombre que dedique un poco de tiempo a la lucha por el sustento diario, pero la mayor parte del tiempo al cultivo del espíritu.



El estreñimiento, llamado también sequedad de vientre, estiptiquez, constipación, es más que una simple dolencia fastidiosa. Es una enfermedad grave, que debería ser atendida muy seriamente, porque sus consecuencias son algunas veces terribles.

Cuando por efecto del estancamiento de las materias fecales en el intestino se producen las fermentaciones, los microbios abundan. La cadaverina, la putresceína que se desarrollan al mismo tiempo son absorbidas por la mucosa del intestino y llevadas a la sangre que poco a poco se envenena. Es, entonces, después de un tiempo más o menos largo que se empiezan a notar los efectos del estreñimiento. Ya sea bajo forma de erupciones en la piel (granos o barros), ya sea en forma de dolores de cabeza, mal aliento, lengua pastosa, inapetencia; otras veces por fuertes dolores de barriga o de estómago; otras bajo forma de reumatismo articular, etc., etc.

Hay que evitar el estreñimiento. ¿Cómo?, diréis. No les vamos a aconsejar ni las desagradables aguas purgantes, ni las repugnantes magnesisas, ni el asqueroso aceite de castor, ni los purgantes drásticos que, como el áloe, la podofilina, el ruibarbo, aparentan hacer bien y en realidad aumentan la constipación; vamos simplemente a recomendarles un remedio que desde hace algunos años venimos haciendo conocer.

La Santeína

(Dioxidriftalofenona)

es el remedio soñado para curar el estreñimiento, porque es agradable, no irrita el intestino, no produce cólicos. Bajo forma de deliciosa pastilla de chocolate, es un laxante que gusta a todos. Una pastilla es laxante, dos o tres son purgantes.

Con un poco de voluntad y otro poco de Santeína curará usted su estreñimiento.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida Buenos Aires

YACO

Nuevo comisario



Señor Alfredo Calandra

El nombramiento de comisario del señor Alfredo Calandra ha sido recibido con unánime beneplácito, pues constituye una justa reparación a la par que el reconocimiento debido a la competencia, laboriosidad y rectitud que en su larga carrera ha demostrado siempre. El señor Calandra, para quien el cumplimiento del deber constituye un culto sagrado, ingresó en la policía en el año 1897 como agente de segunda clase, ascendió a la primera categoría el 4 de mayo de 1898, a oficial inspector el 21 de febrero de 1905, a auxiliar el 3 de enero de 1906, a subcomisario el 4 de mayo de 1907 y a comisario en comisión el 9 de octubre de 1922.

GRANDES RIQUEZAS EN PODER DE LOS SOVIETS

Con motivo de la reciente coronación de la reina María de Rumania se ha sabido que la corona usada en la ceremonia ha sido construída en París por los mejores orfebres de la "Ville Lumiere", porque la corona tradicional, así como todas las demás joyas del trono rumano, se encuentran en la actualidad en las bóvedas del Kremlin, en poder de los bolshevikis, que se han negado a su devolución.

Cuando las tropas de las potencias centrales se aprestaban en 1916 a aplastar, como lo hicieron en fulminante campaña, a Rumania, todas las joyas de la corona de esta nación, y los principales tesoros de sus monasterios, conventos e iglesias, y los caudales de los bancos e instituciones de ahorro, así como el oro y los tesoros de las principales familias de la aristocracia, fueron enviados, en trenes especiales, a Moscú, bajo la custodia del zar Nicolás, para ponerlos a buen recaudo, en espera de mejores tiempos.

El Soviet ha informado a Rumania que esos tesoros se conservan aún intactos, pero, que únicamente serán reintegrados a sus dueños en el caso de que Rumania devuelva a Rusia la provincia de la Besarabia, y se quiten todos los obstáculos que impiden el intercambio entre Rusia y Rumania, en forma tal que se asegure a los bolshevikis el ejercicio de la plena libertad de propaganda de sus ideales en el territorio rumano.

Actualmente los bolshevikis están acumulando gruesos contingentes de tropas sobre la frontera de la Besarabia para reconquistar esta provincia en la primera oportunidad.

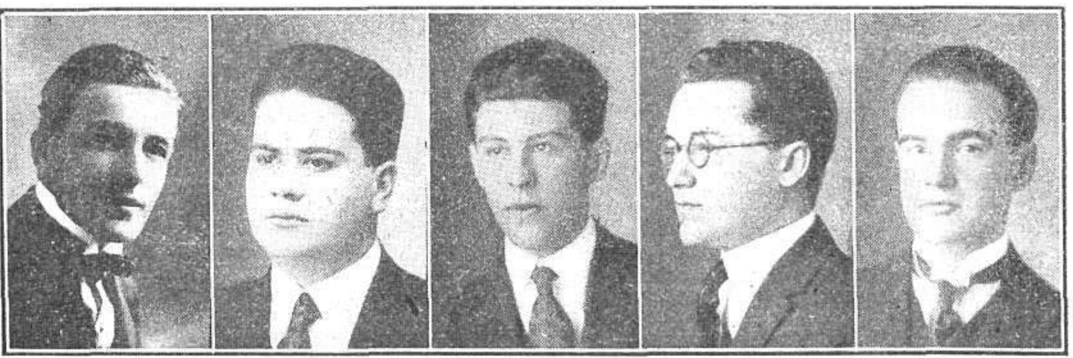
LA FILANTROPÍA DE NOBEL

Nobel, el inventor de la dinamita, el riquísimo fundador de los premios que llevan su nombre, pasaba largas temporadas en París. En la colonia sueca de la capital francesa Nobel era muy conocido por sus obras de beneficencia. Entre otras, figura la de haber protegido a un escultor, un tal Ackermann, hombre maltratado por la naturaleza y por la fortuna, porque era lisiado y andaba siempre sin una sola moneda en el bolsillo. Nobel compraba a precios generosos todas las obras de aquel artista, pero esto no bastaba al escultor, y un día, forzado a ello por un acreedor, pidió a Nobel una suma bastante fuerte: 5.000 francos. Nobel en esta vez se negó a satisfacer la petición, alegando que tenía otras muchas necesidades que aliviar. "Si en este mundo, decía Nobel en su carta, no hubiésemos más que usted y yo, no tendría inconveniente alguno en facilitarle la suma solicitada". Ackermann contestó inmediatamente: "Si en el mundo no hubiéramos más que usted y yo, por lo menos un continente me pertenecería y en este caso no tendría necesidad de recurrir a usted para nada". Nobel sonrió, según dice "Le Cri de París", y envió los 5.000 francos.



Para suavizar
y embellecer
el cutis de las damas
se imponen por su finura estos ricos
POLVOS DE TOCADOR
preparados con los
exquis tos y delicados
PERFUMES
Excelsior
GRIET & Cía
y en los tonos BLANCO,
ROSA y RACHEL.
GRATIS
remitimos a quien la solicite una muestra de cualquiera de estos POLVOS DE TOCADOR.
POUDRE
Excelsior
EXTRA CONCENTREE
GRIET & Cie
POLVO
Gladys
La caja, $ 2.40
POLVO
Excelsior
Extra Concentré
La caja, $ 1.70
Polvo de Belleza
"PEBA"
Grasoso e Invisible
La caja, $ 1.50
Perfumeria
Griet & Cia
Perfumes Excelsior
LAVALLE, 717 — BUENOS AIRES

Nuevos Profesores Normales en Ciencias egresados de la Escuela Normal N.º 2



Señor Alfredo Marino. — Señor Roberto César Leiro. — Señor Juan M. Campana. — Señor Juan E. Cavandoli. — Señor José Mozón.









Señor Héctor O. Carotti. — Señor Rogelio A. Vallejo. — Señor Humberto Bocalandro. — Señor M. de los Santos Juárez. — Señor Eduardo J. Ortiz



LA FUERZA DEL CONSONANTE

Esto hablaron Elisa,
lánguida poetisa,
y misia Sinforosa,
gruesa dama que solo escribe en prosa:
— En cuanto veo un hombre,
trato, ante todo, de saber su nombre.
— No lo ignoro. Y, según el consonante,
le juzgas un prodigio o un bergante.
— Y con mucha razón. Odié a Canuto...
— ¿Sin duda, por delgado?
— No; por bruto.
— ¿Y Carlos?
— A los Carlos
es preciso tomarlos o dejarlos.
¿No piensas que un Gorgonio
debe tener un genio del demonio?
¿Olvidas que, a la fuerza, un Celestino
debe de oler a aceite de ricino?
¿Y no recuerdas que insulté a Ciriaco
porque siempre llevaba corto el saco?
— Dime, ¿y por qué reñiste con Fulgencio?
— Porque me fastidiaba su silencio.
Afirmo que un Jacobo,
si no es bobo, concluye siendo bobo,
y que acaba, un Fabricio,
fatalmente en el vicio.
— También dejaste a Horacio.
— El pobre Horacio,
su nombre así lo exige, era un batracio.
El robusto Eleuterio
parecía, ¡infeliz!, un megaterio.
Y el erudito Alfonso
solía hablar en tono de responso.
No me quise casar con Sinibaldo
porque me olía a caldo.
Cuando veía a Emilio
me daban ganas de gritar: ¡Auxilio!
— ¿Y qué opinas de Eustoquio?
— Los Eustoquios
son amigos de hablar con circunloquios.
— ¿Y de Lucas?
— Los Lucas
suelen llevar postizos y pelucas.
Me aburrí de Cesáreo
porque tenía el corazón calcáreo.
Y escapé de Felipe
por temor a la gripe.
— Igualmente rompiste con Guillermo.
— Debía estar enfermo.
— ¿Y el apacible Honorio?
— Es en la actualidad un vejestorio.
No quiero ni mentar a Wenceslao,
que comía a menudo bacalao.
— ¿Y Pío?
— No lo nombres. Si oigo Pío,
creo oir a un polluelo y me da frío.
¿Cómo hacer caso al mísero Pacomio?
¿No debían llevarle al manicomio?
— ¿Y Fausto?
— En holocausto
a su pasión, me enamoré de Fausto,
aunque era un alfeñique
y ¡cosa extraña! sin llamarse Enrique.
Conocí cierta vez a un Heriberto...
— ¿Hombre experto?
— No, tuerto.
Y, después, a un Augusto
que resultó ser tipo muy adusto.
Y, al poco tiempo, a Marcos,
amigo de meterse hasta en los charcos.
— ¿Y qué se hizo de Aurelio?
— No he querido asistir a su sepelio.
Debido a la escasez de su peculio,
no me casé con Julio.
— Pero, sí, con Gustavo.
— ¿No es Gustavo
consonante de clavo?

L U I S G A R C I A

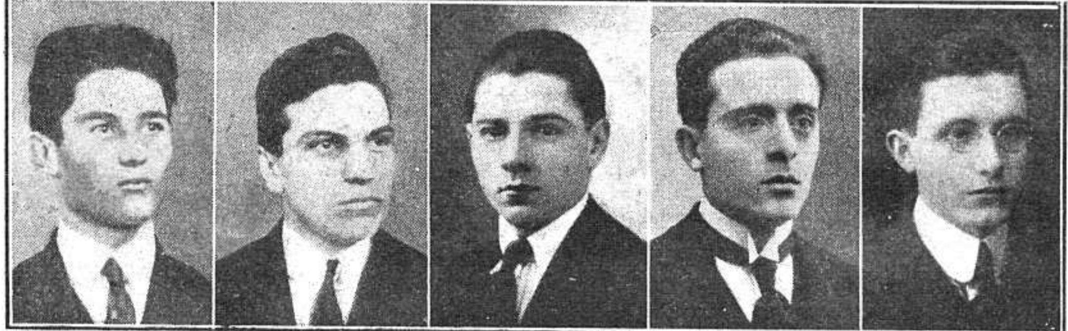
D I B U J O D E M A C A Y A

Nuevos Profesores Normales en Ciencias egresados de la Escuela Normal N.° 2



Señor Víctor D'Angelo. Señor Cruz Ripodas. Señor Carlos Richards (hijo). Señor Nicolás Sciarillo. Señor Manuel González.

Electrotécnicos egresados de la Escuela Industrial de la Nación



Señor Alberto Pontnau. Señor Nicolás Oscar Ferramota. Señor Enrique Beurrier. Señor David J. Alessandrini. Señor Rafael Lacención.



Señor Alberto E. Tavella. Señor Juan P. Daunine. Señor Pedro Asteyiano. Señor Eduardo Storani.

Belleza Perpetua

El secreto de asegurarla por medios caseros Sencillos y Eficaces

por

Charlotte Rouvier.

***



De cómo una mujer puede conservar su juventud.

La mujer que desee parecer joven debe abstenerse de usar cremas y coloretes, porque, de lo contrario, sólo conseguirá endurecer el aspecto de su cara y destruir los tejidos de su cutis. Médicos autorizados declaran que si la mujer abusa de métodos artificiales, ella arriesga su salud. El tratamiento perfecto a que puede someterse un mal cutis es el de la cera mercolizada (en inglés: «pure mercolized wax»), pues ésta nada agrega a la piel, sino que, en cambio, le quita algo: toda la cutícula superficial, vieja, descolorida y manchada. De esta manera va apareciendo, en su lugar, el nuevo cutis delicado que surge gradualmente de las capas inferiores para revelarse a la superficie. Esto es lo que se consigue con la cera mercolizada, que puede hallarse en cualquier farmacia. La cera procede con toda suavidad y sin ocasionar daño alguno al nuevo cutis, proporcionando a la tez un aspecto sonrosado y brillante, completamente distinto al que presenta una piel arreglada con afeites. Este es el método que debe seguirse para que una mujer pueda conservar su juventud.

Neutralización de los molestos olores ocasionados por el sudor.

Las mujeres que se sientan molestadas por las agudas y chocantes emanaciones producidas por la excesiva transpiración de su cuerpo sabrán apreciar en su justo valor la indicación de emplear borite en polvo, cuyos efectos instantáneamente neutralizadores podrán constatar al hacerse con él un empolvoramiento general del cuerpo. El borite es un polvo blanco de un uso sumamente agradable. Puede conseguírsele en casi todas las farmacias.

Mejillas rosadas.

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas no use nunca rouge, carmín, ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal que nadie puede apercibirse que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

Un maravilloso shampoo.

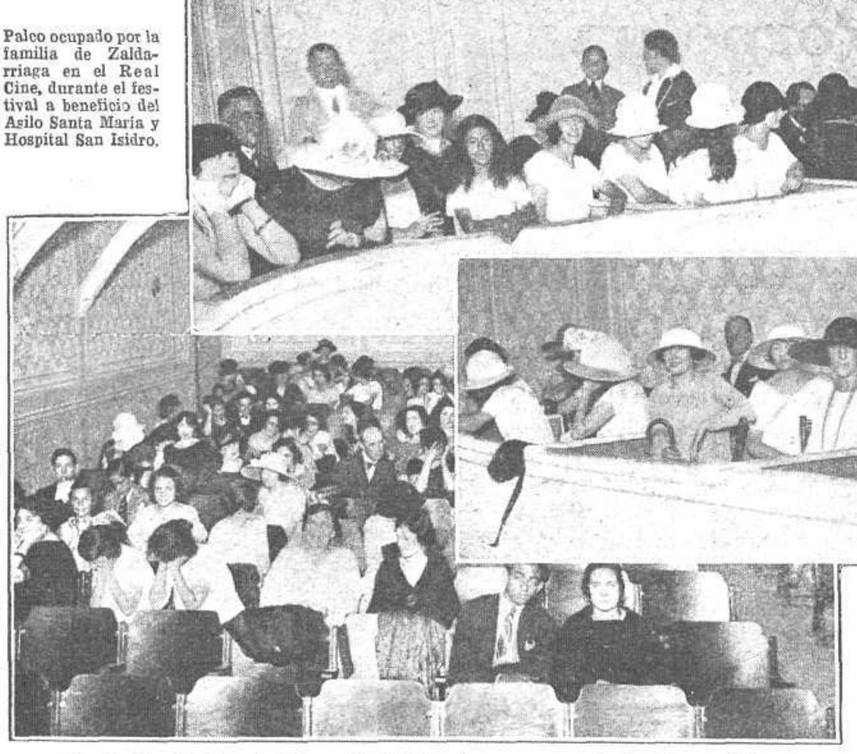
Una amiga me escribe:

« He tenido una verdadera sorpresa sabiendo que esta señorita con el cabello tan bellamente aterciopelado no se lo lava nunca con jabón o con polvos de shampoo artificial. Se hace ella misma su propio shampoo disolviendo una cucharadita de las de café llena de granulados stallax en una taza de agua caliente. «Yo le encargo el stallax a mi boticario — dice esta señorita — y él lo recibe en paquetes que vienen sellados, y solamente se venden así, conteniendo cada paquete cantidad suficiente como para hacerme de veinticinco a treinta lavados de cabeza. Es de tan rico olor el stallax, que muchas veces lo comería como si fuera una golosina». «Ciertamente, y aún con esta extraña idea, el pelo de esta señorita se conserva tan hermoso que desde este momento voy a probar en mí misma el efecto del plan.»

Para evitar el vello.

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

De San Isidro



Palco ocupado por la familia de Zaldarriaga en el Real Cine, durante el festival a beneficio del Asilo Santa María y Hospital San Isidro.

Señora de Sauce y señoritas Bosch y Benítez, que concurrieron a la benéfica fiesta.

Aspecto del salón durante el desarrollo del atrayente programa confeccionado para dicho acto.

EL TENTÁCULO

por

CLARENCE MEILY

oco después de las dos, en una fresca tarde a fines de octubre, el teléfono del salón de recibo de los señores Weismann y Burk llamaba con insistencia. La señorita Collins, dactilógrafa, que hacía apenas una semana que había sido empleada, tomó el tubo y oyó una voz de mujer preguntando por el señor Burk. Era una voz «sui generis», demasiado aguda, una «voz oratoria», como después la llamó la señorita Collins.

Por error, la dactilógrafa apretó el botón que comunicaba con el señor Weismann y oyó por el teléfono su contestación: «¡Hola!».

— Es para el señor Burk, señor Weismann. Me equivoqué — dijo la señorita Collins por el teléfono, toda confundida.

Simultáneamente apretó el botón que conectaba con el señor Burk. Este contestó, pero ella encontrándose aún nerviosa por el error, continuó escuchando, para asegurarse que la conexión era perfecta. De este modo oyó la siguiente conversación:

— ¿El señor Burk?

— Sí, habla con él.

— Yo soy Adelaida, señor Burk.

— ¡Oh, sí!

— Tengo para usted... algo extrafino.

— ¿A cuánto alcanza?

— Mil quinientos.

— Es una buena cantidad de dinero.

— No dirá eso cuando las vea. Es sólo la mitad del precio.

— Muy bien. Hablaremos esta noche.

— ¿A qué hora?

— A las once.

— ¿En el sitio de costumbre?

— Sí.

— Muy bien, señor Burk; estaré allí a la hora. Adiós.

Se oyó el ruido de colgar el tubo, y la señorita Collins, sonrojándose al darse cuenta de que había estado fisgoneando, colgó su receptor justamente a tiempo para escapar a la mirada del señor Burk, quien salió de su oficina y tomó por el corredor.

Burk no volvió aquella tarde. Como después se supo, fué al banco y retiró mil quinientos pesos en efectivo. Luego asistió a una junta de directores, en la cual estuvo ocupado hasta las cinco. Debió cenar en la ciudad y estuvo en el cinematógrafo, una clase de entretenimiento que era muy de su agrado. En fin, fué visto a las ocho entrando en la casa donde tenía su departamento, y salió en seguida. La cama quedó sin señas de haber sido ocupada. No se le vió más.

Dos días después Mellus, el propietario de la casa donde residía Burk, se presentó en la oficina del jefe de policía demostrando cierta inquietud. La prolongada ausencia de Burk le llamaba la atención.

Cuando Burk salía de la ciudad por corto tiempo, lo que raramente sucedía, acostumbraba dejar un mensaje al casero y, generalmente, la dirección. Mellus había ido a la oficina donde le dijeron que no lo habían visto ni sabían donde se encontraba.

Interrogado sobre el carácter e intereses del desaparecido, Mellus declaró que conocía a Burk hacía más de diez años. Burk era un hombre de mediana edad, soltero y sin parientes, según Mellus tenía entendido, ni amistades íntimas. Su ocupación principal era la de corredor de brillantes y se decía que poseía considerables medios. Tenía una oficina con un tal Weismann, un corredor de propiedades, pero, como Mellus creía, no había conexión de negocios entre ellos.

Weismann, según Mellus, era un alemán químico de profesión, quien había perdido su fortuna a consecuencia de los perjuicios de la guerra, y se había metido a la aventura como corredor de propiedades. Mellus creía que Burk ocasionalmente ayudaba a Weismann con dinero e influencia, pero sin que mediase intimidad.

Por un tiempo Burk estuvo muy interesado en el espiritismo y tenía numerosos amigos entre los mediums.

El asunto Burk tomó el curso corriente en los círculos de policía, y el detective Raymond, veterano de los detectives, fué designado para investigar aquella desaparición misteriosa.

Así fué mencionado en la orden del día siguiente. Entonces Lewis, un policía, manifestó que tres noches pasadas, mientras hacía la guardia en uno de los lejanos barrios casi afuera de la ciudad, vió a un hombre, que tal vez respondía a la descripción de Burk, entrando en el terreno de una casa desocupada la cual estaba situada bastante lejos de la calle.

Lo avanzado de la hora y el hecho de que la casa había estado desocupada por mucho tiempo llamaron la atención de Lewis. Caminando pasó junto a la casa, pareciéndole ver luz en una de las ventanas bajas. Suponiendo que un nuevo inquilino la había tomado continuó, y en el momento de llegar a la próxima esquina creyó oir en dirección de la casa algo así como un grito ahogado. Este fué seguido inmediatamente por el débil ruido de pasos apresurados.

Regresó con prontitud e hizo un examen del lugar, pero no pudo encontrar indicios de la presencia de ocupantes. Todas las puertas y ventanas estaban firmemente aseguradas, no vió luz en ninguna parte y la casa tenía toda la apariencia de estar desocupada. Lewis no puso mayor interés en aquel incidente y sólo lo recordó porque cuando se retiraba encontró en el suelo, entre la casa y la calle, un papel con los nombres de Weismann y Burk como corredores de propiedades.

Por indicación del detective Raymond, éste y Lewis consiguieron de la oficina de Weismann una llave y fueron a inspeccionar la casa desocupada. Era una modesta construcción de dos pisos, mostrando señas evidentes de no estar en uso. Las persianas de las ventanas inferiores estaban bajas.

Abrieron la puerta principal, encontrándose en un vestíbulo estrecho y de estilo antiguo. A la derecha, una escalera conducía al piso superior. El detective Raymond entró en una de las habitaciones de la derecha, la que en la obscuridad pareció ser una sala. Había allí sillones y un par de mesitas, en una de las cuales descansaba una pantalla. A la derecha había una estufa, aun con las cenizas del último fuego. El fondo de la habitación estaba casi cubierto con *portières*, los que tapaban la entrada a otra habitación.

Un par de metros enfrente de los *portières*, colocado con cierta singularidad con el respaldo hacia la entrada, había un sofá de cuero, y en el suelo, frente a él, apenas perceptible en la obscuridad, se divisaba un bulto.

El policía se apresuró a levantar las persianas de un par de ventanas, y los dos hombres se adelantaron para examinar aquella forma. Raymond le dió vuelta. Era el cuerpo de Burk.

II

Es una máxima en las investigaciones criminales que mientras más simple sea el móvil menos indicios deja el criminal. En este caso el móvil era bastante simple. El cuerpo de Burk había sido despojado del dinero y valores, los bolsillos vaciados, sus valiosas joyas robadas; pero en la verja los oficiales encontraron su reloj, que era de tipo único, y al lado de la estufa los carbonizados restos de su libro de apuntes, evidentemente descartados por el ladrón o ladrones; todas las apariencias eran de haberse cometido un robo de gran magnitud.

Una semana después el doctor Ward, el cirujano que efectuó la autopsia, entraba en la oficina de Forsyth, el procurador del distrito, llevando en la mano el informe de su examen *post-mortem*. Lo dejó sobre el escritorio del procurador y se sentó en una silla con aire de inquietud.

— ¿Qué es lo que encontró? — preguntó Forsyth.

El cirujano cabeceó con indecisión.

— Nada — contestó.

— ¿Murió de muerte natural, entonces?

El doctor Ward levantó la cabeza tirándose nerviosamente del bigote.

— Quiero decir que no hay causa anormal de su muerte. Simplemente se murió. Eso es todo.

— ¡Pero la gente no se muere porque sí!

— Eso lo sé tan bien como usted. Es lo que me tiene atormentado. Si tengo que ir como testigo y jurar esto, haré un papel ridículo, ¿pero qué puedo hacer?

— ¿No hay señales de violencia?

— He revisado todo el cuerpo hasta con el microscopio. No hay ni arañazos ni rozaduras. No hay tal congestión como para mostrar sofocación. Los órganos vitales estaban en perfecto estado de salud. También los he examinado por envenenamiento. ¡Nada! Nunca he visto un caso semejante.

— ¿Una falla del corazón?

— Su corazón era lo más sano que había en él. Voy a decir que murió de un sobresalto. Algo tengo que decir. Supongo que el efecto de un miedo paralizador podría matar a un hombre. De todos modos, voy a decir que fué un sobresalto; pero le advierto que si llego a ser interrogado tendré que confesar la pura verdad... ¡que no sé!

III

A la misma hora que el doctor Ward hacía esta confesión a Forsyth, un cliente entraba en la oficina de Claudio Ruggles, joven abogado que se ocupaba con buen exito en ejercer por su cuenta en asuntos puramente de naturaleza criminal.

— Tengo un caso para usted, señor — dijo el cliente, un hombre joven, al verse frente a Ruggles.

Este lo miró sin sorpresa. Le eran familiares estos tipos de clientes.

— Siéntese — le dijo. — Cuénteme lo que le pasa.
El cliente se sentó cuidadosamente en el borde de la silla, con el sombrero entre las manos.
— Hay una mujer que me debe dinero — dijo. — Me debe tres mil pesos. Yo quiero que usted los consiga. Si los cobra, la mitad será para usted, ¿comprende?
— ¿Quién es la mujer?
— Adelaida.
— ¿Adelaida qué?
— ¿Qué se yo? Adelaida... Adelaida, la maravillosa adivinadora. Le dice a usted su nombre, edad, de donde viene, a donde va, enemigos,



amigos, pasado y futuro, sin hacerle una pregunta, Sólo por un peso, estrictamente adelantado. ¿Comprende?
— Perfectamente. ¿Y cómo es que ella llegó a deberle tres mil pesos?
— Bueno, es así — dijo el cliente con tono algo más explicativo. — Le dí unos brillantes para que me adelantara mil doscientos pesos, que es menos de la mitad de lo que valen, ¿comprende? Y ahora no me da ni los brillantes ni el dinero. Tengo los mismos derechos que cualquier hombre, ¿no es cierto?
— ¿Así que lo que usted quiere es que yo la demande?
— ¡Oh, no, nada de eso! — exclamó el cliente alarmado. — Yo no quiero procedimientos judiciales. Ella pagará sin necesidad de eso
— ¡Oh, pagará! — dijo Ruggles. — ¿Cómo se llama usted?
— Miller.
— Muy bien, señor Miller. Ahora, ¿a dónde consiguió usted esos brillantes?
Miller se sintió incomodado por la intempestiva pregunta.
— ¿Qué tiene eso que ver? — exclamó acalorado. — Yo le dí las piedras bajo un arreglo. No se necesita entrar en detalles.
— Pero supóngase que Adelaida insista en entrar en detalles.
— Bueno, vea, es así — dijo Miller volviendo a su original humor. — Ella no le va a pedir detalles. Usted leyó en los diarios algo sobre un tal Burk que fué encontrado muerto en una casa vacía, ¿no? Bueno; menciónele Burk a ella, sin entrar en detalles, ¿comprende?, pero menciónelo. No tendrá inconvenientes después, y le pagará.
— ¿Cree usted que ella tiene algo que ver con la muerte de Burk?
— ¡Yo no creo nada! — protestó Miller. — Solamente lo que estoy diciendo. Usted haga como yo le digo y conseguirá el dinero.

IV

Antes de enviar una carta a la adivina pidiéndole una entrevista, Ruggles creyó más prudente comunicarse con el detective Raymond, con quien tenía antigua y estrecha amistad. Como resultado, Ruggles, aunque aparentemente solo, no estaba así en realidad cuando Adelaida entró en su escritorio dos días después, respondiendo a su carta.

La señora Adelaida aparentaba ser una respetable persona de unos cuarenta años, con una presencia que se imponía y rasgos de lejana belleza.
— ¿Quería usted verme, señor? — preguntó ella, con voz profunda y musical.
— Era mi deseo, señora. ¿Quiere sentarse?... ¿Usted conoce a un tal Miller?
— Supongo que lo conozco.
— El le entregó ciertos brillantes para vender.
Ella no contestó; simplemente esperó.
— Me ha pedido que los recupere.
— No tengo sus brillantes.
— El dinero, entonces.
— No tengo ni brillantes ni dinero. Ya se lo he dicho veinte veces a ese bribón. Esos diamantes eran procedentes de un robo, si quiere saberlo.
— Me imaginé eso mismo. Lo que ahora quiero saber es si han sido robados por segunda vez.
— Puede suprimir sus insinuaciones — dijo ella enfurecida. — Los brillantes se han perdido y no se dónde están.
Después se levantó dispuesta a irse.
— ¡Raymond! — llamó Ruggles, y el detective apareció en la puerta.
La mujer que ella misma se hacía llamar Adelaida miró con sorpresa al abogado y al detective; sus labios, teñidos de carmín, temblaron simulando una sonrisa. Volvió a sentarse.

—¡Oh, un complot! — dijo. — Muy bien; sigamos.

—¡Señorita Collins! — llamó Raymond. — ¿Quiere venir y ver si puede identificar a esta mujer?

La señorita Collins apareció detrás del detective, con excitada cara.

—¡Es ella! — exclamó. — ¡Distinguiría su voz entre mil!

—Nunca he visto esa persona en mi vida — replicó Adelaida.

—Permítame que la presente — dijo Ruggles. — Ella era la dactilógrafa del señor Burk.

El efecto de las palabras del abogado fué sorprendente, casi aparatoso. La entereza de la bruja desapareció, dejando ver sus emociones al descubierto, y con espantados ojos miró a los que la rodeaban.

—¿Qué es lo que desean? — preguntó finalmente.

—La completa verdad — dijo Raymond con gravedad. — Usted llevó los brillantes robados para venderlos a Burk, ¿no es cierto?

—Sí — dijo ella bajando la cabeza.

—Usted citó a Burk y él acudió. ¿Qué sucedió entonces?

Ella se cubrió la cara con sus enguantadas manos, dejando escapar un sollozo que pareció un ahogado eco de terror.

—¡No sé! — exclamó. — ¡El cielo es testigo de que no lo sé!

—Díganos lo que vió — dijo Raymond con más gentileza.

—Lo hubiera dicho aquella noche — dijo ella, — si no hubiera sido porque sabía que no me creerían. Yo nunca hubiera hecho mal al señor Burk; lo apreciaba demasiado.

—Empiece por contarnos lo que vió cuando llegó a la casa — le dijo Raymond.



—Llegué allí a las once. La puerta estaba abierta y entré en la sala. Burk no estaba allí, pero no tardó en llegar. Saqué las piedras y se las enseñé. El se sentó frente a mí en una silla que daba a los *portières*. Sacó un cristal de aumento y empezó a examinar las piedras. Entonces algo... ¡yo no sé...!

Aterrorizada se tapó nuevamente la cara con las manos.

—Siga. ¿Qué es lo que vió? — le ordenó Raymond.

—Algo salió de entre los *portières*, no sé lo que era. Se agachó, hasta quedar frente a la cara de él. El levantó la cabeza, así como asustado, y después se cayó de la silla tieso y muerto, sí... comprendí que estaba muerto. Yo me levanté y salí corriendo y gritando, no sé hasta dónde; sé que me desmayé, pero no comprendo cómo llegué hasta mi casa.

—¿Y esa cosa que salió de entre los *portières*... qué era?

—No puedo describirlo. Primero creí que era una serpiente, pero vi que no tenía cabeza; se agitaba y movía como el tentáculo de un pulpo. Todo fué cuestión de un instante. Me asusté tanto que no podría decir lo que vi.

—Tendrá usted que ayudarnos a hacer justicia — dijo Raymond después de pensar por un momento.

—Haré todo lo que pueda — declaró ella.

V

Como Raymond había previsto, el anuncio puesto por Adelaida en los diarios para recuperar las piedras dió sus frutos varios días después. En la tarde de aquel día el detective entró en la oficina de su amigo Ruggles en un estado de excitación.

—Creo que estamos en la pista — le dijo. — Adelaida me trajo esto hace una hora.

Ruggles tomó el sobre que le tendía. La dirección había sido formada por el sistema conocido de cortar las letras de un diario y pegarlas en el sobre. La nota estaba escrita en la misma forma, y decía:

«Si quiere sus brillantes, traiga los tres mil pesos a calle Larch 429 a media noche. Venga sola. Sin trampa. Joyas estarán allí».»

—¡Caramba, qué desfachatez! — exclamó Ruggles. — ¡Esta es la casa donde fué encontrado Burk!

Aquella noche se pusieron en acción. Entraron por el fondo de la casa donde las altas hierbas les ofrecían un paso oculto. Mientras se acercaban, el edificio les pareció más fantástico y siniestro de lo que la soledad y el deterioro podían justificar. Dieron vuelta entonces y entraron por la puerta del frente, con la llave que Raymond había retenido. Atravesaron el vestíbulo y llegaron a la sala, donde Burk había encontrado su fin.

—¿Qué hora es? — preguntó Raymond.

—Las ocho — le contestó Ruggles.

—Tenemos aun tres horas.

Pasando bajo los *portières* penetraron en la habitación contigua. Se escondieron en uno de los obscuros rincones donde podían hablar en voz baja sin peligro de ser oídos. El tiempo pasó en una interminable monotonía de horas. Después de lo

que les pareció un siglo, Raymond preguntó nuevamente:

— ¿Qué hora es?

Con toda prudencia Ruggles arrimó su reloj a la antorcha eléctrica.

— Sólo faltan cinco minutos para las doce.

— ¡Hola! — murmuró Raymond, al oir un ruido como el de introducir una llave en la puerta del frente. Un momento después un sordo rumor en el vestíbulo les indicó que la puerta había sido abierta. Vieron el resplandor de un fósforo, después volvió nuevamente la obscuridad y el silencio.

Repentinamente Raymond tomó a Ruggles por la muñeca. Esta vez era el ruido de pasos que sonaban en el corredor.

— ¡Adelaida! — murmuró el detective, y en el mismo instante la habitación contigua se inundó de luz.

Aquellos segundos fueron para Ruggles como una terrible pesadilla. Raymond se había aproximado a la puerta y él lo siguió. Confusamente vió una figura detenida frente a los *portières*, con algo en las manos en parte cubierto con papel.

Raymond dejó escapar un grito. La figura dió vuelta y Ruggles experimentó una sacudida de extraño miedo al ver aquella cara tapada con una careta negra de horrorosa apariencia.

Raymond se disponía a saltar sobre aquella dantesca figura para apoderarse de ella antes de que tuviese tiempo de escapar, pero sucedió algo raro. El enmascarado apuntó hacia él con un caño que tenía en la mano y Raymond, comprendiendo lo que aquello significaba, dió un salto hacia atrás y tomando a Ruggles por los brazos lo tiró con un brusco empujón a la habitación donde habían estado escondidos, cerrando la puerta al tiempo que su compañero rodaba por el suelo.

— ¡No se mueva! — gritó corriendo hacia la ventana para abrirla. Después, desfundando su pistola gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Adelaida, Adelaida! ¡Salga de la casa! ¡Sálvese la vida!

— Probaremos ahora — continuó dirigiéndose a Ruggles que se levantaba del suelo. — Saque su revólver y, si intenta escapar, haga fuego.

Raymond dió vuelta a la manija de la puerta, la abrió de una patada, y rápidamente y apuntando con su pistola dió varios pasos tapándose la boca con el pañuelo; después bajando la pistola se adelantó

Con la cara contra el suelo yacía el cuerpo sin vida de un hombre. Raymond se agachó y le volvió el rostro hacia la luz.

— ¡Weismann! — gesticuló. — ¡El hombre con quien Burk compartía su oficina!

Cerca de la mano del muerto estaba la careta de gasa que se había arrancado, y a un lado la diabólica máquina de muerte, la que, al verse descubierto, volvió hacia él. Consistía en un pequeño tanque metálico provisto de un robinete del que partía un largo tubo de goma.

En el aire, a pesar de haber abierto las ventanas, se mantenía un suave olor parecido al que se produce al machacar las hojas del árbol de durazno.

FIN


Antes del baño.
En el baño... y
después del baño
puede Ud. emplear
AGUA DE COLONIA AÑEJA
y quedará Ud. satisfecha.
AGUA
DE COLONIA
AÑEJA
GAL
PERFUMERIA GAL
MADRID
De venta en las principales perfumerías.
bazares y farmacias.

Enlaces



Señorita Luraschi Imperiale con el señor Martino Sanguinetti. — Rosario.



Señorita María Estela Fulco con el señor Florentino A. Casanova. — Capital.
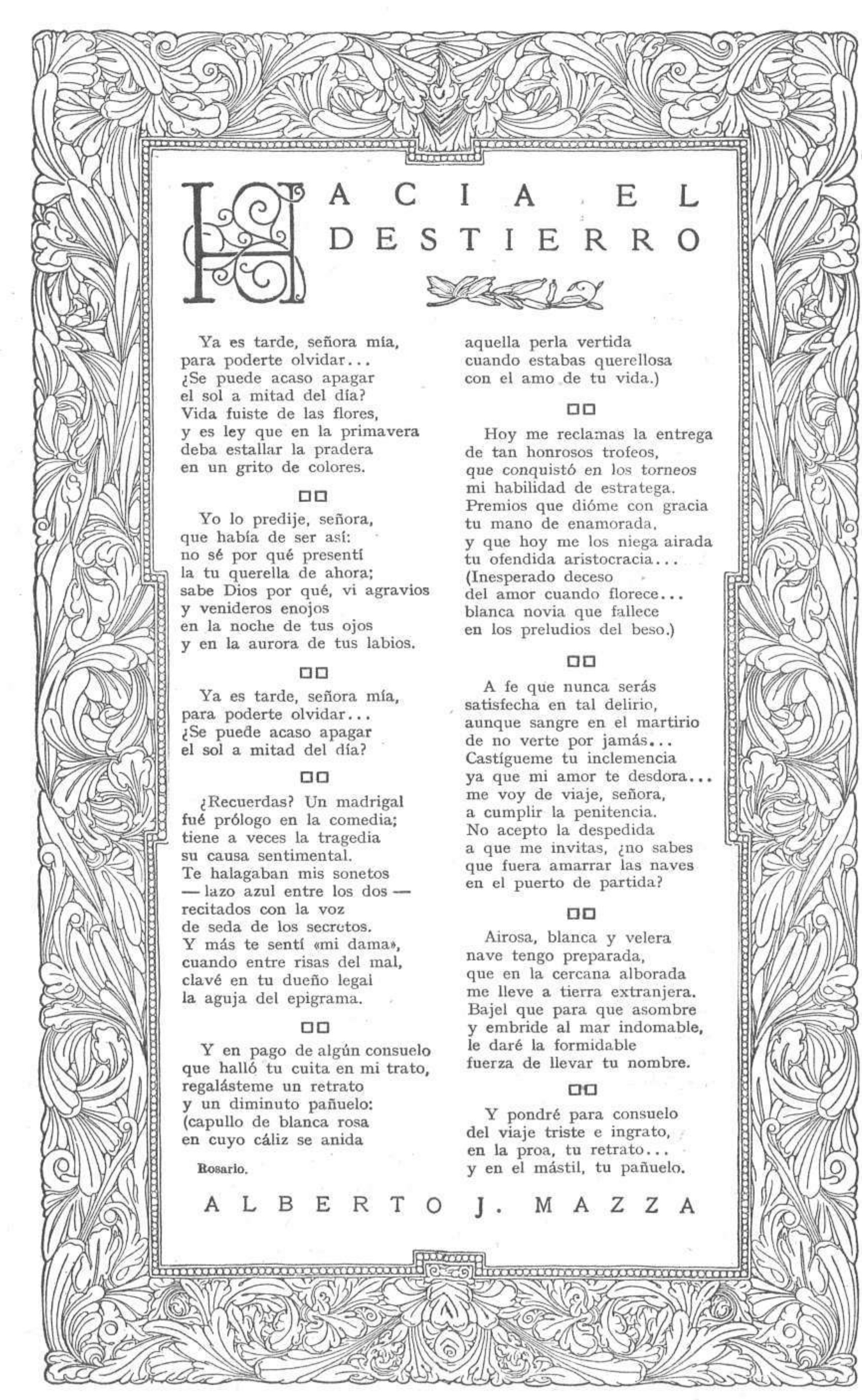


Señorita Inocencia B. de Giosa con el señor Raúl E. Giosa. — Rosario.



Señorita María Berlier con el señor Luis Schmidt. — Santa Rosa.



Señorita Erminda Lauro con el señor Manuel García Alvarez. — Rosario.



HACIA EL DESTIERRO

Ya es tarde, señora mía,
para poderte olvidar...
¿Se puede acaso apagar
el sol a mitad del día?
Vida fuiste de las flores,
y es ley que en la primavera
deba estallar la pradera
en un grito de colores.

Yo lo predije, señora,
que había de ser así:
no sé por qué presentí
la tu querella de ahora;
sabe Dios por qué, vi agravios
y venideros enojos
en la noche de tus ojos
y en la aurora de tus labios.

Ya es tarde, señora mía,
para poderte olvidar...
¿Se puede acaso apagar
el sol a mitad del día?

¿Recuerdas? Un madrigal
fué prólogo en la comedia;
tiene a veces la tragedia
su causa sentimental.
Te halagaban mis sonetos
— lazo azul entre los dos —
recitados con la voz
de seda de los secretos.
Y más te sentí «mi dama»,
cuando entre risas del mal,
clavé en tu dueño legal
la aguja del epigrama.

Y en pago de algún consuelo
que halló tu cuita en mi trato,
regalásteme un retrato
y un diminuto pañuelo:
(capullo de blanca rosa
en cuyo cáliz se anida
aquella perla vertida
cuando estabas querellosa
con el amo de tu vida.)

Hoy me reclamas la entrega
de tan honrosos trofeos,
que conquistó en los torneos
mi habilidad de estratega.
Premios que dióme con gracia
tu mano de enamorada,
y que hoy me los niega airada
tu ofendida aristocracia...
(Inesperado deceso
del amor cuando florece...
blanca novia que fallece
en los preludios del beso.)

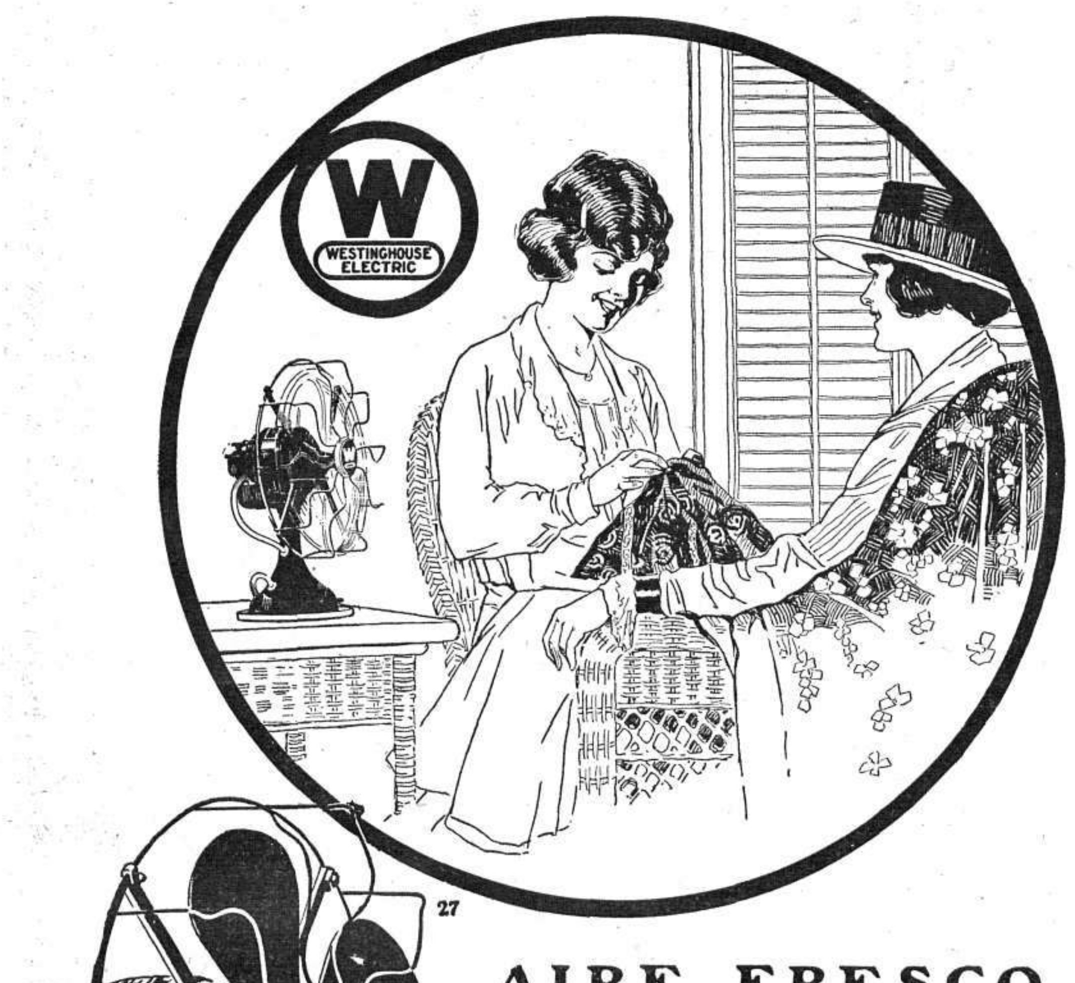
A fe que nunca serás
satisfecha en tal delirio,
aunque sangre en el martirio
de no verte por jamás...
Castígueme tu inclemencia
ya que mi amor te desdora...
me voy de viaje, señora,
a cumplir la penitencia.
No acepto la despedida
a que me invitas, ¿no sabes
que fuera amarrar las naves
en el puerto de partida?

Airosa, blanca y velera
nave tengo preparada,
que en la cercana alborada
me lleve a tierra extranjera.
Bajel que para que asombre
y embride al mar indomable,
le daré la formidable
fuerza de llevar tu nombre.

Y pondré para consuelo
del viaje triste e ingrato,
en la proa, tu retrato...
y en el mástil, tu pañuelo.

Rosario.

ALBERTO J. MAZZA



AIRE FRESCO

Aire fresco puede obtenerse con tan sólo mover una llave de conmutación de un:

Ventilador Westinghouse

El hogar como también las oficinas pueden hacerse más confortables con poco gasto, pues los Ventiladores Westinghouse son económicos y duraderos.

Westinghouse

Av. DE MAYO, 1035
BUENOS AIRES

COLON, 59
CORDOBA

Enlaces



Señorita Emilia Josefa Bonelli con el señor Luis Gioia.—Carmen de Las Flores.



Señorita Rosa Romero con el señor Luis B. Gómez. — Rosario.



Señorita Edita Maza con el señor Marcó Rattaggi. — Rosario.

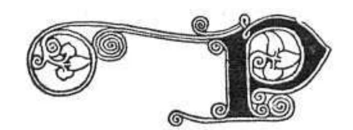


Señorita Angela García con el señor Santiago Clara. — Carlos Casares.



Señorita Julia Raminsky con el señor Juan Smielcluck. — Carlos Casares.


Toda dama que quiera poseer un cutis lozano, fino en toda su encantadora hermosura, tiene que emplear en su toilette los siguientes productos de belleza científica y esmeradamente preparados, como son:
El JABON HIGIENICO la CREMA HIGIENICA y el riquísimo POLVO GRASOSO
Brissac.
Su exquisito perfume y sus cualidades de adherencia e invisibilidad le dan a la tez un tono de distinción que encanta.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-55
Unión Telef. 2045
Belgrano
Loción "Douce vision", perfume moderno y de gran persistencia.
Estuche Gran Chic, un espléndido regalo; contiene una caja de polvos y dos frascos de exquisito e intenso perfume.
Loción "Brise Delicieuse". El perfume preferido del porteño chic; su exquisita fragancia no tiene rival.
JABON HIGIÉNICO Brissac
POLVO GRASOSO de BRISSAC
PARFUMERIE
CRÈME HYGIÉNIQUE Brissac
$ 1.40 la caja
$ 2.00 el tarro



Prosas nuevas



Para "Caras y Caretas"

Luces Ha atardecido. En el gran paseo elegante sólo quedan las luces de los coches, los faros a veces brillantes a veces mortecinos de los automóviles, los lentes azules de algún milord cuyos faroles están enfermos de la vista.

Los automóviles pasan raudos como los que en la noche pasan discretamente por los pasillos con la vela en la mano.

Los coches de caballos tienen más carácter, y se siente cómo sus caballos nadan en el asfalto; nadan como caballos de Neptuno en la noche.

Ya todas las señoritas van tristes. No se las ve. Ha caído la sombra sobre ellas. Sólo las luces de sus coches corren por la sombra. Ellas van apagadas, deseosas de abrir los abrigos en sus casas llenas de luz. Ahora van cohibidas, solitarias, como viejecitas tristes.

Es la hora de la meditación, del rosario dentro de los carruajes, de pensar si conviene Zutano o Mengano, de arrepentirse, de no sentirse nadie.

Las bellezas caen desmayadas y deshojadas en el fondo de los carruajes.

El que vió la hora de su muerte De la muerte no se sabe casi nunca hasta que sucede. Sólo aquel hombre tuvo de pronto la visión súbita y segura. Vió en el reloj de su despacho que había llegado la hora de su muerte.

Se puso pálido, pálido, pálido el reloj. Las esfera se exaltó de blancura. Sólo en eso reconoció la hora fatal y se murió al punto.

El hallazgo Después del traspaso del hotel, el nuevo dueño mandó que le diesen un buen repaso y él mismo, como general en jefe, presenció la limpieza.

En el fondo de los grandes armarios se encontraron pedazos de queso durísimos que ni los ratones habían podido roer; cuscurros de pan también duros como piedras, muchos huesos de aceituna, cuchillos herrumbrados y con mella dura que daban tristeza, raspas de sardina, servilletas que sirvieron para limpiar las bocas sucias de huevo, hace muchos años.

Encima de los armarios había gallinas y faisanes y palomas que se habían escapado y escondido en lo alto, muriendo allí acurrucaditos. También había numerosos huesos de cereza de esos que se disparan apretando los dedos.

— ¡Ahora miren debajo! — dijo el dueño, y los nuevos camareros metieron las escobas debajo de los enormes aparadores, de los anchos trincheros, de los obscuros armarios. Las escobas apenas podían entrar. Del primer embite sólo sacaron los algodones del tiempo y muchos tapones de botella más muchos de los petardos gastados de las botellas de champagne.

— Aquí no sé lo que hay — dijo un camarero, y se acercaron a ayudarle todos los demás, metiendo las escobas por ese sitio como remeros al unísono. Todos hicieron un gran esfuerzo y por fin, ¡zas!, apareció el cadáver seco de un camarero.

La peluca El coronel era un gran «timador», en el buen sentido de la palabra, pues era timador porque se timaba con todas las mujeres que encontraba a su paso. Vigilaba los pasillos de los trenes y veía en vez del paisaje a la bella viajera que se reflejaba en los cristales del corredor, pasándose todo el viaje absorto en el mismo sueño de la belleza del tren; en los tranvías enfocaba sus miradas también a la señora más bella y en los salones era irresistible su acoso.

¡Si siempre que tuvo que poner cerco al enemigo hubiera sido tan osado y enérgico!

Su mujer estaba desesperada con él. La dejaba en un rincón del salón y él iba a gorjear y a dar caramelitos a las muchachas peripuestas que hacían la rueda de la coquetería con sus grandes abanicos de pluma.

Un día la pobre esposa ya no pudo aguantar más y, quitándose la peluca, súbitamente se la tiró a la que bromeaba más con su marido.

— He matado dos pájaros de un tiro — gritó entonces la esposa pelona. — ¡¿Conque vengo yo tan peripuesta para que este caballero no desluzca y se pone a flirtear con cualquiera?!...

La muchacha a la que había tirado la peluca estaba desmayada y al esposo le había matado el ridículo.

Greguerías inéditas A los hombres puros debían enterrarles en las cajas de puros... Son sus féretros obligados.

———

El cangrejo es una imitación barata de la langosta.

———

Las peras de la luz, que cuelgan a la cabecera de la cama y de la lámpara de comedor, hay un momento en que están maduras y obedecen en seguida y otro momento en que se ponen tardías, en que las ataca el gusano que las inutiliza.

———

Los ventiladores mueven sus alas con arrebato parecido al de las moscas cuando caen en la red.

———

Esos hombres de las grandes gafas con armaduras de concha parece que se han acercado a nosotros en automóvil.

———

Los ventiladores de la Argentina debían emigrar en bandadas a Europa como las golondrinas, pues inútiles durante nuestro invierno, nos vendrían muy bien en nuestro verano... En reciprocidad, después, los nuestros se prestarían al viceversa de la emigración golondrina uniéndose a la bandada general...



Ramón Gómez de la Serna





Déjese llevar por Sanatogen a la salud

Después de usar Sanatogen solamente algunas pocas semanas, Vd. podrá constatar que verdaderamente se halla en vías de recuperar por completo la salud.

Dé Vd. el primer paso ahora mismo. Pruebe el Sanatogen, y verá como día por día le conducirá a mejor salud, a nervios más fuertes y tranquilos, a eficacia más grande y a un goce más pleno de la vida.

Más de 23.000 médicos, entre ellos muchísimos de fama mundial, han escrito cartas dando cuenta de sus observaciones respecto a la manera como el Sanatogen reconstruye las células y los tejidos, enriquece la sangre, estimula el apetito, hace que un sueño reparador y libre de pesadillas nos proporcione el descanso que necesitamos, e infunde nueva energía y vigor a todo el sistema.

El Dr. Neisser, Profesor de la Universidad de Breslau y Miembro del Consejo Privado Médico, dice: — *"Los resultados que he obtenido siempre que he recetado el Sanatogen, sobre todo en los casos de neurastenia, con pérdida del apetito, han sido altamente satisfactorios."*

Sanatogen se vende en todas las farmacias.

Decídase AHORA a probar

SANATOGEN

el tónico nutritivo

Lotería Nacional

Febrero 20, de $ 100.000. Entero, $ 21.25; quinto, $ 4.25.
Febrero 28, de $ 100.000. Entero, $ 21.25; quinto, $ 4.25.
Marzo 8, de $ 200.000. Entero, $ 42.50; décimo, $ 4.25.

A cada pedido agréguese $ 1.— para gastos de envío y remisión de extractos. Ordenes y giros a

EGIDIO CAPPA - Reconquista, 389 - Buenos Aires

(CASA FUNDADA EN 1908)

PLACAS Y CORONAS

CHAPAS DE BRONCE

de bronce para recuerdo y homenajes en tumbas; y grabadas para puertas
24×14, $ 9; 30×20, $ 15; 40×30, $ 23
SELLOS DE GOMA, $ 2
Chapas de hierro esmaltado.- U. T. 0512, Riv.
RETRATOS DE BRONCE Y ESMALTADO

153, Sáenz Peña, 153 - PEDRO BARREIRO Bs. Aires

EPILEPSIA CURADA

Pida folleto "A" gratis que contiene todos los informes del afamado REMEDIO de TRENCH para epilepsia, ataques y enfermedades nerviosas.

30 años de éxito.

Aprobado por el Departamento Nacional de Higiene.

A. G. HUMPHREYS.

Casilla de correo 675. Buenos Aires.

CARAS Y CARETAS en España.

Pueden adquirirse ejemplares de "Caras y Caretas", en España, en todas las capitales importantes y kioscos de ferrocarril.

Para subscripciones, dirigirse a la SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA, MADRID: LIBERTAD, 7 — BARCELONA: Rambla del Centro, 8, 10 y 20 — IRUN

De Avellaneda



Banquete ofrecido al señor Jacinto Oddone por sus correligionarios y amigos, con motivo de su traslado a la capital federal.

Grupo de familias que asistieron al almuerzo campestre en la playa de Quilmes, ofrecido por el señor Arduay a sus numerosas relaciones.



UNA AVENTURA DE CARNAVAL

Por JOSE MUZILLI



ARBELO era periodista, con lo cual queda dicho que no siempre llevaba la cartera repleta, de dinero, se entiende, pues no faltaban allí algunos versos que el muchacho componía al azar, entre suelto y suelto, en la mesa de redacción del diario de la tarde. En homenaje a la verdad, debemos decir que la cartera de Arbelo resultaba un dechado de arte: piel de Rusia con filete de oro y monograma del mismo metal. Había sido hecha, sin duda, para lucirse en las reuniones mundanas, en los casinos y restaurantes de moda, para brillar entre las luces fastuosas mientras el dueño sacara de su interior con gentil desenfado un billete de cien pesos (de los muchos que la abultaran) o quizá de mil (pocos en este caso) a fin de iniciar el juego o pagar la cena. Y se comprende, asimismo, que hubiera sido hecha para lucirse ante los ojos de elegantes mujeres vestidas de seda y alhajadas de oro, fastuosas como un bárbaro yatagán... No obstante su alcurnia principesca, la cartera de Arbelo se aburría soberanamente en el bolsillo interior del saco. ¡Miren que tener la osadía de meter en ella, con desprecio bolsheviki por las categorías, unos cuantos pesos manoseados que a la postre servían para pagar democráticos «express» en cafés de segundo orden! Y es que en Arbelo todo venía a ser paradojal. En cierta ocasión en que había cobrado — feliz ocasión — se le ocurrió comprar un impermeable porque llovía. Y he aquí que en cuanto se lo puso dejó de llover como por encanto. A la segunda lluvia se lo robaron en la redacción.

La cartera la compró al decidirse a dejar el oficio con heroico entusiasmo. Inició un negocio que le dió cierto resultado inmediato, lo suficiente para comprar la cartera y algo para meter en ella, pero al mes tuvo que volver a las andadas, vale decir, al periodismo de la tarde. Lo que debió hacer entonces fué vender en una compra-venta cualquiera el artilugio, pero lo dejó estar, aprovechándolo cuando convertía tal o cual «vale», ante la protesta regañona del administrador, en unos cuantos pesos. Además, según dijimos, en la cartera guardaba los versos que escribiera en la mesa de redacción entre un suelto político y otro que tratara del incremento del cultivo de hortalizas. Arbelo vengábase en esa forma del oficio: escribía versos y buenos. Esto, lo de escribir versos, no agradaba mucho en el diario, porque, según decía el secretario, un tipo calvo, regordete, de lentes, los poetas en el periodismo eran perjudiciales, como en la República de Platón, pues llevados por el ritmo y la rima, olvidábanse a menudo de sus prosaicas obligaciones. Pero la cartera de Arbelo era una esperanza y un símbolo en el bolsillo interior del poeta rico de imágenes. La cartera esperaba el dinero que fatalmente habría de llegar alguna vez, tarde o temprano... Y entonces resplandecerían en la gloria de las luces y ante los ojos divinos de las mujeres el ribete de oro y el monograma del mismo metal. Sí, alguna vez habría de llegar el dinero tentador de las aventuras locas. En tanto, hacíale el honor de confiarle a la cartera sus sonetos. También en ellos había riqueza. Ante todo, un collar enorme formado con las estrellas mismísimas del firmamento, y diamantes, rubíes, zafiros, perlas, aguas marinas... Como se ve, la riqueza de Arbelo era enorme, pero tenía la desgracia de ser imponderable.

Los compañeros de trabajo le envidiaban la cartera, como es natural, toda vez que la sacaba para pagar el café, cuando tocábale «la vuelta» en la redacción.

— Filete y monograma de oro...

— Linda cartera de millonario...

— Lástima que no contenga plata...

Entonces explicaba Arbelo paradojalmente por qué la usaba. Los escritores, decía, rara vez llevan utensillos de trabajo en los bolsillos, y en cambio no hay quien apenas sepa coordinar cuatro letras que no lleve consigo pluma-fuente y papel de hilo.

— Se cumple la ley de las compensaciones — añadía. — Por lo demás, mis versos reemplazan con ventaja a los billetes...

— Puedes convertirlos en el «Banco Lírico»...

— ¿Dónde queda eso?

— ¡En la luna!

Y así se sucedían las conversaciones en cuanto Arbelo sacaba su cartera para pagar «la vuelta» de humeantes «express».

Arbelo no poseía lo que se ha dado en llamar el culto del dinero. No ahorraba ni deseaba ahorrar. Molestábale esa insignificante virtud de hormiga. Y es que el dinero debía traducirse en aventuras, en champán, en agradables diversiones de poeta. Recordaba a menudo el poema de Rubén Darío: «¡Cantemos el oro! Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado. Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca. Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos a los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece a aquellos que no gozan de sus raudales. Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido,





e inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes...»

Y amaba Arbelo el oro del sol y el oro de las cabelleras y de las miradas en las mujeres. Sí, alguna vez su cartera de piel de Rusia estaría llena de billetes, y entonces la vida le sonreiría gozosa como una boca en flor...

Carnaval. Doscientos pesos. Tres días francos. Para Arbelo todo eso representaba una gran fortuna. Al fin, se le había reconocido algo de sus sacrificios, aunque los doscientos pesos eran a simple título de adelanto. Un poeta en tal situación en días de carnaval es un ser privilegiado a quien se debe envidiar. Porque un millonario no podría gozar tanto en un año como Arbelo en los días locos del regocijo. El carnaval le resultaba una especie de alcohol que hacía olvidar las cosas tristes. En la risa funambulesca de las máscaras encontraba más belleza que en el rostro estirado de la gente seria. Las serpentinas prendiendo cadenas frágiles de corazón a corazón, las sedas brillantes de los trajes, las risas cristalinas de las mujeres, se le antojaban un celeste alcohol.

Carnaval... Doscientos pesos... Tres días francos... Salió de la redacción con el alma trinándole como un pajarito y aspiró con fuerza el aire de la calle. Cuando estuvo en la esquina sacó su cartera de piel de Rusia con filete de oro y monograma del mismo metal y puso en ella el dinero: papeles de diez. Entró en una confitería. Pidió licor fino. Y, al llamar al mozo, no pagó ya con el aire apesadumbrado de siempre. Abrió la cartera triunfalmente, pagó el licor y dió una espléndida propina. Así comenzaba «su carnaval», ese carnaval que le pertenecía y que ninguna obligación podría disputarle. Salió silbando un «shimmy». Recordó entonces los versos:

« Au clair de la lune
mon ami Pierrot... »

los recordó porque sí, con su musiquilla baladí, y pensó que nada le sentaría mejor que el traje del pálido lunático. Y decidió comprar un traje de Pierrot, barato, barato, que no podría ser de seda. Y así lo hizo.

¡Qué bien estaba Arbelo con su traje todo blanco y él con la cara enharinada! Le quedaban ciento cincuenta pesos, su riqueza, metida en la cartera de piel de Rusia con filete de oro y monograma del mismo metal.

La primera noche se metió en un coche arrastrado por un escuálido jamelgo, y a recorrer los corsos. Iba solo. Añoraba, claro está, la compañía de alguna muchacha que compartiese con él la alegría del carnaval. Sus ojos brillaban regocijados bajo la luz de las lamparitas multicolores, mientras realizaba la frágil esgrima de serpentinas que une por un momento fugaz los corazones. Con su corneta de cartón ensayaba alguna musiquilla baladí. ¡Qué diablos; debía divertirse, según aconsejaba el ruiseñor nicaragüense!

Musa, la máscara apresta
ensaya un aire jovial
y danza y ríe en la fiesta
de carnaval...

No faltaría después, en la cena que habría de compartir con la inevitable muchacha que llegaría por el camino de la casualidad, el burbujeante champán. Porque un carnaval sin champán le resulta imposible a un poeta enamorado de la vida. Y veía en su imaginación a la muchacha de la cena, y cada una de las que miraba en el corso le parecía «ella». ¿Cuál sería? ¿Aquella rubia que le había mirado con ojos de zafiro tras la discreta sombra del antifaz? ¿O aquella morena cuyos labios parecían rubíes encendidos? Lo imprevisto le agradaba. Su alma aventurera necesitaba de ese factor que hace interesantes las novelas y la vida.

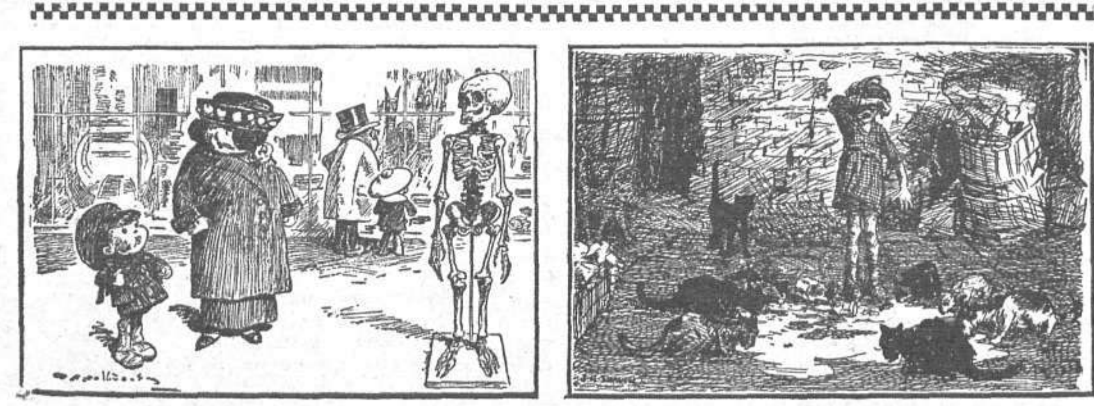
La algarabía del corso era un persistente clamor que embriagaba los sentidos e invitaba a la danza y a la ocurrencia.

Y Arbelo pasó alegremente, entre serpentinas y risas, las dos primeras noches de «su carnaval».

Al tercer día llegó, por el camino tentador de la casualidad, la que habría de compartir con él la cena.

Fué así. Arbelo había ido a un baile de amigos suyos, en Flores. Bailó con una chica maravillosa, vestida de fantasía. Notó que no era como la rubia de ojos azules que sonriera tras la sombra discreta del antifaz de raso, sino como la morocha de labios rojos que le había arrojado una serpentina amarilla. Decidor y oportuno, no tardó en despertar la simpatía de su compañera de baile, a quien, para colmo, le recitó un soneto de amor...

La reunión era de gentes de la alegre y despreocupada bohemia: periodistas, pintores, escultores, poetas. Todos llevaban disfraz. Ferrándiz, el pintor de motivos del puerto, había decorado graciosamente de flores y farolitos japoneses el patio de su casa.



— Guillermito, algún día todos nos pareceremos a ése.
— ¿Y tú también, tía Marta?



OPORTUNISTAS.

En cuanto al champán, preciso será recurrir una vez más al resobado lugar común: brillaba por su ausencia. Pero la cerveza, rubia también, al fin, lo reemplazaba impávidamente.

La orquesta la componían unos músicos de la misma especie artística y andariega. Y nunca aquellos incorregibles soñadores pasaron mejor una tarde de alegría. Allí reíase con sano humor infantil.

La fiesta continuaba al ponerse el sol, y continuaría hasta la mañana, pero Arbelo pensaba en la cena que coronara sus tres días de holgorio. Mientras bailaban un vivaracho «shimmy», le ofreció a la compañera un paseo en coche. Aceptó ella. ¿Por qué no? ¿Acaso no podía divertirse con un amigo de bohemia en unas horas de carnaval?

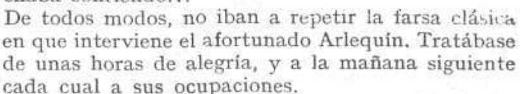
Despidiéronse de los amigos, caláronse los antifaces y salieron. En tanto, la cartera con filete de oro y monograma del mismo metal pesaba menos — ¡oh, mucho menos! — que unos días antes. Arbelo no lo advertía. A su lado estaba la muchacha que presintiera entre las serpentinas del corso que formaban frágiles cadenas de corazón a corazón. Parecíase a la morocha de labios de rubí. En su imaginación de poeta con algunas copas en la cabeza, pensó Arbelo que en su bolsillo interior se multiplicaban los papeles de mil... Creyóse un lord, sin tener en cuenta que vestía el disfraz del pálido enamorado de la luna.

Tomaron un coche en la plaza de Flores y se dejaron conducir por el capricho del cochero. Unieron sus voces a las voces de la multitud que pasaba a pie, en auto, en coche; unieron su espíritu al espíritu del Arlequín inmenso que se divertía.

Arbelo dió al cochero la dirección de un restaurante central. Era la hora de la cena. Descendieron a la puerta. Arbelo sacó del bolsillo la cartera de piel de Rusia con filete de oro y monograma del mismo metal, y pagó. Pagó con arrogancias de lord, olvidándose una vez más de su traje de Pierrot.

Entraron. La orquesta desgranaba una música vivaz, muy oportuna. En forma de maromas, cruzaban en distintas direcciones cuerdas que sostenían innumerables farolitos japoneses. Algunos ya habíanle hecho debidos honores al menú, y por eso se oía el estrépito del champán al descorcharse las botellas.

Sentáronse a una mesa algo apartada. Allí el impenitente soñador exhibiría sus imágenes de poeta ante el asombro de la morocha. Sí, esa era la aventura que soñara y que había llegado por el camino tentador de la casualidad. El menú fué espléndido. Arbelo pidió de lo bueno. No recordaba que en el pícaro mundo las cenas en los restaurantes deben pagarse... ¿Cuánto le quedaba en la cartera? Seguía creyendo que estaba repleta de billetes de mil... Eso sí, recitó muchas poesías y dijo muchas frases bellas a su compañera. Del escritor de sueltos prosaicos en la mesa de redacción no había quedado nada, absolutamente nada. Sólo hablaba el poeta. Ella le escuchaba sonriendo...



De todos modos, no iban a repetir la farsa clásica en que interviene el afortunado Arlequín. Tratábase de unas horas de alegría, y a la mañana siguiente cada cual a sus ocupaciones.

Llegó el momento del champán. El «garçón» abrió la botella estrepitosamente. El líquido saltó en una espuma ligera y sonora. Era el divino licor que cantara en uno de sus sonetos. Bebieron. En los ojos negros de la muchacha el ámbar de la copa se reflejó con un resplandor de oro viejo. Arbelo sonreía satisfecho. Y después de otras metáforas resplandecientes, llamó y pidió la cuenta.

¿Pensó entonces en la posibilidad de que no le quedara dinero para pagar? No, porque el champán llena el cerebro de sueños dorados.

Cincuenta pesos. Sacó la cartera de piel de Rusia con filete de oro y monograma del mismo metal. Metió en ella dos dedos ágiles. Hurgó, hurgó bastante, y por fin sacó lo único que había: un billete de cinco pesos y dos sonetos. Sin inmutarse se los dió al mozo, quien, en la creencia de que se trataba de una broma, permaneció sonriendo.

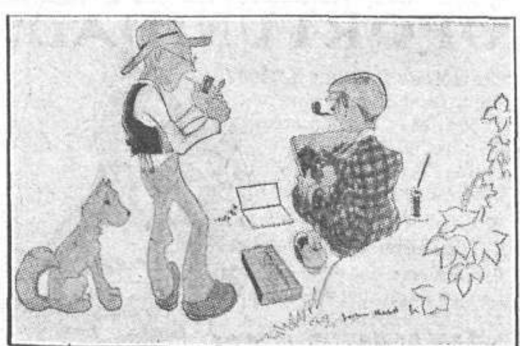
— Los cinco pesos se los regalo — le dijo el periodista.

Y como el mozo esperase en vano que la broma terminase, fué con los cinco pesos y los dos sonetos a consultar al gerente.

Acudieron ambos. El gerente había visto la firma de Arbelo al pie de los versos, y, ante la sorpresa del mozo, que no se explicaba el caso, poniéndole amistosamente la mano en un hombro, dijo a Arbelo:

— Amigo mío, no puede imaginarse cuánto le agradezco esta feliz oportunidad. Mi hija colecciona originales de poesías y anda loca por unos versos suyos. Era la firma que le faltaba. Mañana le daré un alegrón. — E hizo traer otra botella de champán.

La morocha, que ya se había puesto el antifaz, miraba con admiración a su acompañante. Arbelo sonreía gloriosamente bajo el esplendor de la luz eléctrica...



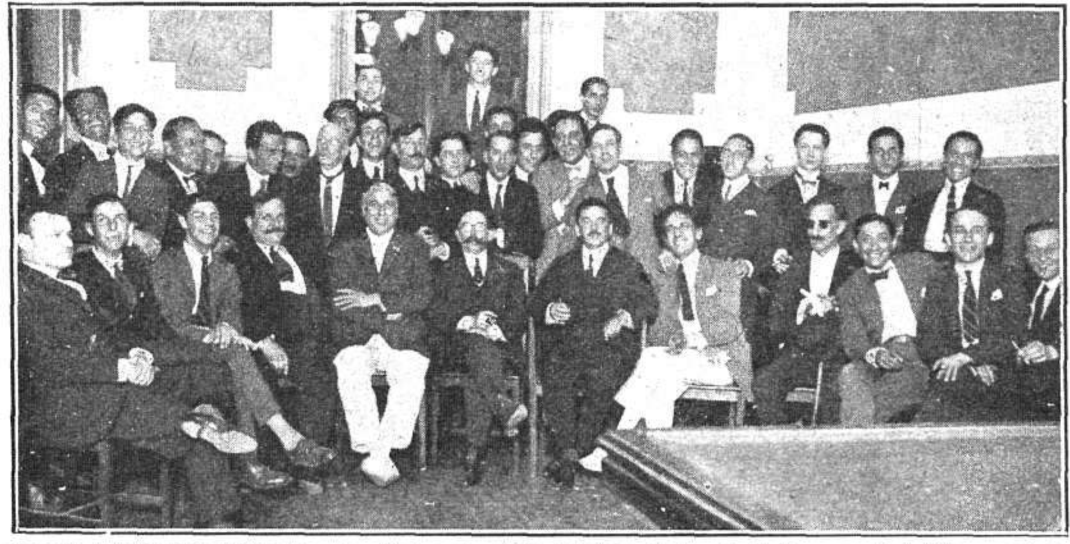
El paisano — ¡Hum! Nunca podría hacer eso, me faltaría paciencia.



TIEMPOS DIFICILES

— ¡Y usted misma, señora Poine, con su establecimiento equipado a la inglesa, debe resentirse de la crisis del cambio!

De San Fernando



Grupo de socios del Club del Progreso que celebraron con una fiesta íntima el haber obtenido la personería jurídica para la sociedad.

LA GLORIA TARDÍA

Entre las mayores amarguras del genio está aquella suprema acidez que consiste en recibir el beneficio de la gloria a la vejez, demasiado tarde, cuando el individuo que ha esperado tanto ya no posee la plena y robusta facultad del goce. Entonces el placer de la gloria que llega se entremezcla con una melancolía, que equivale a un reproche contra la frívola fortuna. Figúrese un hombre que amase profundamente a una hermosísima mujer, un año, muchos años seguidos, y que sólo al declinar de la vida viniera ese bello sujeto amado a ofrecerse. ¡Demasiado tarde! Y además, ¿qué vale ya esa gloria marchita, sin entusiasmo, que otros han poseído antes y no conserva ninguno de los atributos virginales y juveniles?

Arbitraria y coqueta como la fortuna, reparte la gloria sus favores caprichosamente. A veces llega precoz, prematura, incomprensible, y besa la frente de un poeta, de un artista afortunado. Pero otras veces llega con lentitud. De todas maneras el éxito es una arbitrariedad. En todo éxito nunca falta la injusticia.


Un buen consejo
Un buen consejo vale lo que un Capital.
USAR
CRESOLUM SAPONATUM
ES GARANTIZAR LA VIDA.
Constituye un antiséptico y desinfectante de los más enérgicos.
El Cresolum Saponatum se emplea para la desinfección de ropa, muebles, utensilios, etcétera, usados por enfermos.
Sus aplicaciones dan sorprendente resultado tanto en la medicina buena y veterinaria y en desinfección en general.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
DEFENSA 215, sus secciones y en todas buenas farmacias.
SERRANO.

Necrología



Señorita Eudoxia Zárate de Zelaya. — Miraflores (Catamarca).



Señora María Luisa Roche de Marc. — Rosario.



Señora Laurentina S. de Tárrago y Badino. — Capital.



Señora Justiniana Fernández de Caballero. — Capital.



Señora Rosario Fernández de Gallardo. — Córdoba.



Señora Dominga Moulia de Cotarelo. — 25 de Mayo.



Señor Juan Tomás Zarraluqui. — San Nicolás.



Señor Enrique Casti. — Rosario.



Entre las diversas informaciones que nos llegan respecto de las actividades mundanas de nuestra tradicional *Feria de Vanidades* se asegura que reina en los círculos más brillantes, como también en los que anhelan alcanzar algún pálido reflejo de su luz deslumbradora, una grave preocupación... *¡No existe* actualmente en nuestro muy suntuoso Biarritz un centro *ultra aristocrático* en el que pueda congregarse, sin riesgo de la menor intromisión, el mundo de nuestros *snobs!*

No existe, pues, por el momento el verdadero templo del chic... ¿Qué hacer? El problema es asaz grave... sobre todo para ciertas *coterics* formadas por elementos muy brillantes, que acostumbran reunirse con el propósito de descubrir diversiones siempre nuevas, a condición, naturalmente, que éstas sean, o parezcan ser, de una refinada elegancia. El vértigo del juego, el lujo desmedido, unidos al afán de conquistar una situación social inexpugnable o de conservarla a toda costa; el *flirteo*, más o menos discreto, son los lazos que unen momentáneamente a muchos de los más destacados actores de la Feria de Vanidades... Y por eso consideran ellos que el problema es muy grave, arduo casi; esas deliciosas figuras no hallan ya un ambiente adecuado a sus más caras aspiraciones. El Club Pueyrredón — dicen — carece de *chic*, por la avalancha de concurrentes... El Ocean ha perdido el *chic*, no se sabe por qué, pero el hecho es que lo ha perdido... Y mientras no se consagre a toda prisa el nuevo templo del más refinado buen tono debe resultar realmente interesante, hasta *inefable*, el observar la preocupación constante de nuestros *snobs* en medio de tanto bullicio, de tanta agitación; tal como el desventurado Erasmo Spickhen, el fantástico personaje del cuento de Hoffmann, *han perdido su reflejo*... Y es que en medio de aquel luminoso, mágico ambiente de nuestra playa del sur, parece se exasperara el mal crónico de los enfermos de vanidad, de esos seres que no saben vivir sino del reflejo de las personalidades mundanas en extremo eminentes, esforzándose en llegar a parecerse a ellas a fuerza de seguir fervorosamente las imposiciones de la moda; para ellos constituye la razón de vivir el ser consagrados socialmente, y para alcanzar la meta soñada, o sea las relaciones brillantes, todo lo sacrificarían...

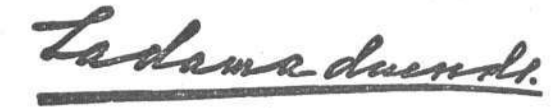
En fin, esperemos que de un momento a otro ha de llegarnos la anhelada nueva: la fundación de un nuevo círculo muy estricto, muy cerrado...

La crónica no nos ha anunciado tampoco qué nombres femeninos son los que se mencionan en la presente temporada para consagrar *Capitanas* (y conste que el título no es una fantasía mía, lectoras amigas) a las personalidades mundanas que han de imponer la ley en materia de diversiones nuevas o de modalidades exquisitamente elegantes. Se ignora hasta ahora si seguirán empuñando el cetro del *chic* las frágiles figuritas que lo sostuvieron con sin igual entusiasmo en la pasada temporada; se cree, sin embargo, en su invencible prestigio; es tan poderosa la sugestión de los ojos claros cuando brillan con fulgores de esmeralda bajo la obscura cabellera o con la serena mirada, indiferente al parecer, que nimban los finos cabellos de reflejos de oro...

Tampoco se ha comentado nada nuevo hasta hoy respecto de las figuras esculturales que modela tan artísticamente el jersey adoptado para el traje de natación; ¿tal vez el hábito ha podido más que la crítica? Tan es así, que pocos días ha oía referir a una distinguida dama una anécdota que prueba hasta donde ha llegado ese hábito y la poderosa influencia de las nuevas modalidades impuestas en nuestro Biarritz.

Regresaba del extranjero en uno de los grandes palacios flotantes de poderosa compañía italiana una aristocrática pareja: ella, gran nadadora, de líneas esculturales... Pues bien; después de una verdadera tramitación, se consiguió que el comandante del barco hiciera renovar diariamente el agua de la gran pileta para que la encantadora ondina pudiera disfrutar todos los días de su hora de natación, y que los pasajeros — añadía con fina sonrisa la distinguida dama, poco amiga de la libertad actual a pesar de su juventud y su belleza — pudieran tener muy a menudo la deliciosa visión de la estatuilla viva que nadaba en la piscina modelada estrechamente por la sombría malla de su traje...

Si prestamos oído a las crónicas mundanas que nos llegan de la divina región de los pueblitos del norte, *Monsieur Potín* nos cuenta que se va generalizando la costumbre de organizar bailes para jovencitas quinceañeras... En otros tiempos las graciosas figuritas que no habían cumplido aun esa edad se reunían sólo para bailar entre ellas; pero tiende a implantarse ahora, en determinadas residencias veraniegas, el que se invite a tales bailes a jóvenes que no son precisamente tan jóvenes como ellas pero sí lo suficientemente hábiles para convencer a esas florecitas vivas que apenas empiezan a vivir, que la liberalidad del ambiente las permite aceptar una invitación para excursiones sentimentales en auto o en lancha... También asegura *Monsieur Potín* que las niñas son tan expresivas para bailar que, en vez de apoyar levemente la mano en el hombro del compañero, suelen rodearle el cuello con el brazo, porque consideran, sin duda, que van así más seguras...



Buenos Aires, enero 31 de 1923.

CERREMOS LOS OJOS...

Te vas. Ya lo sé. Ya lo siento.
Fué inútil y vano y absurdo mi empeño.
¡Querer estrecharte en la trama del sueño!
¿Qué busco, angustiado, la puerta cerrarte?
¿Y acaso, cerrada la puerta, podría guardarte?
El frío entra a chorros por una y mil grietas;
para huir te basta con la más discreta...
Y bien; sigue andando. Yo me quedaré
a entonar mi salmo de consolación:
«Fué la que soñara el sueño de un poeta,
un sueño tan loco que se terminó;
murió en una tarde muy blanca, muy quieta...»
(¡Cerremos los ojos que no se murió!...)

MIGUEL MANFREDI


Al azar...
Cuando Ud. pide "un remedio para el dolor de cabeza," o "una tableta" o "una aspirina," compra al azar y hace con su salud lo que el jugador con su dinero cuando lo confía al capricho de los dados. ¿Sabe Ud. si eso que le dan es realmente eficaz e inofensivo? ¿Puede Ud. decir si de entre los miles de analgésicos que hay en el mercado ha tenido la buena suerte de recibir el que le conviene? Para no correr riesgo alguno, pida siempre CAFIASPIRINA (Aspirina con Cafeína) que es la última palabra de la ciencia. No solo alivia cualquier dolor y corta cualquier resfriado mucho más rápidamente que la simple aspirina, sino que levanta las fuerzas, regulariza la circulación de la sangre y es absolutamente inofensiva para el corazón. Compre un tubo de veinte tabletas para tener en su casa o en la oficina; para casos de emergencia, o cuando solo quiera una dosis, pida el Sobre Rojo Bayer que es un empaque tan seguro y sanitario como los tubos mismos.
Este es el original y legítimo "SOBRE BAYER"
Limpio
Cómodo
BAYER
Higiénico
Seguro
CAFIASPIRINA
DOS TABLETAS BAYER
de Aspirina
Cafeína
CAFIASPIRINA



Parte de la concurrencia que asistió al picnic organizado por el "Club Social y Atlético Juventud Unida", fiesta que fué un exponente de cultura y compañerismo.

EL CULPABLE

Pasó un hombre, y el pueblo gritó contra él: era el verdugo.

Pasó otro hombre, y el pueblo se descubrió respetuosamente la cabeza: era el juez.

— ¿Por qué me despreciás? — preguntó el verdugo.

— Porque matas — contestó el pueblo.

Y el verdugo dijo:

— Yo ejecuto una sentencia del juez. En todo caso, es a él a quien debéis despreciar.

Y el juez objetó:

— Si no hubiera leyes que condenan, yo no dictaría sentencias; por lo tanto, a la ley es a quien debéis despreciar.

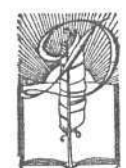
Entonces dijo la ley:

— Si vosotros no me hubierais formulado, yo no existiría; no la emprendáis conmigo, acusaos a vosotros mismos que me habéis dado vida.

Y el pueblo se retiró callandito, pensando que, en resumen, él era el único culpable; porque el verdugo era un instrumento del juez, el juez un instrumento de la ley, y la ley un instrumento del pueblo.

R. J. Requena.


TE BAGLEY
Saboree...
una taza de este té,
exquisito y aromático,
y será su preferido.
N.º 1 - Etiqueta Roja - Extra Superior.
N.º 2 - Etiqueta Azul - Especial.
TE
BAGLEY
TE
BAGLEY



ivino mal

Por Eugenio Julio Iglesias

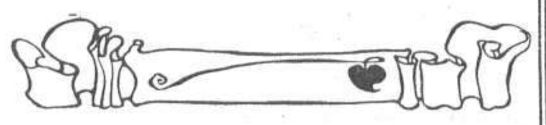
Desde que la Locura nos tocó el corazón,
nuestras palabras tienen sabor de Eternidad
Eterna vida, Eterna gloria, Eterno amor...
¡Ansia infinita de Inmortalidad!

Lapidado el recuerdo de las horas estériles,
renacimos. Los ojos exploran senda nueva,
bajo un cielo que a todo lo que ampara embellece,
y el alma, en nuevos sueños, se renueva.

«Renovarse es vivir». Y hoy no somos aquellos
del andar indeciso. Anuló el mal divino
visiones enfermizas y enfermizos recuerdos,
como el vapor de un deleitoso vino.

Y esta ebriedad auspicia un viaje sin retorno,
hacia donde la carne su infame sed depone...
(Para que no nos hieran las burlas de los otros
en nuestros pechos Dios sus manos pone).

Seremos sólo espíritu en el Día Infinito
y a nuestras pobres almas tocadas de Locura,
bajará — mansa llama de resplandores píos —
luz de cordura.



STAS MANOS MIAS



POR

ORESTE D'ALÓ (HIJO)

Estas manos mías, delgadas y pálidas,
que tan pocas cosas han sabido hacer;
estas manos mías, en la acción inválidas,
disgusto y tristeza me dan a la vez.

No han abierto un surco, no han sembrado un grano,
no han alzado un hacha con viril vigor;
¡la vida, en su duro yunque soberano,
a estas manos mías jamás las templó!

No han plantado un árbol, no han mojado el suelo
con el sudor de una tarea feliz...
¡Nunca concretaron un fecundo anhelo
en sólidas obras para el porvenir!

¡No habéis hecho nada, pobres manos mías!...
y la onda del tiempo transcurre fugaz.
En vago abandono, flácidas, vacías,
cual ramas sin frutos parecéis colgar.

Ni coger supisteis en la Primavera
la flor del divino jardín del Amor.
Y ese bien precioso se brinda a cualquiera,
como brinda el oro de su cuerno el sol.

Apenas, ¡oh manos!, si escribisteis versos
clamando la queja de un destino infiel.
¡Versos!... Deshojados pétalos dispersos...
ansias imposibles... locura... embriaguez!

¡Con qué sentimiento las contemplo!... Manos
que ni se supieron avaras cerrar.
Como fina arena de áureos leves granos
ueron derramando la Felicidad.



IGUALDAD DE SEXOS

— Yo no encuentro la mujer a la que se le pueda dar el derecho de voto.
— (?)
— ¡La mujer con barba!



CONSULTA

— Saca la lengua...
— Enseguidita... ¡para que mamá me de unas cachetadas!



— Todo el mundo dice que nos parecemos como dos gotas de agua.
— Di mejor como dos gotas de vino.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). - Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre..........	$ 2.50	Trimestre.........	$ 3.00	Trimestre.....	$ oro 2.00
Semestre..........	» 5.00	Semestre..........	» 6.00	Semestre......	» » 4.00
Año..............	» 9.00	Año.............	» 11.00	Año...........	» » 8.00
Número suelto....	20 ctvs.	Número suelto....	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año....	40 »	Número atrasado del cte. año....	50 »		

Para Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana y San Salvador.................Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.


La gente distinguida, los que saben cuidarse,
no toman otra cosa por la mañana, como por la tarde y por la noche, que te con leche a la inglesa.
El mejor desayuno para el verano.
Pida TE SOL, y en caso de dificultad para obtenerlo diríjase a los introductores, Tucumán, 345. Buenos Aires
ETIQUETA BLANCA
TE SOL
TE SOL
TeSol
El Rey de los Tés

BUENOS AIRES, 10 DE FEBRERO DE 1923

AÑO XXVI — CARAS Y CARETAS — N.º 1271

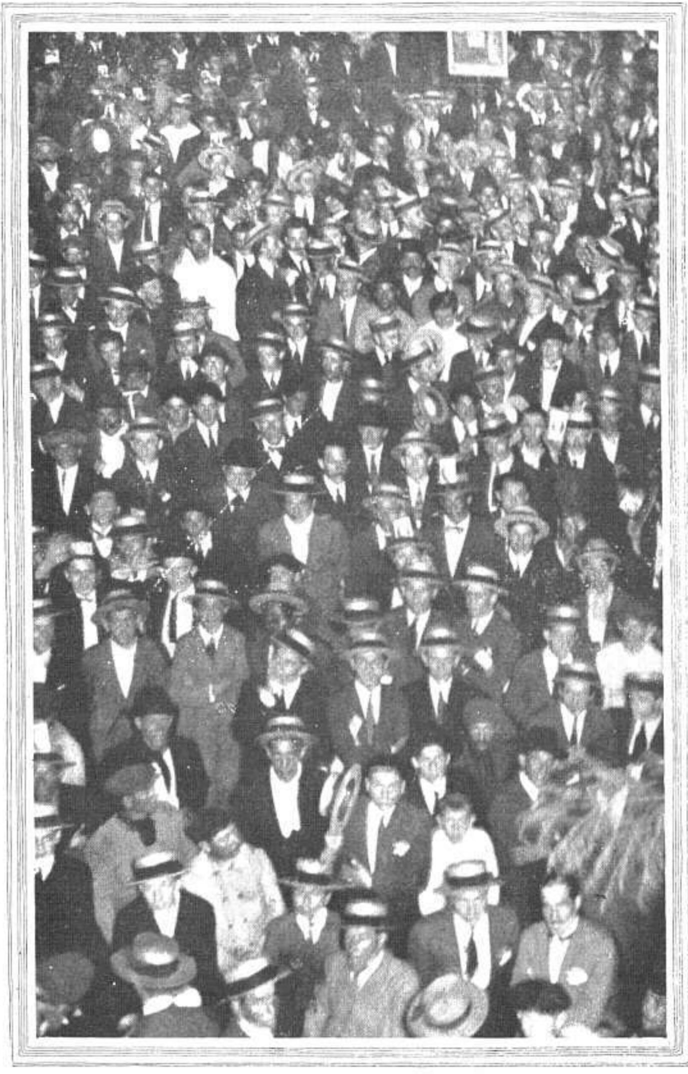
JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



El Presidente de la República ejerce su derecho electoral de ciudadano

El doctor Alvear, poco antes de las 13, bajó de su automóvil, penetró en el comicio y sencillamente, sin titubear, depositó su voto en la urna. Por supuesto que ni su rostro ni el bien pegado sobre dejaron traslucir el «secreto legal» de sus simpatías de simple votante. Minutos después, el primer magistrado se despidió sonriendo de los ciudadanos que componían la mesa, montó en su máquina y desapareció.

FOTO DE VARGAS.



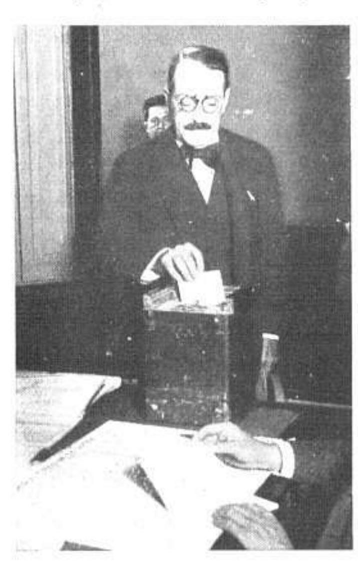
Animado desfile de la manifestación de las fuerzas concentradas del partido socialista que culminó en un mitin al aire libre en las calles de Rivadavia y Ayacucho y con cuyo acto quedó clausurada la campaña política para la elección de un senador nacional.



El doctor Mario Bravo, candidato a senador por el partido socialista, dirigiéndose a las masas.

SENADURIA POR

CAMPAÑA POLÍTICA



Señor Arturo Goyeneche, depositando su voto.



El ministro de Hacienda, doctor Herrera Vegas, después de haber votado.



El doctor Beazley, que depositó su voto en el comicio de «Caras y Caretas».



Señor Arturo Goyeneche, candidato por la Unión Cívica Radical, pronunciando un discurso ante sus correligionarios.

LA CAPITAL

NOTAS ELECTORALES



Aspecto que presentaba la sala del teatro Coliseo en el acto de la proclamación pública de la candidatura del señor Goyeneche, en el que hicieron uso de la palabra varios oradores pertenecientes al partido radical que lo postuló.



El doctor Julio Moreno, ex ministro de Guerra, saliendo de cumplir el cívico acto.



El ministro de Marina, almirante Domecq García, al salir de su domicilio para ejercer de votante.



El doctor Mario Bravo dirigiéndose a la urna para depositar el sobre.

ACTUALIDADES VARIAS

TENEMOS a la vista el Anuario 1923 que acaba de editar nuestro colega el difundido diario vespertino «La Razón». Trátase de un volumen de 360 páginas, tamaño grande, impreso con notable esmero e ilustrado con multitud de fotograbados explicativos de las diversas materias de que informa. Constituye un alarde periodístico muy significativo y ponderable que abarca, *en interesante y ordenada recopilación*, todos los acontecimientos de importancia que se desarrollaron durante el año pasado.

Alternando con notas literarias y artísticas muy bien seleccionadas, mézclanse pertinentes estadísticas afectas a las actividades nacionales; informaciones económicas y financieras, agrícolas y pecuarias; deportes, teatros y noticias ferroviarias, así como diversos datos geográficos y políticos de las provincias y los territorios.

En fin; un Anuario verdaderamente útil, que resume en sus nutridas páginas las tres cualidades máximas de toda obra periodística: amenidad, variedad, oportunidad.

Merece sinceros plácemes el citado colega por el esfuerzo que por todos conceptos significa haber lanzado al público tan excelente compendio artístico-informativo de 1922.



Carátula del Anuario de "La Razón"



Doctor Juan Enrique Tocornal, ex ministro de Hacienda de Chile, que acaba de ser nombrado embajador en la Argentina en reemplazo del actual representante, Sr. Luis Izquierdo.



Señor Adolfo J. Pozzo, digno funcionario de la Administración, que acaba de ser ascendido a oficial primero del ministerio del Interior.

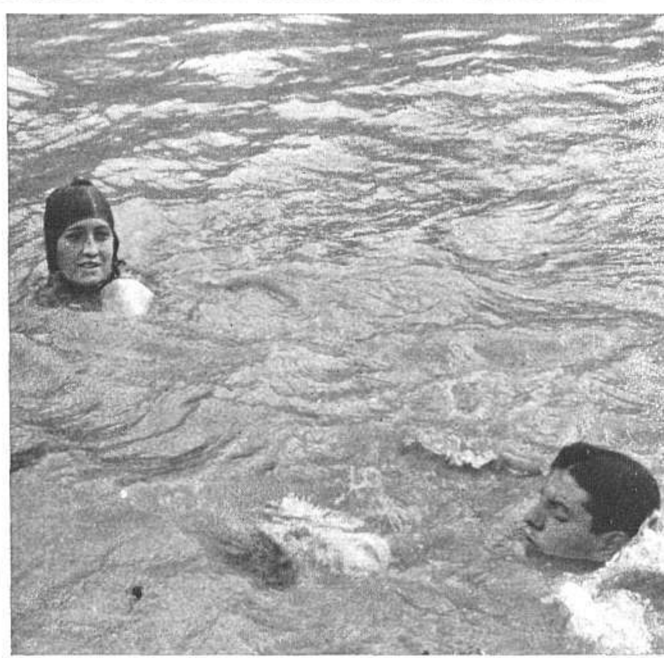


Don Manuel Murguia, ilustre historiador de Galicia y notable literato de gran renombre, cuya desaparición ha sido muy sentida en todos los círculos intelectuales de España.

RECORD MUNDIAL FEMENINO DE PERMANENCIA EN EL AGUA



La nadadora argentina señorita Lilian G. Harrison, pronta a lanzarse al agua, desde el muelle de Zárate, para realizar la travesía hasta el Tigre.



Batiéndose con las olas, la intrépida deportista permaneció en el líquido elemento 21 horas y 20 minutos, recorriendo 96 kilómetros y nadando a razón de 25 brazadas por minuto, conquistándose el «record» femenino mundial de resistencia. A su llegada al Tigre fué aclamada entusiastamente por su notable hazaña.

DICHO Y HECHO

POR SIRIO

UNA BROMA DEL MOMENTO

Crotto. — ¿Quiere venderme esa careta? Tengo ganas de ponérmela y embromar a mi querido amigo Hipólito.



Un disfraz como hay pocos

— Mirá que disfraz tan lujoso.

— Ya lo creo. De jubilado con sueldo íntegro de ministro



La cuarteta del tumulto (1)

— Esto pasa de la raya
y nadie lo va a aguantar.
«¡Que se calle! ¡Que se vaya!
No tiene derecho a hablar».

(1) Del último.



Einstein y él

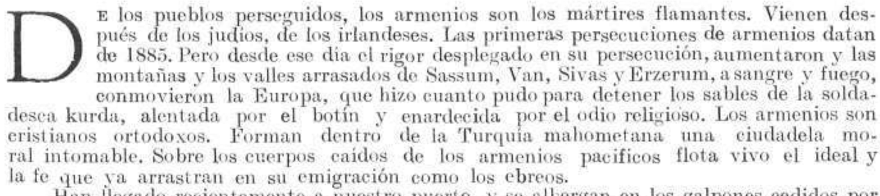
Noel. — ¡Qué ideas tan admirables tengo! ¿Cómo no van a admirar esos paraguas luminosos de la Avenida? Yo y Einstein somos las dos grandes figuras del siglo.








LAS FAMILIAS ARMENIAS EVADIDAS EN ELLA LAS TROPAS DE KEMAL

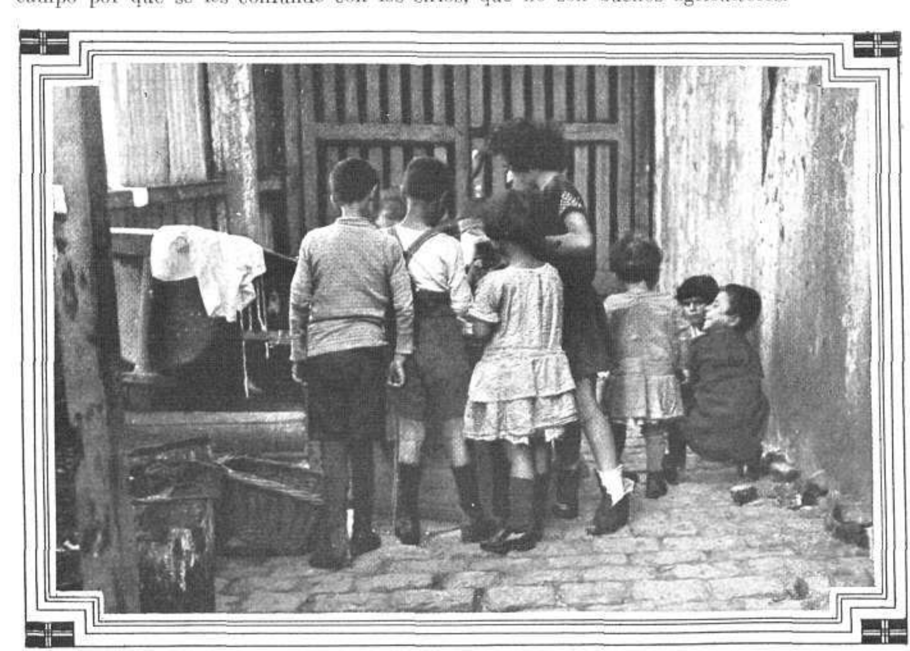


De los pueblos perseguidos, los armenios son los mártires flamantes. Vienen después de los judíos, de los irlandeses. Las primeras persecuciones de armenios datan de 1885. Pero desde ese día el rigor desplegado en su persecución, aumentaron y las montañas y los valles arrasados de Sassum, Van, Sivas y Erzerum, a sangre y fuego, conmovieron la Europa, que hizo cuanto pudo para detener los sables de la soldadesca kurda, alentada por el botín y enardecida por el odio religioso. Los armenios son cristianos ortodoxos. Forman dentro de la Turquía mahometana una ciudadela moral intomable. Sobre los cuerpos caídos de los armenios pacíficos flota vivo el ideal y la fe que ya arrastran en su emigración como los ebreos.

Han llegado recientemente a nuestro puerto, y se albergan en los galpones cedidos por el *Ejército de Salvación, un grupo de inmigrantes armenios que dejaron Constantinopla* en vísperas de entrar a la ciudad turca las tropas de Kemal-Bajá. Estos armenios, que durante la guerra tocoles en suerte los duros trabajos forzados de las minas, sintieron la amenaza que significaba la llegada de los nacionalistas a la capital. Sus vidas podían servir para ilustración del triunfo kemalista, pasadas a cuchillo por los sectarios ya que en cuanto a fuegos de artificio, los asiáticos hacen de las matanzas un acto más del entusiasmo.

Esta inmigración no ha encontrado de nuestras autoridades, hospedaje, pues cae bajo el rubro prohibido de las inmigraciones asiáticas. Sin embargo, la salud, la cultura, la higiene que revelan las hace ponderables. En los viejos galpones — lo poco que puede darles el Ejército de Salvación — han hecho campamento, esperando trabajo. No lo encuentran en el campo por que se les confunde con los sirios, que no son buenos agricultores.



Los niños armenios jugando "al incendio" — juego de mártires — en los fondos de la casa en que se hospedan.













DE CONSTANTINOPLA AL ENTRAR BAJÁ LLEGAN A NUESTRO PAIS



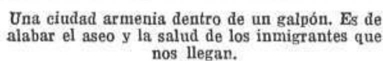
Entre tanto, uno aquí, en los frigoríficos, en las obras del puerto otro allá en las fábricas de Avellaneda, van empleándose. No saben el idioma. Hablan bien el francés o el inglés. Venían sin sospechar nuestra lengua. Los barcos franceses en que se refugiaron dentro del puerto de Costantinopla, huyendo espantados de las tropas triunfales, los llevaron a Marsella y de ahí los enviaron hacia la Argentina. El destino juega con ellos... Una de las armenias tiene un hijo al llegar. ¿Cómo darle un nombre argentino?, se pregunta. Y creyendo que el nombre del barco que los trae luce un nombre nuestro (venían a bordo del «Valdivia»), le llama Valdivio. ¡Pobre chico!...

Las fotografías nos muestran a los ejemplares braquicefálicos — cabeza de frente ancha — de los armenios que nos llegan. A las razas braquicéfalas les tocó en la historia ser vencidos por los dolicocéfalos. En la prehistoria se encuentran ya, bajo los dólmenes de Bretaña, los cráneos anchos de los aborígenes heridos por el sílex de las flechas de los hombres del oeste, y en esos cementerios se comprueba la marcha de este a oeste de los vencedores y del progreso sobre la tierra. Los armenios son inteligentes, sanos, educados y son, sin embargo, vencidos por la fuerza cruel y dura de los déspotas religiosos de oriente. Sus labios traducen hoy, a reparo, el pavor de su destino. Sólo hablan de guerra, de crímenes, de incendios, de deportaciones, de asesinatos políticos, de la muerte de Enver bey o de la de Talaat bajá... y hallan, en estos temas rojos, su conversación favorita mientras los niños se entretienen jugando "al incendio" en uno de los rincones de la casa.



BALTASAR DE LAÓN.





Una ciudad armenia dentro de un galpón. Es de alabar el aseo y la salud de los inmigrantes que nos llegan.







DE ROSARIO

La más espantosa locura armó la mano de un padre que mató a tres hijitos a navajazos. seccionándose luego su propia garganta.



Los niños Gregorio y Alberto Thomas, de 4 y 6 años, infelices criaturas degolladas por su padre Guillermo en un acceso de demencia. El sangriento drama se llevó a cabo en el barrio de la Refinería, en el domicilio de la familia.



Guillermo Thomas, de 7 años, la tercera víctima de la locura paterna, que también fué sorprendido durante su reposo.



El asesino Guillermo Thomas, a quien la Asistencia Pública halló en gravísimo estado, practicándole la primera cura.



Victoria Gardiano, esposa del criminal y madre de los degollados, que sufrió una tremenda conmoción al conocer el suceso. La acompaña un hijo de su anterior matrimonio, que se libró del trágico furor por no hallarse en la habitación.



Las dos víctimas, Guillermo y Alberto, retratados con su hermanita Dora y una amiguita de la vecindad. El padre había estado recluído en el sanatorio de Oliva y padecía de frecuentes ataques de enajenación.

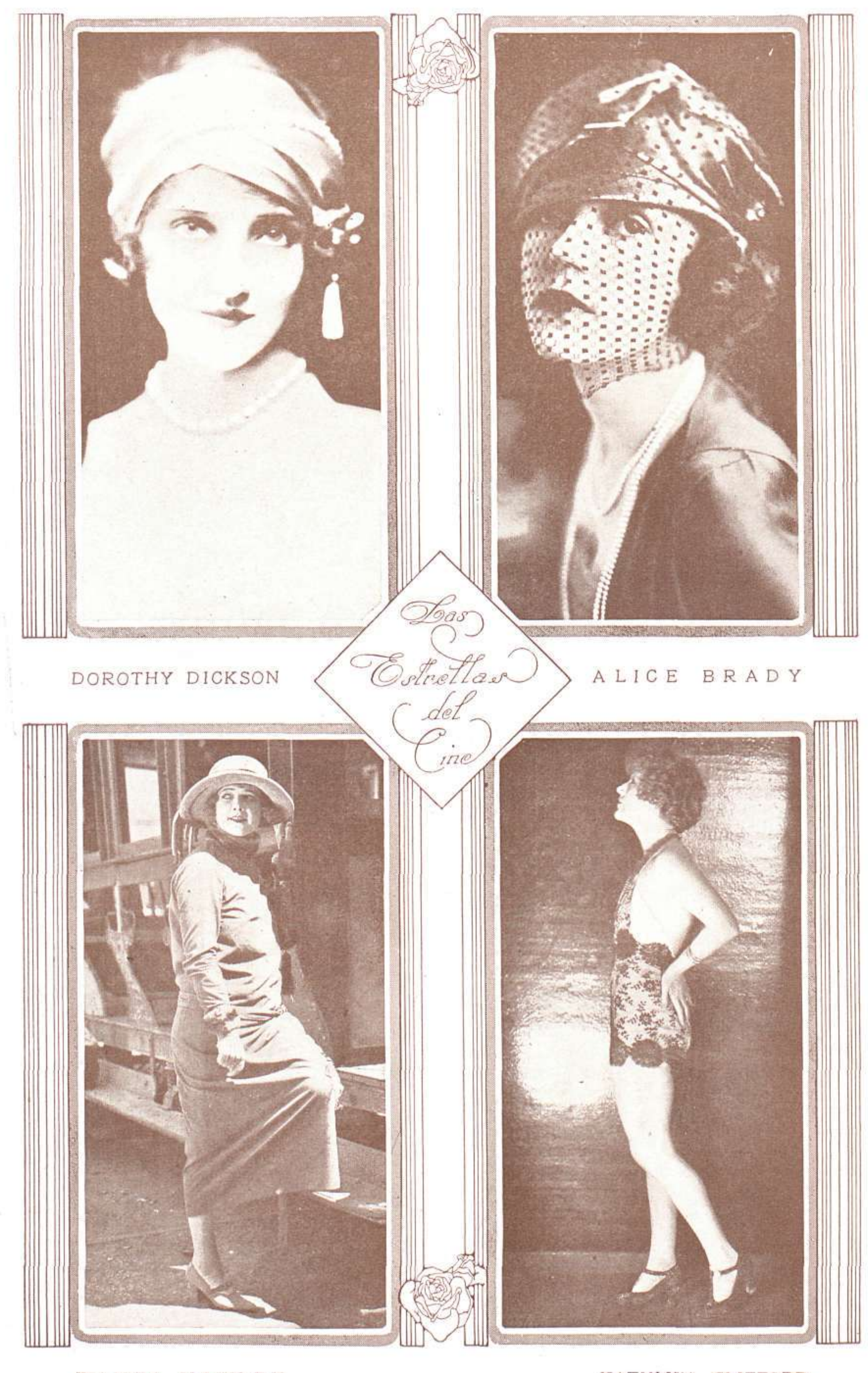


FIGURAS DE ACTUALIDAD

DOCTORES MARIO BRAVO Y ARTURO GOYENECHE

POR ALVAREZ

Sus partidarios siempre se excitan
del mismo modo cuando les ven,
puesto que a Bravo: — ¡Bravo! — le gritan
y a Goyeneche: — ¡Bravo! — también.



DOROTHY DICKSON

ALICE BRADY

WANDA HAWLEY

KATHLYN CLIFFORD

EL CARNAVAL DEL VALLE

Por

CIRO TORRES LOPEZ

ARTES de carnaval. Cinco días con este, llevaban ya de juerga corrida los aldeanos. Ahora se divertían en la carpa de ña Geroma, en El Carril, villorrio en cuyas afueras quedaba, algo aislada, la casa de la Eulalia. Los días anteriores, desde el viernes, don Tranquilino, su hija, Eladio y casi todos los amigos, los habían pasado visitando en grupos las poblaciones circunvecinas, en las cuales realzaban, prestándoles magnificencia, las fiestas del carnaval celebradas de idéntica manera en todas las aldeas de muchas leguas a la redonda. Ahora habían vuelto a sus lares, en el propio corazón del valle de Lerma, al que todos pertenecían. El Carril reducíase a un largo y ancho callejón, con pequeñas casas pintadas de blanco, de celeste o de rojo, separadas por minúsculos sembradíos y no mayores huertos.

Hacia el centro del pueblito se alzaban las carpas de suncho y de lona, a continuación las unas de las otras, pero dejando lonjas intermediarias de terreno para depositar en ellas, por tácito acuerdo y general conformidad, a los ebrios, que semejaban troncos yacentes. En esas carpas, y en los numerosos boliches que servían al mismo tiempo de casa-habitación, divertíase la gente, bebiendo, cantando, bailando y abrazándose, bajo el eco abrumador del acordeón y de las cajas, y entre la baraunda de las caballerías entrechocadas o al galope, que en la calle alzaban grandes polvoredas.

La carpa de ña Geroma, bastante amplia, ostentaba en el frente, descubierto en su totalidad, un recio guardapatio de palo de chañar. En los rumbos laterales, al pie de la quincha, había bancas y cajones ocupados por la concurrencia. Al fondo quedaba la reducida estantería, conteniendo cajas de pomos, paquetes de serpentinas, tarros de almidón, botes de caramelos, botellas, damajuanas, cigarrillos, bolsitas de papel picado, vasijas y copas. Delante de la estantería, resguardando a su dueño, a la mujer del dueño y a un muchacho, alzábase el tosco mostrador de algarrobo, fogueado en recias batallas de ebrios durante luengos carnavales. Encima del mostrador, como forúnculos, veíanse dos tambores de coca.

Era ya media tarde. De todas las aldeas vecinas habían acudido grupos de gentes devolviendo, cor-

teses, las visitas. Venían a terminar aquí el carnaval. La carpa estaba completamente llena. Afuera había decenas y decenas de jinetes, de hombres a pie y de cabalgaduras amarradas al guardapatio, a los árboles y en los cercos de enfrente. En el recinto mismo los aldeanos apeñuscados, se daban los unos contra los otros, riendo, cantando, abrazándose, bailando a ratos, lanzando gritos agudos, profiriendo votos, haciéndose confidencias o enrostrándose con palabras groseras tal o cual desaire; cuando no, ventilando agriamente resentimientos antiguos. Todo el fermento de sus almas: sus odios, sus amores, sus esperanzas, sus desilusiones, las rebeldías contenidas, los disimulos de carácter, la hombría encubierta; cuanto formaba su vivir, cuanto iba amontonándose hora tras hora en las oscuras e interminables semanas de todo el año, estallaba al fin, violentamente en esta fecha; se arrancaban la careta del continuo simular y aparecían tales cuales eran en lo verdaderc de su ser, en lo íntimo de su conciencia. Era como si durante todo el resto del año, avergonzados de la propia miseria, viéndose y siendo parias, gleba oscura, se despreciaban a sí mismos profundamente, tolerando hasta las injurias, para despertar recién virilmente, en estos días, tomando actitudes decisivas en la vida, resolviéndose a ser, a querer las cosas, a luchar.

La Eulalia no podía escapar a esa remoción y a esa idiosincrasia colectiva. Al lado de Pistán, en una de las bancas, lo cuidaba. El guardador de toros, ebrio como una cuba, la abrazaba estrechamente, y en su beodez emitía palabras a medias, ensayando lamentos y suspiros como de protestas de amor. A veces se erguía un tanto, sin dejar el asiento, levantaba bien alto la cabeza, cerrando los ojos, con las facciones endurecidas, idiotizadas por el alcohol, y lanzaba gritos agudísimos, ansiosos, verdaderos y salvajes alaridos de animal. En esos momentos trataba de incorporarse, pero la Eulalia no se lo permitía. Lo abrazaba por el cuello y hablándole amorosamente, como a un niño, y más aún, por la fuerza obligábalo a quedarse quieto. El hombre se sosegaba y volvía a caer en su letargo. La Eulalia, en plena posesión de sí misma, sentía un vago malestar, una inquietud que se agitaba oscuramente en el fondo de su ser. La contemplación de la ebriedad de su amigo, de las actitudes inverosímiles de los otros beodos que yacían por toda la carpa, sentados o en pie; el propio local, el espectáculo que se desarrollaba ante ella, y fragmentos diminutos, casi olvidados, de fugaces sensaciones, la llevaban poco a poco a un estado de amargura espiritual, de desagrado. Sin ella misma darse cuenta, su atención se detenía en lo peor de cada uno de los seres que la rodeaban; se fijaba en cada hombre; los ponía unos frente a otros, y hasta enpezaba a juzgarlos; pero al llegar a este punto, todos se les esfumaban como sombras, y su atención era absorbida por un grupito que se veía en el centro de la carpa. Cinco o seis ocasiones se repitió esa fuga, y esa misma atracción, hasta que, al fin, la mujer vió nítidamente lo que hasta entonces había pasado desapercibido siempre para ella. Vió tal cual era en realidad el cuadro que tan tenazmente la reclamaba. Allí en el centro mismo, la Manuela, el Aciar, Cochucho, ño Joaquín y Marco el carneador, estaban en rueda, de pie, ebrios todos, sosteniéndose recíprocamente. Con las caras morenas y los trajes completamente blancos de harina hecha pasta, mojados, llenos de lodo, con las cabezas forradas de una capa de almidón y papel picado, envueltos el cuello con serpentinas, llevando mazos de albahaca marchita tras la oreja y virreynas amarillas en la solapa y en el sombrero, todo chorreados de vino, de chicha y de grasa, hirsutos de barbas, mal olientes, con los carrillos abultados por el «acuyico» y los labios verdosos por el zumo de la coca, cantaban incesantemente, desde cuatro días atrás, el son monótono, abrumador de la caja. La Manuela la sostenía en lo alto, con la mano izquierda, reteniendo entre los dedos la porra con la cual la golpeaba cachazudamente. Con la diestra recibía cuanto trajera de beber el Sandalio, muchachón que hacía de escanciador del grupo, y cuanto le ofreciesen los amigos, conocidos o simples obsequiantes, todos, con los ojos tiesos, con las facciones endurecidas, bambaleantes y echándose los unos sobre los otros, con la inteligencia abotargada, la voz aguardentosa, ya casi afónicos, aun cantaban y continuarían cantando hasta el siguiente atardecer. La Eulalia observaba que, a causa de su estado, los cantores ni recordaban ya las buenas coplas, y tras entonar algunas malas, sin sentido, caían al fin, invariablemente, en un canto antiquísimo, archisabido, que estaba en su instinto, más que en su inteligencia, y era este:

Carnaval alegre,
¡Ay, vidita, por el carnaval!
Dicen que no caben,
¡Ay, vidita, dos en un dedal!
Hagamos la prueba,
¡Ay, vidita, con un colegial!

Pero esto también desaparecería. Y en las oscuras regiones del instinto en que se agitaban esas imágenes, contradictoria, atropelladamente, algo amargo, que le hacía sufrir como nunca había sufrido, se acentuaba más aún. Por primera vez en su vida miraba estas cosas de un modo muy distinto a como las había visto siempre, desde niña. Ella había asistido a miles de borracheras; las promovió hasta en su misma casa cuantas veces pudo; pero nunca, como ahora, había sentido por todo cuanto le rodeaba un movimiento así, de odio, de desprecio, quizás de asco.

Esa actitud agresiva, de puro instinto, todo eso, flotante, impreciso, enmarañado, que se agitaba en su alma, condensábase poco a poco en sentimientos que se destruían en parte unos a otros, formando así, fragmentaria y lentamente, un solo sentimiento que pujaba por transformarse, por llegar a concepto. La sensación se bifurcaba, se estiraba, se encogía, y seguramente habría surgido al fin como corona y acabamiento de lo que en realidad le causaba desazón; pero en ese instante, más poderosa que la algazara de la carpa, se oyó esta exclamación irresistible:

— ¡China linda! — lanzada por un anciano, algo ebrio.

La Eulalia interrumpió su cavilar. Eladio Pistán se incorporó un tanto, como al influjo de un conjuro. Y ambos vieron que en medio de la carpa, en un estrecho círculo formado por la concurrencia, la Milagro, una arrendera de «Santa Gertrudis», y el Guaymás, domador de «El Monte Grande», fincas vecinas, zapateaban un gato al compás del acordeón. «Aguila Renga», el acordeonista, un gaucho de cara mefistofélica, muy gracioso, con el cigarrillo apagado colgándole en un extremo de la boca, bastante ebrio, se movía como lombriz, a la par de su acordeón, y cantaba:

— Pasáte al otro lao,
Pasáte al frente;
Anque no sós mi dueña,
Me gusta el verte;

mientras la mujer se alzaba pudorosamente el vestido que crujía como guardamonte chicoteado por las ramas, a causa de las enaguas, rígidas por excesivamente almidonadas; y haciendo castañetas, luego, con el pulgar y el del corazón de ambas ma-

nos, daba vueltas en cadencias suaves, casi aéreas, en rededor del hombre. Este, zapateando firme, ora hacia adelante y ora para atrás, como si cepillase, ora cruzando los pies, ora abriéndose de piernas en forma de media equis o de paréntesis, ora dando pequeños y ágiles saltos; redoblando a ratos todos esos zapateos cuyo ritmo embellecía el llorar de sus espuelas; levantando y bajando la cabeza para contemplar a su compañera y contemplarse; dando vueltas en su torno, haciendo castañetas también, medio la cubría a ratos con su cuerpo. Ella, encogiéndose, achicándose, simulaba alejarse en breve fuga, para unírsele luego, apretadamente, cual si quisiera cobijarse a su amparo como bajo un ala.

De repente cesa la música. La Milagro y el Guaymás, ligeramente agitados por el baile, estan frente a frente. Entre la pública expectativa, el Guaymás le dice:

— La mujer es como la gallina;
¡Cuantito le falta el gallo,
Cualquier pollo se le arrima!

— ¡Agarre, que no son tunos! — grita uno. Todos ríen.

Ella responde:

— La mujer que quiere a dos,
No es sonza, es bien alvertida;
¡Si una vela se le apaga,
Le queda la otra encendida!

— ¡Chupáte eso, gauchito! — gritó la Manuela. Todos lanzaron la carcajada, hablando simultáneamente. La música continúa. El baile también. «Aguila Renga» canta:

— Pasáte al otro lao,
Ramo de flores,
¡Sólo pa matarme
Con tus amores!

El zapateado del gaucho es maravilloso. Hay momentos en que no se distinguen sus pies el uno del otro, y ambos forman una sola y temblorosa línea. En otros, la luz entre sus piernas y relampaguea fugitiva como tajos de espada. En cuanto a la mujer, diríase que no toca el suelo, que es un trompo aéreo, en cuyo vestido rojo la luz del día se quiebra en pliegues viboreantes y angostos como llamas de rubí, que van de abajo hacia arriba, y que partiendo del centro, en amplios círculos, se expanden hacia los costados, rotundos, como chicotazos.



APARECÍA ÑO ARJONA, MONTANDO SU «RABICANA», YEGUA FAMOSA PARA PECHAR.

Llega la segunda relación. El hombre dice:

— En la puerta de mi rancho
Tengo una planta i rosal,
¡Al vicio ais de andar moniando,
Cara de locro sin sal!

Ella, mordaz, contesta rápidamente:

— Al vicio ais de andar culebriando
Como verdolaga en güerta,
Porque ti ais de quedar tironiando
¡Como perro en vaca muerta!

— ¡Carasta con la florcita! — exclamó don Antenor.

— ¡Moza linda! — vociferó un segundo.

— ¡Hipijijiii...! — gritó Pistán.

Don Antenor, entusiasmado, habló y dijo:

— ¡Una sin otra no vale, compagre!

— ¡Cierto, compagre!—respondió Guaymás. Y dirigiéndose al acordeonista, agregó:

— ¡Oiga, ño! ¡Otro gato con relaciones pa zapatearlo con esta güena moza, a la salú del compagre!

— ¡Gracias, ño Guaymás, por la lisonja! — dijo la Milagro, sonriendo.

— ¡No hay de qué, prenda, y apriestesé!

El acordeón tornó a sonar, alegre, incitador, convidando a mayores zarandeos y a piruetas más acaloradas, ridículas, graciosas y admirables; en tanto «Aguila Renga» cantaba:

— ¡Sús que sús;
Que cierran la puerta,
Y apagan la luz!

Pistán quiso levantarse, pero la Eulalia lo detuvo. El hombre insistió. La mujer también. Y el guardador de toros volvió a su letargo, estrechando entre sus brazos a la chichera.

Incorporándose, la mujer tomó por los brazos al torero, pretendiendo alzarlo. El hombre, no tan embrutecido ya por el alcohol, logró abrir los ojos y la miró. Pero como aun estaba bastante beodo, tornó a cerrarlos y se dejó estar. La Eulalia buscó con la mirada a su padre para que la ayudase. Mas don Tranquilino yacía sobre una banca, babeándose de ebriedad. La mujer tendió de nuevo su mirada por toda la carpa, y al cabo de un rato distinguió en el extremo opuesto un hombre pobremente vestido, el cual, muy triste, afirmado con negligencia contra un horcón, fumando despaciosamente, con el sombrero sobre los ojos, contemplaba cuanto sucedía a su redor. A sus pies, un poco atrás, yacía echado su perro. El hombre estaba en su sano juicio. La Eulalia lo llamó y cuando acudió, le señaló a Pistán y le dijo:

— Vea, don, ayudemé a llevarlo pa la casa y le güá dar un peso.

— ¿Y cómo no, ña?

Y uniendo la acción a la palabra, lo solivió y se lo echó al hombro, emprendiendo la marcha, seguido de la Eulalia. Pero cuando ya iban a abandonar la carpa, hubieron de detenerse. Allí, en un extremo del recio guardapatio de chañar que separaba la carpa de la calle, aparecía ño Arjona, montando su «Rabicana», yegua famosa para pechar. Gaucho fuerte, entrecano, con el sombrero doblado sobre la frente y encantado con el flamear de las puntas de su pañuelo de seda anudado al cuello, ostentaba facón de plata atravesado a la cintura y grandes espuelas de púas filosísimas, fuertemente amarradas al tacón de su bota de charol, nueva y encarrujada. Sereno, imperturbable, con el talero en ristre, cortas las bridas, bien prietas las piernas en la cabalgadura, y mientras por el ancho camino numerosos jinetes cruzaban a todo el correr de sus caballos, vociferando, cantando con la caja, y cada cual con una mujer en ancas, ño Arjona, desbordado de entusiasmo, lanzaba grandes voces de desafío y de coraje, incitando a los jinetes que ocupaban el resto del guar-

dapatio a resistir su empuje. El apostaba cincuenta pesos a su yegua en lid contra veinte caballos. Y para enardecerlos más, les hacía unos entre de pechada. Los jinetes allí detenidos, no ignorando con quien se las habían, aceptaron sin embargo. Se colocaron unos al lado de otros hasta sumar diez y ocho, apoyándose mutuamente y haciendo que sus caballos afianzaran reciamente el pecho contra el guardapatio. Así, formando un todo homogéneo y apretado, esperaban voceando.

Ño Arjona los miró y gritó:

— ¡A jinetiárse, gauchitos, y cuidao con la botada!

— ¡Larguesé nomás, si es tan güeno!

— ¡No se li haga el campo orégano, ño!

— ¡Luái saludar a ño Juan Pudiera, amigo! — le contestaron.

El hombre se encogió sobre la yegua y la chuceó en los ijares. El animal metió la cabeza por debajo del pescuezo del primer caballo, y adelantando las manos y apoyando media paleta contra el travesaño de chañar, empujó, poderosa. El jinete del primer caballo lo arrimó cuanto pudo contra el palenque, para no dejarse sacar. Los demás caballos le hicieron pie, sosteniéndole del lado de contacto. Y la lucha se trabó. La yegua, animal de cabeza fina, de orejas chiquitas, de patas muy delgadas pero muy potentes, resollando fuerte, y con las manos como clavadas de puro firmes entre las del caballo, pechaba con todas sus fuerzas, sintiendo las filosísimas púas de las espuelas que se le erraban en las carnes. Ño Arjona, a más de azuzarla así, encogido, pierna *contra pierna y hombro contra hombro con el otro* gaucho, empujaba también a su par, con todas sus energías, teniendo con una mano bien seguras las bridas, firme la dirección, palmeando a su yegua en el cogote con la otra, y dando voces de rotunda hombría. Todos los caballos, alborotados, exigidos por los caballeros, sostenían firmemente la lucha. Ño Arjona comenzó a hacer ceder a toda la línea enemiga. Pero del extremo opuesto vino la reacción de pechada. Y cuando el caballo del primer jinete, impelido por toda esa fuerza, chocó con la Rabicana, se vió que, bruto y hombre, salían como balazo, expelidos hacia atrás, para la calle. Y la Rabicana seguía rápidamente, como flecha, contra el palenque, botando adversarios en número de seis, hasta llegar ante el picazo, un caballote negro, poderosísimo, que la detuvo. Al Picazo lo montaba su dueño, Casiano Rosas, un hombre gigantesco, medio amulatado, de rostro bastante oscuro. Al ver que había detenido a la yegua, el hombre, jactancioso, exclamó:

— ¡Aquí está la horma de su zapato, ño! ¡Este no es como los otros!

— ¡Eso vamos a verlo! — respondió ño Arjona.

Y chuceando a su Rabicana y haciéndose más chiquito aún contra su lomo, en el instante preciso en que la yegua arremetió, él hizo presión sobre ella, obligándola a achatarse. Y cuando el hombre moreno del caballo grande se dió cuenta, se halló rodando por el suelo con su flete, al cual la yegua le había trabado por las manos con sus patas de acero prosiguiendo violento, impetuoso e incontenible su empuje hasta salir al otro extremo, ruidosamente, como un bravo raudal aprisionado por débiles paredes durante un breve tiempo.

Grandes exclamaciones y fuertes gritos de satisfacción atronaron los ámbitos. Eran los partidarios de ño Arjona, los ganadores, que habían estado maceando a su favor durante toda la pechada. La yegua, agitadísima, temblando, como si fuera a caerse muerta de cansancio, batía como alas los ijares, de los cuales le chorreaba sangre en abundancia proveniente de las heridas abiertas por las espuelas. De la boca y de las narices le salía sangre igualmente, sangre veteada de blanco por la gruesa espuma. Le lagrimeaba un ojo, pues se lo habían golpeado. Estaba completamente bañada en sudor y llena desde la cabeza hasta las ancas de las babas de los otros caballos. Ño Arjona la ahogaba a medias, apretándole a intermitencias la garganta con la chicotera, en tanto charlaba a grandes voces con los circunstantes. La ahogaba así para que los pulmones del animal no sufriesen tanto, según su creencia, y pudiera de ese modo calmarse más lenta pero saludablemente.

La Eulalia tenía clavados sus ojos en el gaucho. Este aparecía con las botas hechas picadillo, con el pantalón desgarrado, la chaquetilla rota y asasando también, cansado, sudoroso a causa de sus genuflexiones, estiradas, choques y esfuerzos de toda clase. Los pies y las pantorillas le dolían horriblemente por efecto de los apretones.

La mujer, pensativa, volvió sus ojos cargados de tristeza sobre el guardador de toros, recordando que en años anteriores él también había realizado estas proezas con tanto o más brillo y más vaquía que ño Arjona.

Paro reaccionó. Y sin abandonar su dejo melancólico, partió para su hogar, llevándose a su amigo ebrio, el cual semejaba un cadáver desconyuntado sobre los hombros del aldeano que lo transportaba.

— Ve Eladio, yo no quiero que te vayas, porque ti has de machar!

— ¡Oh, vení vamo, Eulalia. Vamo a enterrarlo al carnaval.

— ¡No, no quiero que me dejís!

Pero el hombre insistió. Esta era la décima partida que erraba en esa mañana por ganar para las carpas.

La chichera logró detenerlo aún hasta cerca de mediodía. Mas, como al fin viese que el hombre se marchaba solo, se dominó y lo acompañó.

Volvieron a la carpa de ña Geroma. Quedaba en ella bastante concurrencia todavía. Ebrios casi todos, con la voz cascada o completamente afónicos, flocos, demacrados por los excesos, cantaban aún, bailaban y seguían bebiendo, olvidados en absoluto de sus caballos, los cuales, con los ijares hundidos y las costillas marcadas en el cuero, continuaban atados como en el primer día. Taciturnos, pacientes, acostumbrados a las privaciones, estoicos por naturaleza y por herencia, los animales aguardaban el final de su suplicio cambiando apenas de postura, con la misma tranquilidad de la primera mañana.

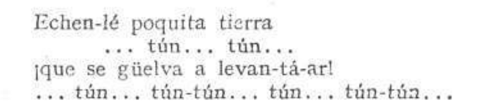
Pistán se instaló a beber en compañía de la Eulalia y de algunos amigos. Don Tranquilino, algo refrescado de la embriaguez anterior, se les agregó un momento después.

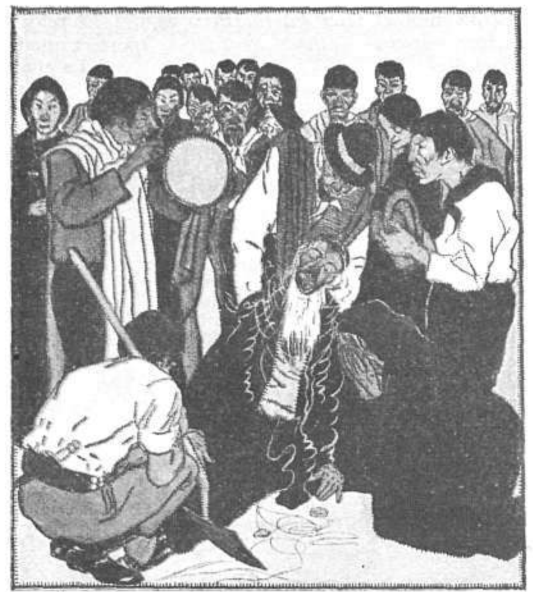
Todos bebían como desatados, brutalmente. Bebían ahora más que nunca, sin medida, sin punto de reposo; que éste era el último día de juerga. Despedíanse de su dicha hasta el próximo año, hasta el otro carnaval, sabiendo muy bien que para entonces no existirían ya muchos de los que ahora los acompañaban. Para entonces estarían más endeudados y más pobres y más viejos. Y la vida sería más dura, más difícil de conseguir la subsistencia y más tiranos los amos.

Bebieron así toda la tarde. Y cuando ya el sol se ponía tras las escarpadas cordilleras de occidente, cesaron en su mayoría, por general y tácito acuerdo. La Manuela se llegó entonces al mostrador y solicitó de la carpera el vestido tradicional. Doña Geroma se lo entregó de inmediato, pues lo tenía listo desde el día anterior. La Manuela se cubrió con esas ropas: una falda y un mantón muy amplios, acribillados de desgarraduras, vestidos que debieron de haber sido negros en un tiempo, pero que ahora, en su color

indefinido, participaban tanto del verde botella como del café pulga. Disfrazada así de Viuda, la arrendera de «Santa Gertrudis» esperó a que lo hiciese de Carnaval don Tranquilino, el cual había sido designado para ello por unanimidad. El viejo tomó el pedazo de piel de carnero, con lanas blancas muy bien peinadas y con su piolín correspondiente, que le entregaba doña Geroma. Se lo colocó de barba, se levantó la solapa del saco, se bajó el ala del sombrero sobre los ojos, y quedó listo. Se le arrimaron entonces todos los circunstantes, le envolvieron el cuello, completamente, con serpentinas, le vaciaron encima sendos cartuchos de harina, de almidón y de papel picado, regándolo copiosamente con chicha, con vino y oloja, y adornándolo con cuantas flores hallaron a mano. Seguidamente el viejo, apoyándose en un recio garrote, salió a la calle, llevando por detrás a la Manuela y a todos los que había en la carpa. La caja empezó a sonar, y el alboroto subió de punto. De todas las carpas vecinas acudieron cuantos yacían en ellas. Y cuando estuvo reunida casi toda la aldea, don Tranquilino, o «El Carnaval», abrió la marcha con paso tembloroso, corcovado como un anciano de cien años, chocheando terriblemente y queriendo simular gran decrepitud senil y mayor ebriedad aún, pese a no serle ello necesario, pues beodo lo estaba, y mucho, y débil, en extremo, por todos esos días y esas noches de continua juerga. A su zaga venía la Manuela, Viuda del Carnaval; venía llorando a lágrima viva, lamentándose, suspirando, mesándose los cabellos, desesperada e inconsolable, sintiendo verdaderamente lo que según su papel debía nada más que fingir. A continuación venían todos los demás, dando muestras de igual pena, de idéntica y amarga desolación. A paso lento cruzaron la calle, vadearon el alambrado de en frente, y siempre cantando al son de la caja, se dirigieron hacia el centro del rastrojo no ha mucho arado. A medida que se acercaban, más verdad, más tristeza, más íntima congoja había en todas sus voces, en sus gestos, en sus actitudes, en las plañideras coplas, a través de las cuales lloraban sus almas como llora y gime el espíritu de los árboles en el crujir de sus troncos azotados por el huracán. Cuando llegaron al sitio, y mientras dos de ellos hacían un hoyo pequeño, todos cantaron de esta suerte:

... tún... tún-tún... tún... tún-tún...
¡Ya si ha muer-to el carna-vá-al!
... tún... tún...
Ya lo llevan a ente-rrar
... tún... tún...


Echen-lé poquita tierra
... tún... tún...
¡que se güelva a levan-tá-ar!
... tún... tún-tún... tún... tún-tún...



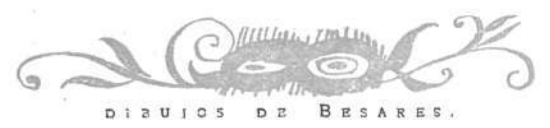
... TÚN..... TÚN-TÚN... TÚN... TÚN-TÚN...
¡YA SI HA MUER-TO EL CARNA-VÁ-AL!
..... TÚN... TÚN...
YA LO LLEVAN A ENTE-RRAR
..... TÚN... TÚN...
ECHEN-LÉ POQUITA TIERRA
..... TÚN... TÚN...
¡QUE SE GÜELVA A LEVAN-TÁ-AR!
... TÚN... TÚN-TÚN... TÚN... TÚN-TÚN...

Y así lo hicieron. El viejo se metió en el pequeño agujero, y los compañeros, cantando siempre, dando vueltas en su torno, alzaron puñados de tierra que se los arrojaron encima.

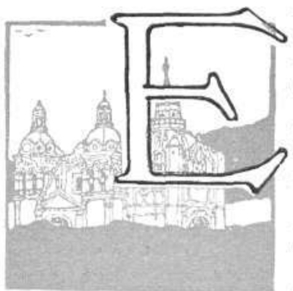
El canto cesó de pronto, y hubo un instante de silencio, en que se oyó tan sólo el llanto y el trémulo sollozar de los asistentes. Todo debía de ser fingido, pero no lo era. Por íntima angustia, por intensa pena y por beodez general, lloraban verdaderamente, con lágrimas como diamantes, que rodaban brillando sobre los rostros morenos de las hembras, y se perdían como gusanos de luz entre las barbas obscuras de los hombres. Gemían desoladamente, como pájaros extraviados, por las pocas horas de libertad, de dicha, de viril sinceridad que habían disfrutado. Ahora tendrían que volver a convertirse en bestias de trabajo; tendrían que ser lo que eran cotidianamente, peones sucios, miserables, sin casa, sin hombría, sin tierra propia; infelices arrenderos explotados secularmente por los amos; pobre carne de arado. Tendrían que agachar la cabeza y doblar la espalda por todo un año, bajo el yugo ancestral de su esclavitud sin esperanzas. Porque tan pobres, tan desamparados, tan parias, tan cosa como ellos, lo habían sido sus padres y sus abuelos, desde varias generaciones, en el mismo valle, y así lo serían sus hijos, y los hijos de sus nietos hasta el día remoto en que la tierra, como una madre amorosa, los atase más aún, perteneciéndoles.

Pero ese movimiento del instinto, esa visión inconsciente de la verdad de sus vidas, duró lo que la caída de una gota desde lo alto del árbol. Reaccionaron lanzando grandes carcajadas, charlando ruidosamente, moviéndose. Entre todos ayudaron al viejo y a la Manuela a quitarse el pellejo de carnero y las ropas de viudedad, arrojándolas al hoyo y enterrándolas después, zapateando sobre la tierra fofa.

Abandonaron el rastrojo, ligeramente entristecidos. Llegaron a la calle, penetraron en las carpas, charlaron un momento aún, mientras arreglaban sus ensillados; se despidieron mutuamente, luego; cada cual montó en su cabalgadura, y solitariamente o en grupos, fueron dispersándose paulatinamente hacia todos los rumbos; en tanto la oración avanzaba por el valle como una desmesurada ola de luz blanda y ligeramente obscura.



DIBUJOS DE BESARES.



El reloj de la Catedral

Por

Protasio Lucero

El reloj de la Catedral es una cosa perfectamente inútil, y, sin embargo...

Tiene su historia el reloj, como todas las cosas de este mundo. Cuando se reedificó la *Matriz,* mandó la municipalidad adquirirlo en Buenos Aires y celebró con el obispo un convenio: el *reloj público* colocado en una de las torres «para que todos lo vieran» sería *per séculasecolorum* de propiedad de la comuna, pero el obispado cobraría una pequeña cantidad, importe del alquiler, destinado íntegro al relojero que cuidaría de darle cuerda y regularlo... Desde entonces, medio siglo más o menos, no pasa año sin que surja un entredicho entre la celosa municipalidad y el tranquilísimo obispado: *El reloj atrasa... El reloj se detiene... El reloj adelanta...* Cuando llegó la luz eléctrica se tuvo la buena idea de querer ver la hora de noche, y para lograrlo pusiéronle por dentro una bombita. Esto, naturalmente, acreció en unos pesos el gasto municipal y agregó un inconveniente más, pues sucedió que, algunas noches, no había luz en la torre, o la esfera de vidrio se oscurecía con el polvo, o los romanos números se despintaban con las lluvias y el sol, y ya estaban los vecinos con el grito en el cielo y los diarios dedicándole artículos al reloj. ¿Qué hace esa Intendencia? — preguntaban indignados los opositores al gobierno. — ¡Ese relojero no sirve! — afirmaban malhumorados los oficialistas. — ¡Hay que quitar el *reloj público* de la torre! — gritaban iracundos los pocos ateos que había por allí.

El reloj marcaba imperturbable, más o menos bien, las horas a la tranquila ciudad y su campanita dejaba oir alrededor de la *plaza mayor* su vocecita de bronce con recóndita ironía...

Porque ahora el reloj sirve para todo menos para señalar la hora a los vecinos. ¿Para qué quiere la ciudad un reloj oficial que no es exacto, en estos días en que hasta el más humilde de sus habitantes lleva en su bolsillo uno de níquel o tiene junto al catre un «despertador» que apenas cuesta unos centavos? En realidad, la necesidad del reloj ha desaparecido, pero subsiste un motivo de grita para los opositores, de indignación para los que se dicen librepensadores y de rompedero de cabeza para las autoridades comunales que no ven transcurrir treinta días seguidos sin que les recuerden, por esta o la otra causa, el dichoso reloj público que está en la torre...

Antiguamente, cuando se pensó por primera vez en aquella joya de relojería, los vecinos aplaudieron unánimemente, y andando el tiempo, al colocarlo en el hueco destinado para ello una de las nuevas torres, *todo el mundo* contemplólo con íntima alegría y algunos hasta con orgullo. Su campanita daba las horas, las medias y los cuartos con indiscutida exactitud, y su voz oíase diez cuadras a la redonda en la tranquilidad de la ciudad que aun no habíase desprendido de su humilde hábito de aldeana buena moza, no muy aseada pero grata a la vista y al corazón. No existió vecino, por aquel entonces, que ignorara el nombre de la marca suiza del gran reloj de la torre, y al forastero que llegara por primera vez se le comunicaba alegremente, como mostrando una maravilla.

¡Pero ahora! El reloj de la Catedral es una cosa perfectamente inútil...

La ciudad se ha dilatado; sus ruidos han crecido, multiplicándose asombrosamente. Antes sólo turbaba la dulce paz callejera el grito de algún chiquillo, el cruce de un coche o de la diligencia, el galope de un caballo amortiguado por el colchón de tierra. Ahora, sobre la empedrada calzada, resuenan las herraduras, ruedan coches y carros, cruzan veloces y vocingleros los automóviles, campanillean y crujen los tranvias eléctricos, se oye el lejano pitido de algún tren, y hasta alguna que otra motocicleta resopla antipáticamente, llenándolo todo de estampidos. ¿Cómo oír la vocecita de la campana del reloj de la Catedral que da la hora, la media y los cuartos, entre ese estruendo? Y la esfera luminosa, ¿quién la ve, si ya nadie mira hacia arriba, casi olvidada la filosófica costumbre de contemplar las estrellas? Algún cochero aburrido, que espera en la plaza «un viaje», o los no menos fastidiados ocupantes de las mesas de las confiterías de la «recova», a quienes no les sirve aquel reloj ni para ir contando el tiempo que malgastan...

Todos los demás olvídanse del reloj de la torre y se conforman con consultar al de sus bolsillos...

Los únicos que se acuerdan de él, aunque no para verlo, son los opositores al gobierno.

— *Ciento veinte pesos al año se invierten en luz eléctrica para el reloj de la Catedral, que está prendido hasta el alba* — gritan o escriben, — *y cien más se pagan al relojero! Esto da idea del desquicio administrativo a que nos ha llevado este gobierno de coimeros inescrupulosos, que despilfarran los dineros del pueblo,* etc., etc.

Este año el reloj está más empolvado que nunca y sus romanas cifras están casi borradas de la esfera de vidrio... De día hácese difícil saber qué hora señala. De noche, la sombra de las agujas permite suponerlo... La campanita está mal y a veces equivoca el paso. Ayer, «sin ir más lejos», a las diez de la noche, cuando terminaba en la plaza la «retreta», dió once campanillazos. Cierto es que nadie reparó en aquel desliz... Si no, ¡las cosas que esta mañana hubiéranles dicho, desde los diarios opositores, al gobierno, al intendente y a toda su parentela!...

PALABRAS AL CAMPO

Campo que me viste,
un año hace hoy,
horro de dineros
y rico de amor,
con toda mi alma
las gracias te doy:
fortuna hizo el médico,
el poeta cantó.

Campo, campo mío
todo se cumplió,
del talle enlazados
vamos ella y yo
al aire fiando
la nueva canción...

Cuatro ojos tenemos,
sólo un corazón.

MI CASA

I

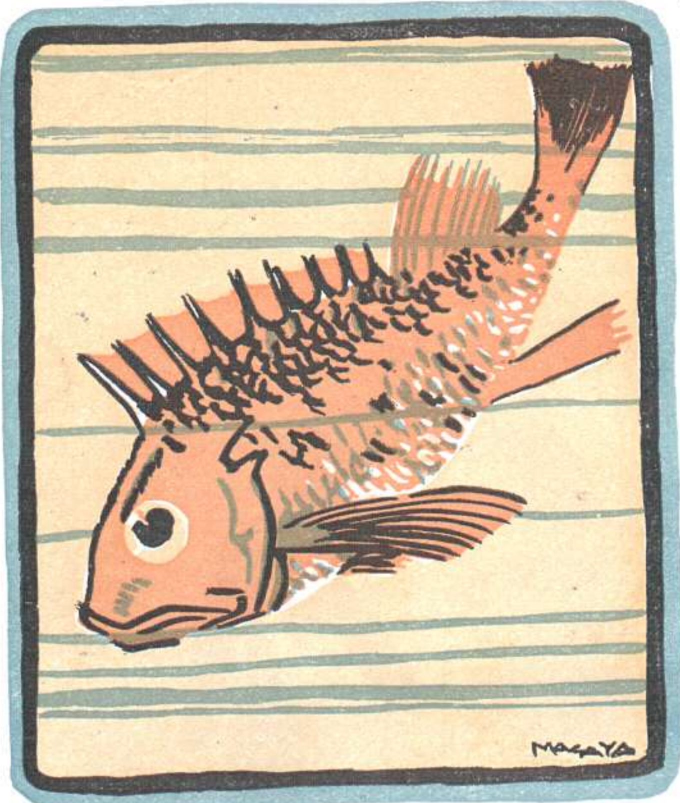
Entre el pueblo y el campo está mi casa.
Delante el pueblo de ladrillo y barro.
Detrás la gran llanura siempre verde,
arrugada de bíblicos rebaños.

II

Mi casa es blanca y llena de ventanas,
tiene un jardín muy grande y una pequeña huerta,
lirios y rosas, peras y manzanas...
Rebaños y hombres llegan a su puerta
y entran, si tienen ganas.







EL RUBIO

Siempre que te describí peces comencé por darte todos los detalles de su clasificación. Hoy ensayaré otro procedimiento para conseguir que al final de esta leccioncilla puedas tú, niño, acertar aunque sea aproximadamente el orden, suborden, familia, etc. del *rubio*.

Si este apetitoso animalito tiene esqueleto cartilaginoso como el tiburón, el pintarrojo y la raya, puede ser un *selacio* o un *raído*. Yo creo que sabrás distinguir entre un cartílago y un hueso.

¿Tiene el rubio esqueleto óseo? Si lo tiene hay que buscarle sitio para colocarlo entre los *teleósteos* o peces que además de esqueleto óseo poseen branquias libres cubiertas por los *opérculos* o agallas. Los teleósteos se dividen en *fisóstomos*, *anacantinos*, *faringognatos* y *acantópteros*. Todos éstos se distinguen en dos grupos generales: *malacopterigios*, o peces de aletas blandas, y *acantopterigios*, o peces que tienen aletas radiadas y provistas de espinas duras.

Los fisóstomos, que se dividen en *ápodos*, *clupeidos*, *salmónidos*, *ciprínidos*, *poecílidos*, *caracínidos* y *silúridos* son peces malacopterigios, cuya vejiga natatoria tiene un conducto neumático que la pone en comunicación con el tubo digestivo. Antiguamente se dividían en malacopterigios ápodos (anguilas, morenas, ratonas y ginnotos) y en malacopterigios abdominales, es decir, con aletas blandas en el abdomen o vientre. En esta clase figuran los siguientes: lacha, anchoíta, sardina, arenque, salmón, trucha, carpa, pez rojo, palometa, dorado, dentudo, pacú, tararira, boga, sábalo, mojarra' vieja, armado, manduví, bagre, manguruyú, zurubí y otros.

Viene después el orden de los anacantinos. Estos poseen una vejiga natatoria sin conducto neumático, cerrada, sin comunicación exterior, aletas sin radios óseos. El lenguado, el bacalao, la merluza y el pez volador están incluídos en esta división.

El orden de los faringognatos es acantóptero. No tiene más que un suborden: el de los crómidos, al que pertenece el chanchito.

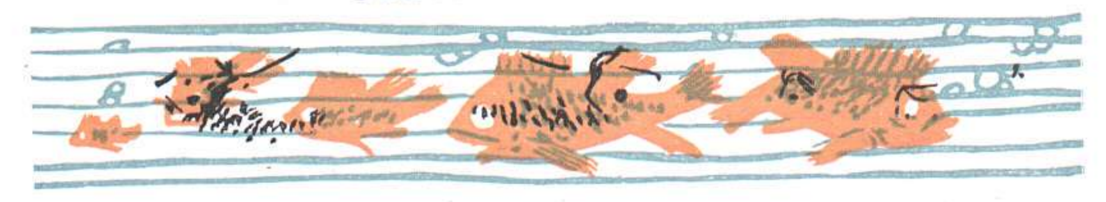
El orden de los acantópteros o acantopterigios tiene los siguientes caracteres distintivos: mandíbula superior movible; radios espinosos y sencillos en la aleta dorsal y uno por lo menos en las aletas abdominales; vejiga cerrada.

Se dividen los acantópteros en: *percidos* (perca y trucha argentina); *serránidos* (mero); *esciénidos* (corvina, pescadilla, burriqueta, pargo blanco y corvina negra); *espáridos* (besugo o pargo colorado); *carángidos* (palometa de mar); *escómbridos* (atún y bonito); *batráquidos* (bagre sapo y bagre ponzoñoso); *mugílidos* (lisa); *aterínidos* (pejerrey de agua dulce, salobre y marina).

De manera que entre estos órdenes, subórdenes y familias hay que buscarle colocación al rubio. Este es un ejercicio que te conviene hacer examinando cuidadosamente todos los caracteres distintivos del sabroso pescado. Cuando hayas conseguido hacer la clasificación, consulta a tu maestro, que te dirá si estás o no en lo cierto.

Tal vez tú dirás, niño, que la labor no es tan sencilla como te la pinto. Por si eso piensas yo te diré la frase criolla: ¡no creas, rubio!

EDUARDO DEL SAZ



DIBUJOS DE MACAYA

Página Infantil

Niña de Lamarca





FOTOS DE WITCOMB.



LA CANCION DEL PIERROT

ACUARELA DE LARCO



Niña Nelly Morteo Bagnati.



Las niñas Delia y Elisa Iriarte Udaondo.



María Eugenia y Lucía Pérez del Cerro.



Nelly Nogués, una linda muñequita.



Doctor Paunero y su señora Unzué de Paunero.



Elegantes y distinguidas figuras femeninas disfrutando de la fresca brisa en la aristocrática terraza del Ocean Club.



Señora Chevalier de Victorica Roca y señor Madero.



Señor Schoo y su hija.

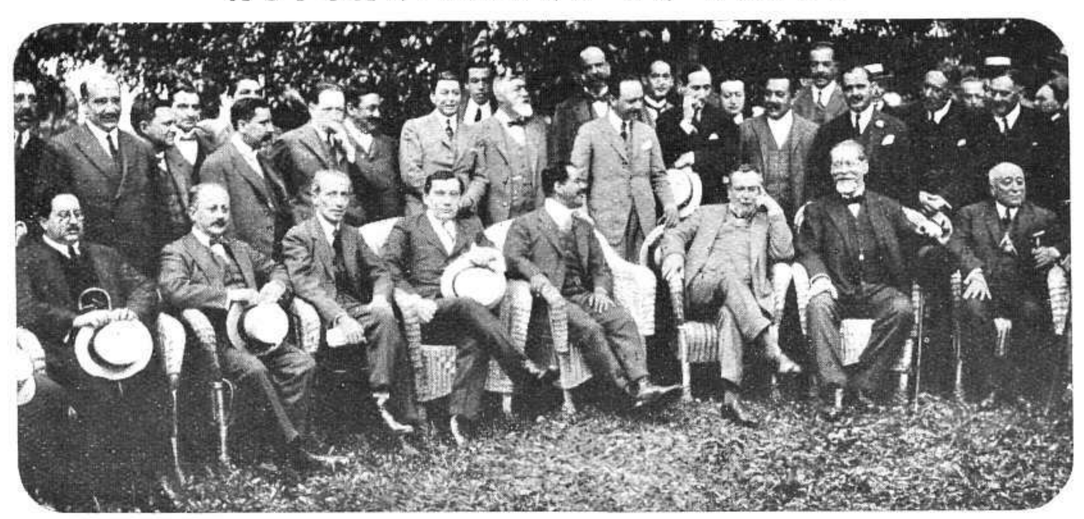


Señora de Zaldarriaga de Paz y señoritas Belaústegui.



Doctor Rocha y su señora.

La temporada de Mar del Plata



Concurrentes al paseo campestre ofrecido por el presidente del Partido Radical en su fundo de Conchalí, alegre excursión a la que asistió el primer mandatario, doctor Alessandri.



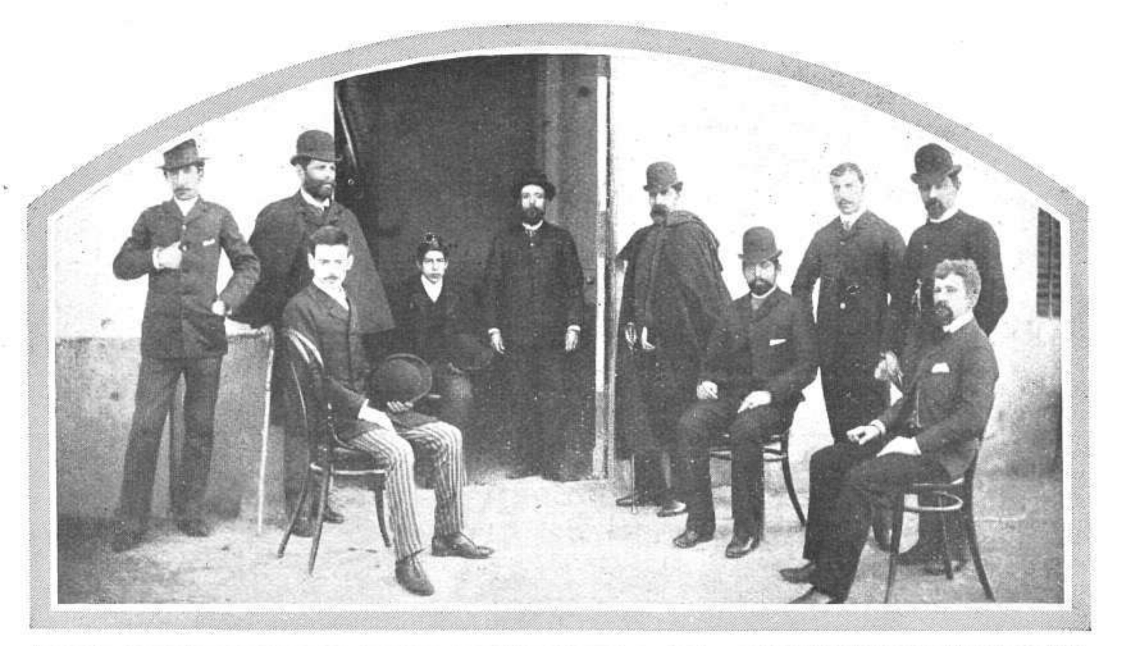
Distinguidas damas veraneantes paseando por el Sporting Club de Viña del Mar, la playa elegante y concurrida.



Presenciando las carreras organizadas por dicha institución deportiva en aquel hermoso balneario.



Conocidas personalidades que asistieron al almuerzo con que la Liga Patriótica Militar celebró el aniversario de las batallas de Chorrillos y Miraflores.



LAS AUTORIDADES DEL PRESIDIO EN 1887. EL DIRECTOR, DON ANGEL VIDELA, DE CAPA, GALERA Y BASTÓN DE BALLENA. ENTRE ESTOS FIGURA DON ANTONIO GARCÍA, EL DECANO DE LOS EMPLEADOS ACTUALES.

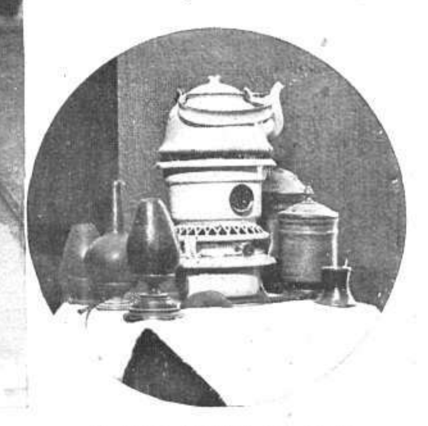
VISIONES DEL PRESIDIO DE SIERRA CHICA

22 negro como en la ruleta luce el número sobre el traje de brin del penado que mató en un duelo criollo. ¿Cómo fué? "¿Pa qué estaba durmiendo bajo el cojinillo de su flete la daga de la justicia"? Y el 22 mató a un vigilante de campaña que representaba la autoridad. La ley fué ciega, implacable, porque condenó hasta al hermano del matador, que no había intervenido para nada en el hecho.

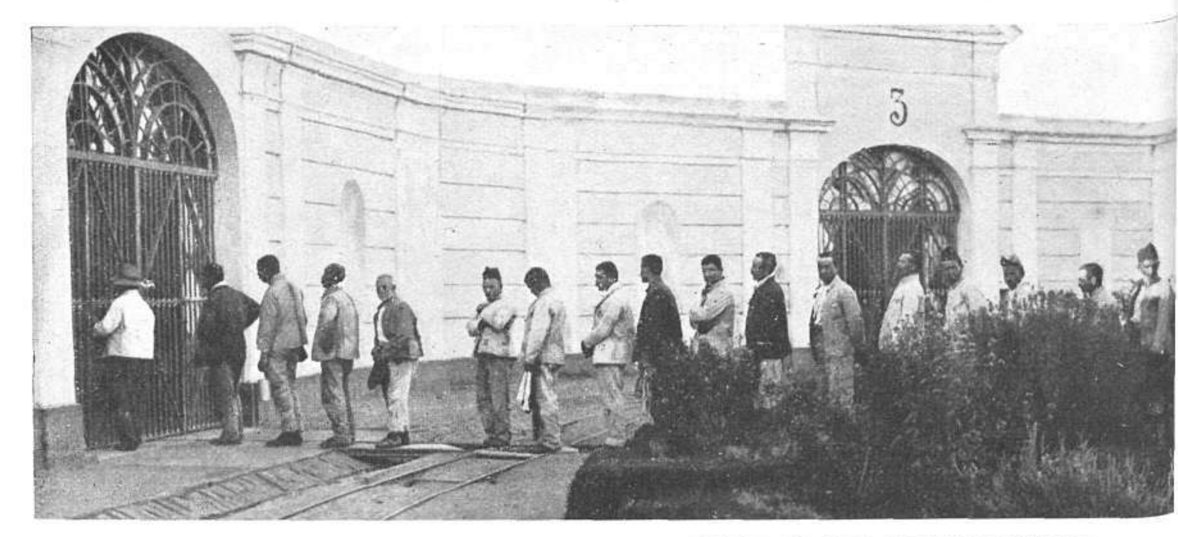
Hoy los dos presos son un ejemplo de buena conducta, detrás de la misma reja de la fatalidad.



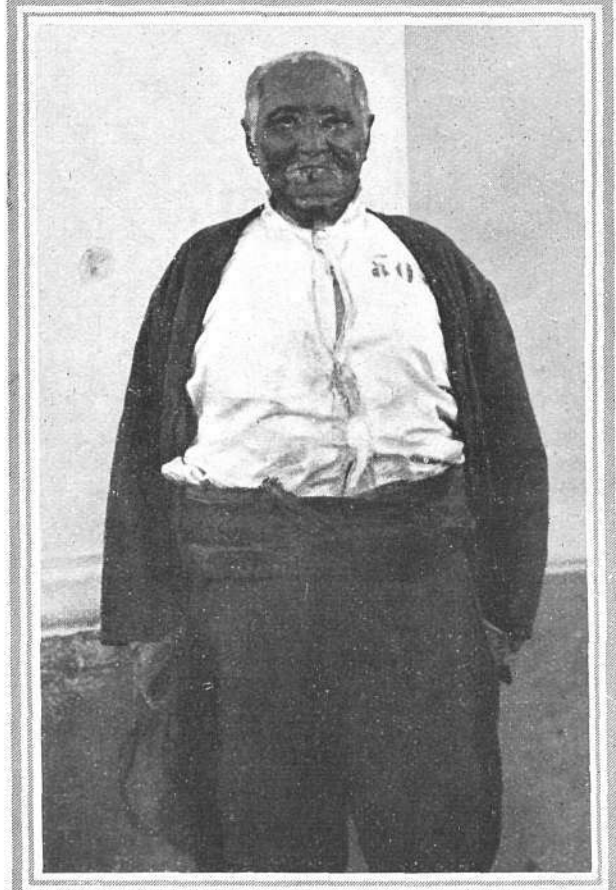
EL 22, JUAN J. GAMBOA, ESPERA QUE SU CONDUCTA EJEMPLAR LIME LOS FORMIDABLES BARROTES DE SU CONDENA.



EL ALTAR CRIOLLO DEL MATE, QUE NO FALTA EN NINGUNA CELDA



VOLVIENDO A LA CELDA, LA CADENA DE PRESOS SE QUIEBRA UNO A UNO, MIENTRAS LAS AUTORIDADES LOS REVISAN POR VER SI LLEVAN ARMAS O HERRAMIENTAS DEL TALLER ESCONDIDAS.



EL AMIGO DE JUAN MOREIRA, QUE ENCONTRABA AL GAUCHO MALO «HOMBRE ATENCIOSO Y BUEN AMIGO».

EL PASADO CRIMINAL Y MOREIRA

Y usted, 801, qué ha hecho? ¿Por qué lo tienen acá?

—No es la primera vez... Ya llevo 34 años de presidio. La primera vez veinte y cinco; ahora ya van 9 años y 9 meses... Por nada tengo 73 años de edad y salí a pelear con el general Borges a lanza y *facón* el 74. Yo soy un criollo de ley y nací en Tacuarembó. Yo he hablado el 84 con el emperador del Brasil en Porto Alegre, así como me ve, mano a mano, porque si no soy hombre cevilizado en la pluma, me le paso a cualquiera a los cuartos pa decir lo que pienso.

—*¿Me dicen qué conoció a Moreira?*

—Como no. Y fuí su amigo. Hombre muy atencioso, se lo aseguro. La última vez que lo vi me dijo: «Ahí lo he dejado a mi compadre Sardetti, por traidor, con diez puñaladas. Le he dado una por cada mil pesos fuertes que le debía... «Era un hermoso hombre ¿sabe? y cuando entró en Navarro le dijo el juez de paz: «Tome, Moreira, el pueblo como homenaje». Lo vi yéndose para El Porvenir, donde hizo su última desgracia. Y como era un honor pelear con el finado, lo habían mortificado todo el camino los de la policía de Maipú, habiéndose visto obligado a matar a dos y herir a uno...

—¿Y su caso, cómo fué?

—A mí me han condenado sin escucharme. Apenas me hizo llamar el juez, me dijo: «Vaya no más que ya estoy enterado».

—Pero cómo fué el hecho.

—¡Ah!... ¿Eso? Me lo echaron en el Tandil al varón Gil, valiente que le tenían fe, y yo le dije:

—¡Prepárese, amigo, vamos a ver quien es más guapo! Le presenté el arma, una cuchilla de cabo amarillo (¡más cortadora!) y parándome la puñalada que me tiró — así — le entré a fondo y no hubo más... Cayó el varón...

—¿Y ahora, qué piensa hacer?

—Ahora, y eso ya parece más cuento que otra cosa, cuando salga de aquí le pediré permiso al alcaide pa levantar un rancho contra la muralla de la cárcel y vendré todos los días a buscar la «tumba». ¡Amigo, cuando uno se acostumbra no va nunca lejos!...

—¿Y qué conducta observa en el presidio?

—¿Qué conducta voy a observar? Mala. ¿Usted cree, acaso, que yo he venido aquí a portarme bien?



LA CANTERA LOS HA VENCIDO. LA HORA DEL REPOSO HA SONADO. UN DÍA MENOS, DE LOS NUEVE MIL QUE CADA PENADO, TÉRMINO MEDIO, DEBE CUMPLIR...

EL 182 QUE TERMINA SU CONDENA DE 20 AÑOS

•

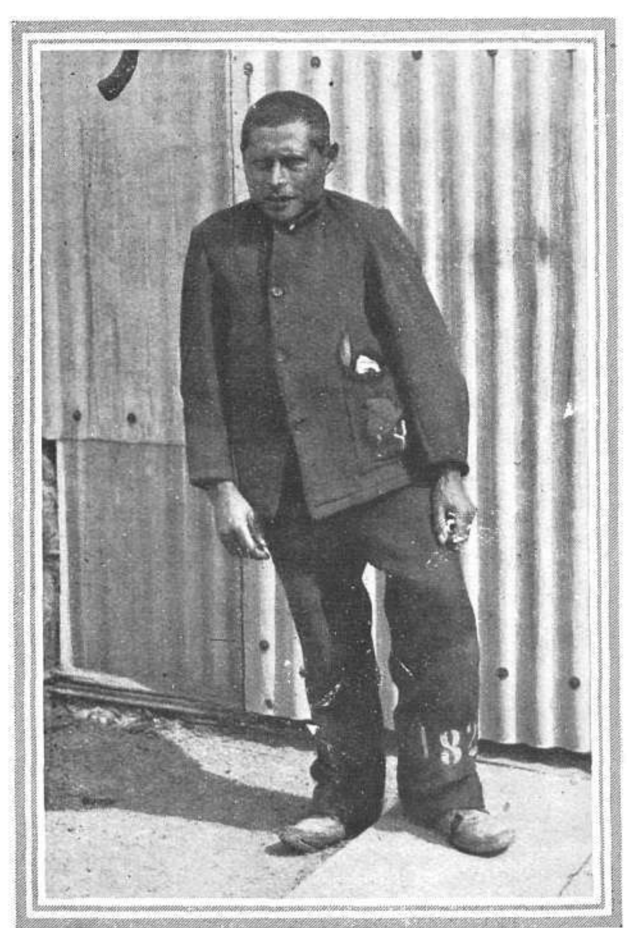
INOCENTES son todos decía vez pasada. Fué tan cruel la naturaleza para con muchos de ellos que, tomar lo que no le dieron, violentamente, locamente, debía parecerles a esos desheredados una forma heroica, una manera de vencer a la muerte. Y si sospechaban que el amor vendría después del crimen, si la felicidad era un peligro más en ese despeñadero por el que rodaban, mataron.

Al 182 sólo le faltan ya dos años y ocho meses de presidio. Su buena conducta le ha hecho acreedor a la recompensa que dan con parsimonia los celosos guardianes de la cárcel. Y ese hombre que ha sido bueno durante diez y ocho años de prisión ejemplar, una tarde, ebrio, recogió a un niño inocente a su lado, lo subió al sulky que rodó sin destino por el campo silencioso. Era una extraña aventura.

En el coche diminuto iban los dos seres, casi primarios, sin responsabilidad, sin temor, sin ley. Los dos pertenecían al instinto, y la tragedia cayó como el crepúsculo de esa tarde de invierno, roja en el horizonte. De pronto el niño, en ese viaje sin dirección, echó a llorar. El 182 sacó el facón, ebrio como estaba, pues una copa trastornaba y llenaba de ensueños su cabeza, y colocándoselo a la altura del cuello amenazó al niño.

En ese instante, cuenta, un barquinazo del carricoche diabólico hizo que el niño se clavara en el cuchillo afilado como una lezna. Y una vez herido, para no hacer sufrir al inocente, el 182 lo mató, arrojándolo a un pozo y cubriéndolo de ladrillos para que el muerto no oyera más al sulky matrero que huía con su auriga fantástico encima por sobre la pampa desolada.

— Si una copa de agua se me ofreciera hoy y ella debía embriagarme, la rechazaría — dice el 182. — Preferiría morirme de sed. ¡No, no quiero más beber!



EL DESHEREDADO A QUIEN DIOS NO LE DIÓ NADA Y EL QUE ENCONTRÓ EN LA COPA DE VINO LA LOCURA Y LA MUERTE.

Sus palabras trémulas son sinceras... No beberá más. Nada ya le prestará un poco de ilusión, de esperanza al maniquí deforme cuya cabeza iluminó la llamarada roja del crimen.

Tenía derecho a ser feliz y es un condenado sin razón, de la vida ciega, que lo modeló con rabia, con odio y puso inconsciente entre sus manos la hoja de acero fría que entra hasta el corazón sola... y después... «fué el barquinazo» el traspiés del sulky alocado sobre la pampa que guardó el secreto.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI.

EL DIA DE UN GOBERNADOR

CON EL PRIMER MANDATARIO DE LA PROVINCIA DE MENDOZA



Una vieja tradición reaccionaria ha mantenido a la juventud de mi país alejada de las más eminentes funciones públicas en la fundada creencia, por cierto, de que a su escasa experiencia está vedado conocer y resolver complicados problemas de gobierno. Llevado a temprana edad a la más alta distinción democrática a donde otros más ilustres han llegado recién al culminar una larga actuación pública, ejerzo la función encomendada con el exacto sentido de la expectativa que despierta mi gobierno que, por encarnar la bandera de esa juventud postergada, su triunfo o su fracaso significará la ratificación o rectificación de esos viejos conceptos.

Carlos Washington Lencinas

El actual gobernador de la provincia de Mendoza, doctor Carlos Wáshington Lencinas, uno de nuestros políticos más jóvenes y cuyas ideas más modernas trata de implantar en su gobierno.



El primer mandatario en la intimidad, juntamente con su madre, la señora Fidela viuda de Lencinas, su hermano menor Antulio y los doctores Rafael y José Hipólito Lencinas.



El doctor Lencinas en el despacho de su residencia particular y en compañía del ministro de Gobierno, doctor Carlos M. Puebla.



Una de las visitas diarias de inspección a las reparticiones públicas en que el gobernador va acompañado del senador nacional señor Muñiz.

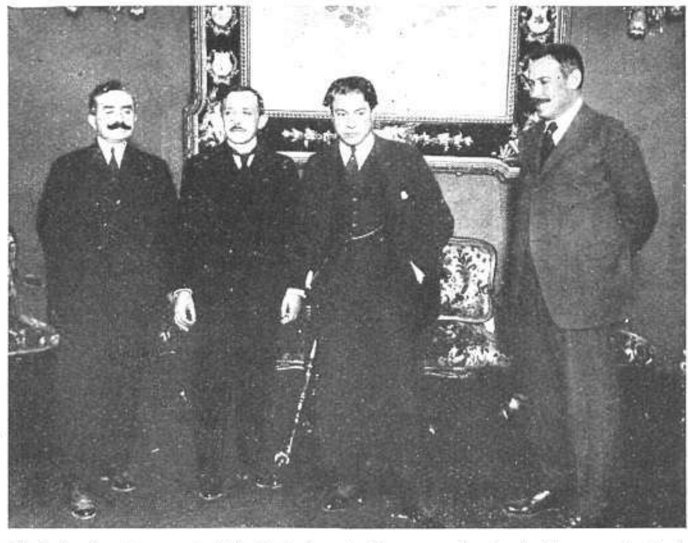
La popularidad del doctor Carlos Wáshington Lencinas, a quien el pueblo que gobierna llama cariñosamente «el gauchito», estriba tanto en sus juveniles actividades como en su carácter abierto a todas las corrientes democráticas.

Su temperamento de luchador púsose de manifiesto cuando fué legislador y diputado nacional; sus entusiasmos por las artes y las letras le han conquistado la estima de las clases intelectuales; sus proyectos industriales y progresistas le han captado la simpatía de los hombres de empresa, y aunque, por razones circunstanciales, tropieza actualmente con difíciles problemas locales, sin embargo, su espíritu viril y la firmeza de su carácter le ayudarán para salir con bien de su patriótico empeño.

En lo que atañe a su persona y a sus gustos, el gobernador posee una interesante silueta romántica, largo el cabello y ancho el chambergo; su conversación es franca, sencillas sus costumbres pues sabe tender la mano a los del pueblo; y contando poco más de 32 años de edad, no es aventurado predecir el brillante futuro que le aguarda como ciudadano capaz de llevar a cabo empresas políticas de provecho general.

Sus preocupaciones gubernativas hállanse, en estos momentos, embargadas en el estudio de diversos planes de orden interno, tales como obras públicas que, al ocupar considerables contingentes obreros, procurando así bienestar a la comarca, inicien, por otra parte, el fomento de aquella región andina en todos los múltiples sectores a que se presta su fertilidad.

En estos planes, sujetos a cálculos ajustados a las posibilidades productivas, emplea algunas horas diarias el primer mandatario de Mendoza.



El doctor Lencinas en el Salón Rojo después de un consejo de ministros y rodeado de sus distinguidos colaboradores ingeniero Leopoldo Suárez, doctor Carlos M. Puebla y señor Clodomiro Soto que desempeñan, respectivamente, las carteras de Industrias y Obras Públicas, de Gobierno y de Hacienda.



El gobernador de la rica provincia andina en jira de placer y estudio por la cordillera con el director general de escuelas, doctor Zuloaga, y varios de sus amigos más íntimos.

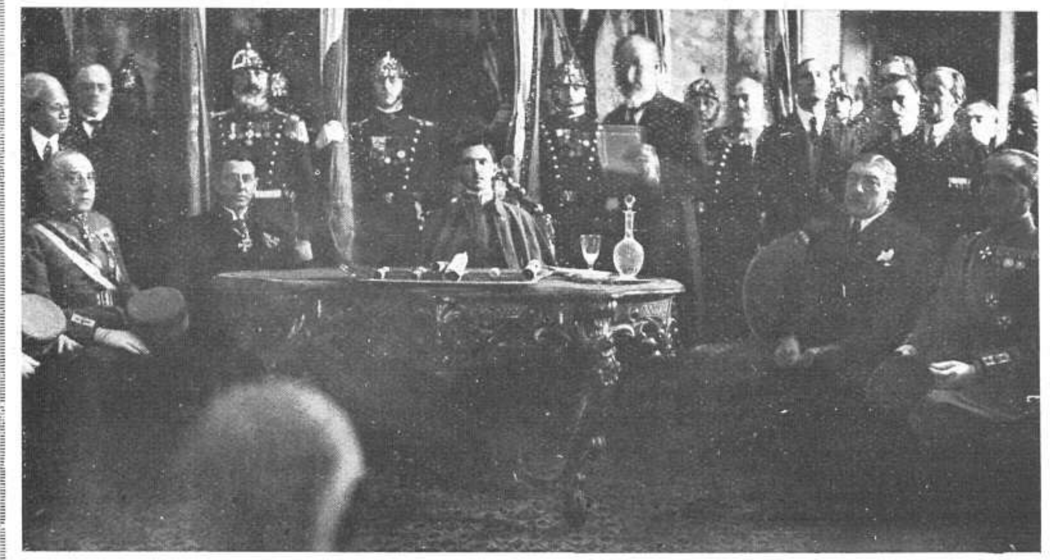


Aspecto del banquete popular con que el pueblo de Luján obsequió al elevado funcionario por su actuación gubernativa, al que asistieron sus ministros y destacadas personalidades de la provincia.



El docor Carlos W. Lencinas, que se preocupa por la higiene y la salud pública de su provincia, visitando detenidamente el Hospital Provincial acompañado del jefe de policía y autoridades técnicas.

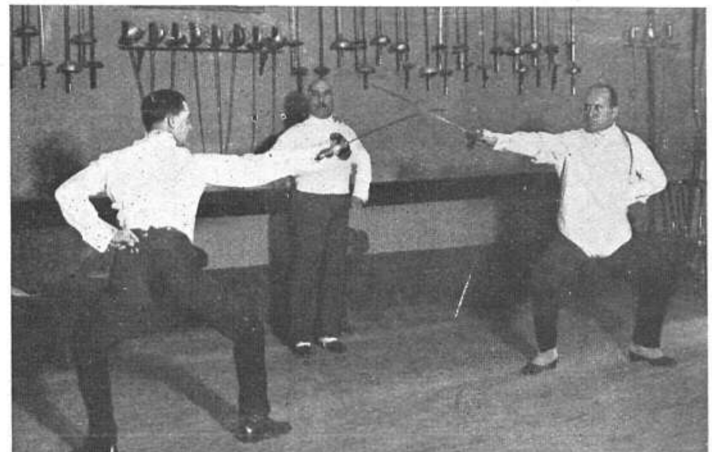
NOTAS GRAFICAS DE ITALIA



El síndico de Roma ante la presencia del príncipe heredero y un grupo de ilustres personalidades en el solemne acto durante el cual se impuso la medalla de oro a cinco héroes romanos.



El famoso capitán de marina Giulietti, organizador y presidente de la Confederación de la Gente de Mar.



El honorable Mussolini, aprovechando sus escasas horas libres, acude a la sala de armas del maestro Della Santa y practica la esgrima con entusiasmos juveniles.

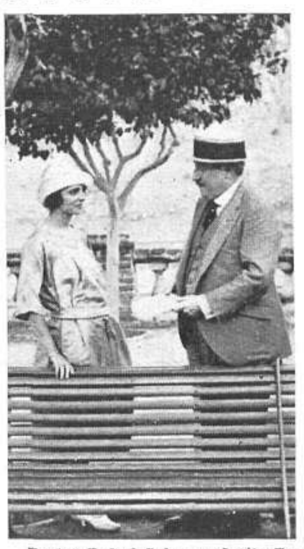
DE CACHEUTA



Señorita Anita Imar.



Doctor Julio Iribarne e hija.



Doctor Rafael Cobo y señorita Ester Salas.



Señorita Emma Lorenzo.

REFINERIA DE ACEITES PUROS DE OLIVA

EXEMPLARIS CIVITAS DERTUSA FIDELISSIMA ET

BAU

CALIDAD EXTRA-FINA

IMPORTADORES EXCLUSIVOS PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA

FREIXAS Y Cia. Buenos Aires

Depurado con los nuevos procedimientos de refinación sistema José Bau

PURO DE OLIVA

10 CENTAVOS





El aceite BAU ha costado, siempre, algo más que todos los otros aceites. Pero el aceite BAU permite que los platos valgan todo lo que cuestan los comestibles.

EFEMERIDES HISTORICAS

7 de febrero de 1817. — Combate de Putaendo

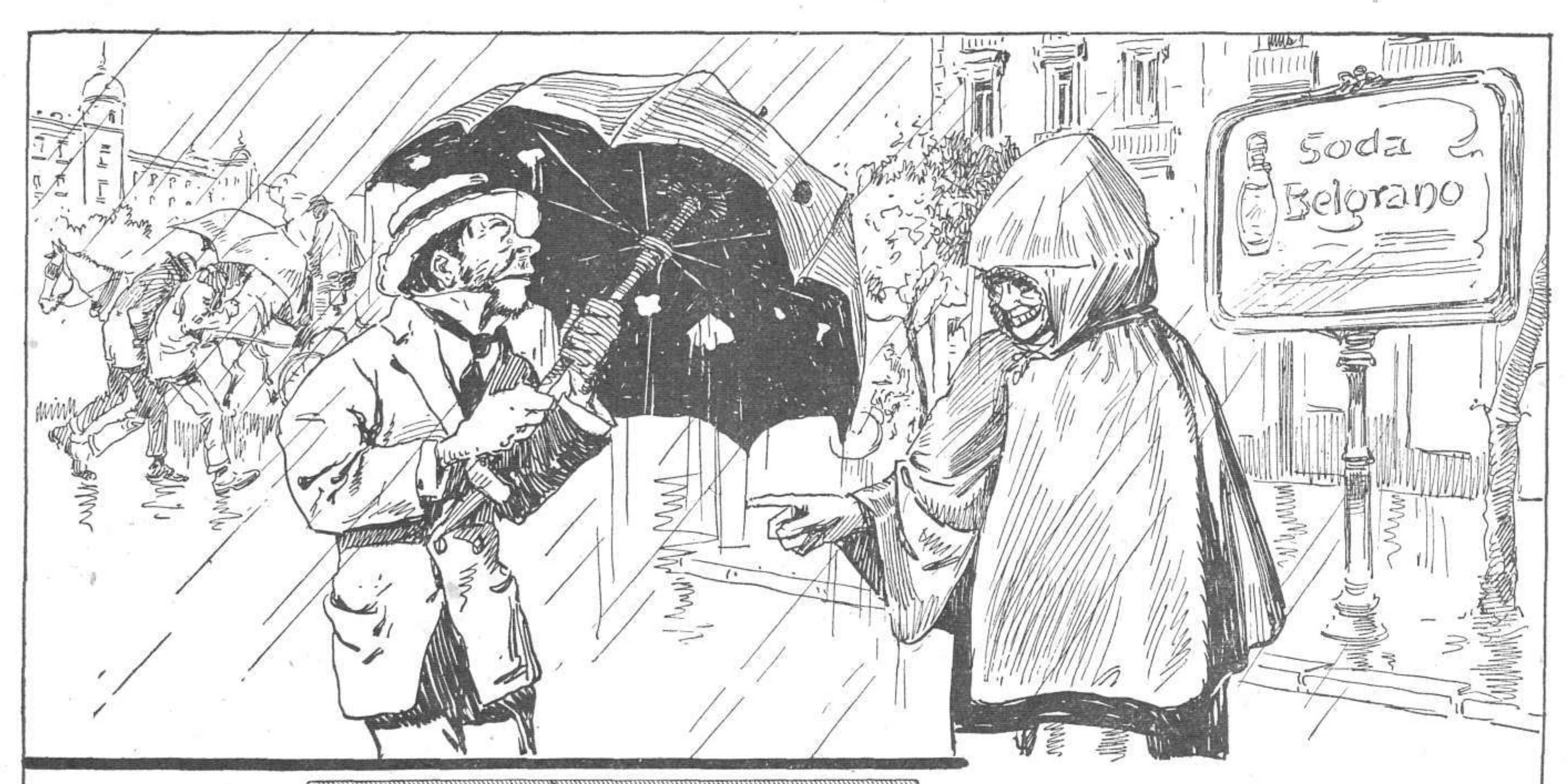
El jueves 20 de febrero de dicho año publicó un extraordinario la «Gaceta de Buenos Aires», insertando entre otros documentos los que a continuación reproducimos:

Oficio del General de los Andes al Exmo. Sr. Director.

Exmo. Sr. — Un admirable encadenamiento de sucesos prósperos sigue hasta aquí la marcha de mis tropas; y si es dado por ello pronosticar el fin, parece no dilata el de la total restauración de Chile. — El tránsito solo de la sierra ha sido un triunfo. Dignese V. E. figurarse la mole de un exército moviéndose con el embarazoso vagage de subsistencias para quasi un mes, armamento, municiones, y demás adherentes por un camino de cien leguas, cruzado de eminencias escarpadas, desfiladeros, travesías, profundas angosturas, cortado por quatro cordilleras; en fin donde lo fragoso del piso se disputa con la rigidez del temperamento. Tal es el camino de los Patos, que hemos traído; pero si vencerle ha sido un triunfo, no lo es menos haber principiado a vencer al enemigo. — Apenas el Sargento Mayor de Ingenieros D. Antonio Arcos, Comandante de avanzada, se presentó con su partida el 4 del corriente en las gargantas de Achupalla, quando fue puesto el enemigo en fuga vergonzosa, como anuncia el parte del mismo Arcos, núm. 1.º, que tengo el honor de acompañar a V. E., recomiendo el mérito de este oficial. — Dominada con este suceso la embocadura del Valle Putaendo, é introducida en él la división de vanguardia, se presentó el enemigo el día 7 en número de 300 y más hombres en acción de atacar nuestra partida descubridora, compuesta de 90 granaderos a caballo al mando del Comandante del 4.º Esquadron D. Mariano Necochea; pero este intrépido oficial (cuyo mérito especialmente recomiendo á V. E.) cargó sable en mano con tanta bizarría, que desordenó al enemigo, é hizo poner en precipitada fuga, consiguiendo sobre él las demás ventajas que detalla el parte núm. 2, que también adjunto á V. E. De sus resultas he entrado con el grueso del exército en esta villa de San Felipe, capital del partido de Aconcagua. A la actividad infatigable, conocimientos, y acertadas disposiciones del xefe del Estado Mayor y de vanguardia Brigadier D. Miguel Estanislao Soler, son debidas especialmente estas ventajas, á las que ha coadyubado de un modo distinguido el Brigadier D. Bernardo O'Higgins, xefe del centro. El sobresaliente mérito de ambos es muy acreedor á las consideraciones de V. E. — La división del Coronel D. Juan Gregorio de las Heras, que como ya tengo comunicado a V. E. se dirigía para el camino de Uspallata, ocupó también hoy mismo la villa de Santa Rosa de los Andes, después de haber derrotado a su paso una guardia enemiga de 100 hombres, de que escaparon 14, segun demuestran los partes núm. 3, 4 y 5. Es muy recomendable el mérito de este xefe, y de su segundo Sargento Mayor D. Enrique Martínez. — En fin, el enemigo ha abandonado absolutamente toda la provincia replegándose á Santiago. A mi pesar no puedoallí seguirle hasta dentro de seis días, término que creo suficiente para recolectar cabalgaduras en que movernos, y poder operar. Sin este auxilio nada puede practicarse en grande. El exército ha descendido á pie, 1.200 caballos que traía con el fin de maniobrar con ellos, no obstante las herraduras y otras mil precauciones han llegado inutiles. Tan áspero es el paso de la sierra, pero ya Chile se apresura á ser libre. La cooperación de sus buenos hijos recrece por instantes. — Mañana salgo á cubrir la sierra de Chacabuco, y demás avenidas de Santiago. En lo demás descanse V. E. que mi conducta se ajustará en todo á las instrucciones de esa Suprema Autoridad. — Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel general en San Felipe de Aconcagua, febrero 8 de 1817. — Exmo. Sr. — *José San Martín.* — Exmo. Supremo Director.

Núm 1.º — En este momento que son las 12 de la noche tengo la satisfacción de anunciar á V. E. somos ya dueños de las gargantas del valle de Putaendo, y que la división de mi mando ha hecho honor esta tarde a las armas de la Patria, comportándose de un modo bravo y distinguido. — A pesar de la fragoso y desconocido del camino por donde he executado mis marchas, no fue posible evitar ser advertido, y de consiguiente me presenté abiertamente en el valle á las 5 de la tarde, á cuyo tiempo el enemigo tenía ya dispuestas una porción de partidas que amenazaban envolverme; conocido este designio pasé con gran precipitación á situarme en la casa de las Achupallas por ver si conseguía me creyesen débil, y se decidiesen á atacarme; con efecto, no se pasaron diez minutos en que principiaron á acercarse lo bastante, para que yo creyese conveniente ya el tomar por mi parte la ofensiva, y en el momento que lo verifiqué, al cargarles, pensaron solo en retirarse; yo me aproveché de este momento, y cargué con los 25 granaderos y su valiente oficial Lavalle; nuestros caballos estaban tan estropeados que apenas iban al medio galope, con todo, conseguimos cortar algunos, y agarrar de éllos tres, dispersando una porcion por los cerros; presentaban una escena ciertamente admirable ver tres ó quatro hombres corriendo tras de 25 ó 30. Un granadero llegó hasta el punto de echar pie á tierra, cargar sable en mano sobre otro que se le escapaba en un cuesta arriba. En fin hemos tomado también algunos caballos con que se pudieron montar los granaderos, y los hemos perseguido cerca de dos leguas mas abaxo de este punto. — «Sin embargo, mi situación es crítica; yo no dexaré de sacar partido de este primer suceso, y espero alucinar al enemigo con movimientos, y asegurar al exército este punto importante, además de estarse practicando ahora algunos de defensa. — Estas razones me hacen suplicar á V. S. haga salir, y adelantarse á algunas tropas, que podrán caer aquí por la tarde temprano, y asegurar más y más los sucesos de nuestras armas.»

Dios guarde á V. E. muchos años. Achupallas 4 de febrero de 1817. — *Antonio Arcos.* — Sr. Brigadier general de vanguardia D. Miguel Soler. — Es copia. — *Zenteno,* Secretario.



NOTA COMICA DEL

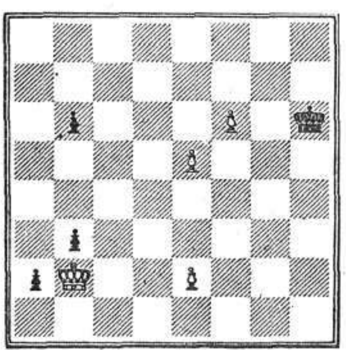
GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—¿Para qué abres el paraguas si está todo lleno de agujeros?

—Porque así veo cuando para de llover.

FINAL NUMERO 1, POR ENRI RINCK

Negras: 4 piezas



Blancas: 4 piezas

Juegan las blancas y ganan

El señor Henri Rinck está conceptuado como uno de los mejores del mundo en la útil rama del ajedrez, los finales, que en realidad significa para el aficionado un factor importante, siempre que se preocupe de profundizar sus secretos o, mejor dicho, sus reglas, en lo que reside la verdadera fuerza del jugador.

Es común ver actuar a jugadores conocedores de las aperturas y diversas fases de la partida que flaquean en el final por sus limitados conocimientos en ese sentido.

El mejor elogio de Rinck lo comprueban las numerosas recompensas de qué ha sido objeto en los concursos internacionales, obteniendo en su mayoría primeros premios.

CAPABLANCA EN PARIS

El año próximo pasado el campeón del mundo, José Raúl Capablanca, se exhibió en Europa en sesiones de partidas simultáneas, con resultados halagadores para él, lo que no debe soprender desde el momento que constituye esa clase de partidas una de sus especialidades.

Publicamos hoy una partida de la sesión de cuarenta simultáneas que jugó Capablanca en París, organizada por «Excelsior», en el hall del «Petit Parisien», contra el jugador francés Eduardo Pape, que consiguió vencer al campeón mundial.

APERTURA DEFENSA CARO-KANN

	BLANCAS José Raúl Capablanca	NEGRAS Eduardo Pape
1.	P 4 R	P 3 A D
2.	P 4 D	P 4 D
3.	C 3 A D	P × P
4.	C × P	A 4 A
5.	C 3 C	A 3 C
6.	P 4 T R	P 3 T R
7.	C 3 A	P 3 T
8.	C 5 R	A 2 T
9.	P 3 A D	C 3 A
10.	D 3 C	D 2 A
11.	P 4 A R	A 3 D
12.	A 2 R	0-0
13.	A 2 D	P 4 A
14.	A 3 A	C 3 A
15.	A × C	P × A
16.	T D 1 A	T D 1 C
17.	D 4 T	T × P
18.	C (5 R) 4 A D	A × P
19.	C × T	A × A +
20.	R × A	D 5 A +
21.	R 1 D	D × C
22.	D × P (3 A D)	C 4 D
23.	D 6 T	D × P C

Las blancas abandonan

NOTAS DIVERSAS

Actuación de un prodigio ajedrecista. — El joven polaco Samuel Rzeszewsky, en un torneo jugado en Nueva York en el «Internacional Chess Club», con la participación de Eduardo Lasker, Ch. Jaffe, J. Berstein, H. R. Bigelow y David Janowski (campeón francés), se ha adjudicado el tercer puesto, empatando a dos puntos con Bigelow y Janowski, con el mérito de haber vencido a Janowski a las 67 jugadas en un «Gambito de Dama rehusado» conduciendo las blancas el pequeño polaco.

Match Italo-Suizo. — Este match, jugado en Milán a dos turnos, con teams representativos de 12 jugadores, resultó un triunfo para los suizos por 12 ½ puntos contra 11 ½. Como se ve, el match ha sido de lo más reñidos, pues los suizos consiguieron imponerse por la pequeña diferencia de un punto.

NUESTROS PROPOSITOS

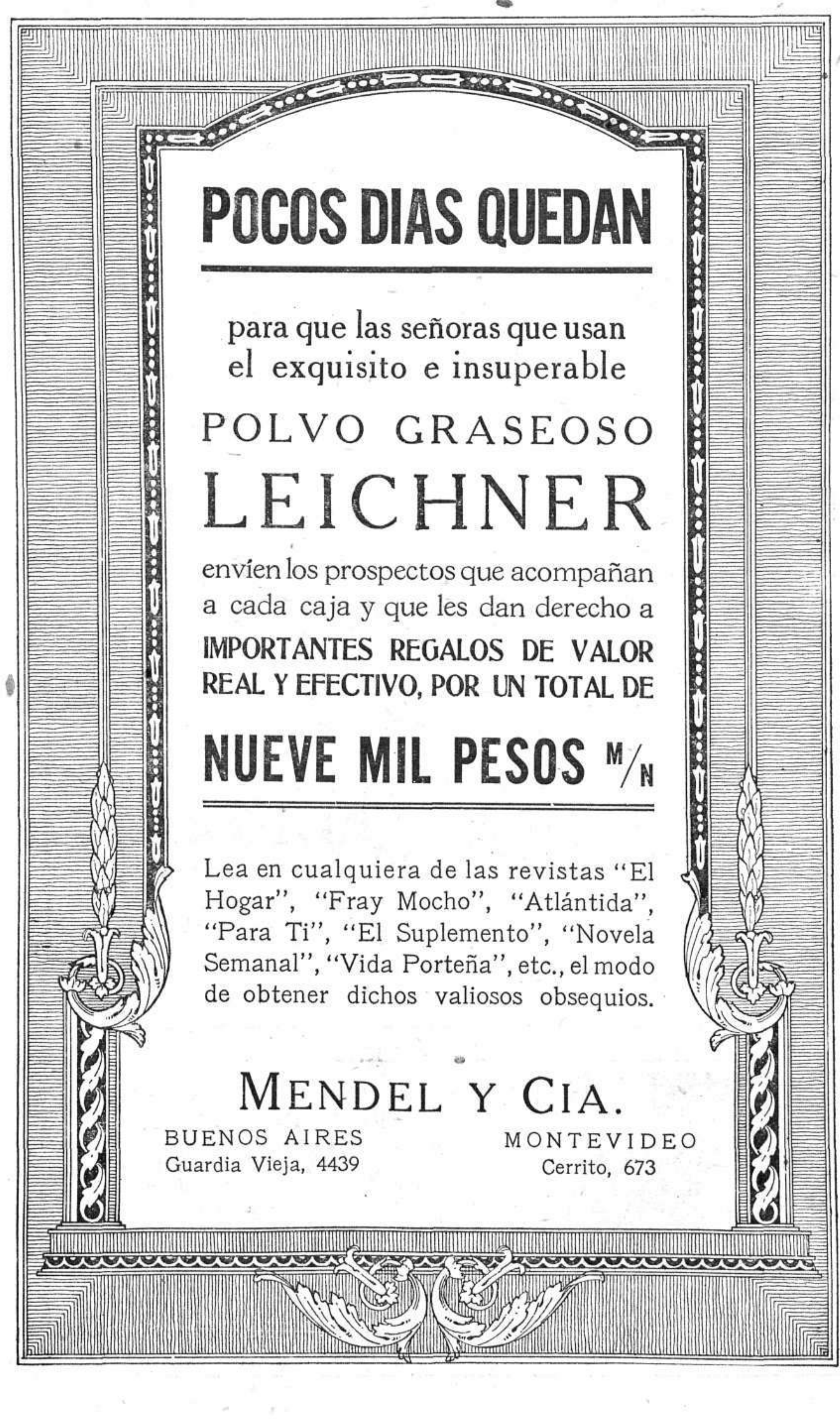
Al publicar hoy la sección ajedrez no hacemos más que reanudarla, pues ya en otra ocasión nos hemos ocupado de tan interesante juego. Considerando el incremento adquirido en todo el país, le dedicaremos oportunamente el espacio que ella se merece.

Encontrarán todos los aficionados un reflejo del movimiento tanto nacional como extranjero, aprovechando la oportunidad para solicitarles su concurso a fin de que esta página no sólo sea una fuente de información sino también de propaganda.

Toda consulta que se nos formule sobre la materia será contestada mediante el envío de franqueo para la respuesta, haciéndola por estas columnas cuando ella, por su importancia, lo merezca.

Con la idea de vincular a los aficionados del país, les rogamos el envío de su dirección, con los datos sobre la categoría o club en que actúe, para así brindarles la ocasión de poder jugar partidas por correspondencia y establecer un censo que demuestre el verdadero desarrollo del ajedrez en la Argentina.

Toda la correspondencia debe ser dirigida al Redactor de la Sección Ajedrez de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.


POCOS DIAS QUEDAN
para que las señoras que usan
el exquisito e insuperable
POLVO GRASEOSO
LEICHNER
envíen los prospectos que acompañan
a cada caja y que les dan derecho a
IMPORTANTES REGALOS DE VALOR
REAL Y EFECTIVO, POR UN TOTAL DE
NUEVE MIL PESOS M/N
Lea en cualquiera de las revistas "El Hogar", "Fray Mocho", "Atlántida", "Para Ti", "El Suplemento", "Novela Semanal", "Vida Porteña", etc., el modo de obtener dichos valiosos obsequios.
MENDEL Y CIA.
BUENOS AIRES
Guardia Vieja, 4439
MONTEVIDEO
Cerrito, 673

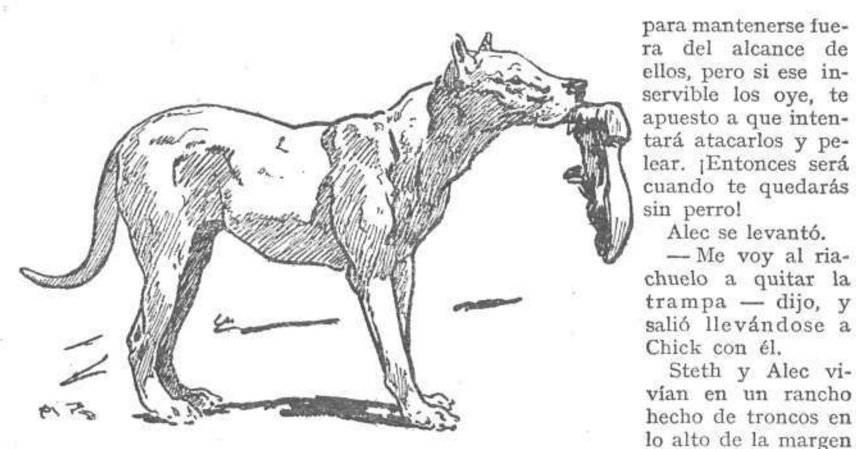


Recepción y lunch ofrecido por el doctor Pedro Castells Laurent en el Club Social de esta localidad con motivo de su enlace con la señorita Elda A. Lorusso.

Alec Hoswood observaba a su perro con una gran expresión de entusiasmo.

— Eres un perro maravilloso, Chick. ¡Quién sabe si alguna vez llegaré yo a ser tan listo como tú!

Un ronquido del compañero de Alec puso fin a la expresión de estos sentimientos. Steth Conway, tendido sobre un cajón y con la cabeza apoyada contra la sartén que colgaba de la pared, roncaba con toda satisfacción. Pataleó en el aire al tiempo de bostezar y una de sus zapatillas salió dando vueltas por el aire para caer al lado del perro, que, apartando la cariñosa mirada de su amo, tomó la zapatilla y empezó a destrozarla concienzudamente.



CHICK

Por

H. MORTIMER BATTEN

— ¡Quítasela! — gritó Steth. — ¡Eh... esa zapatilla es mía!

Pero ahora le tocaba a Alec gozarse, incitando al terrier con su franca risa.

— ¡Revienta a ese perro! — vociferó Steth con rabia. — Ya ha destrozado la suela. ¡Este maldito perro es el castigo de mi vida!

— Si no tenía suela, por lo menos nada que se pudiera llamar así. Además, ¿qué te pasa con el perro?

Steth, aparentemente disgustado, daba vueltas entre sus manos a la despedazada zapatilla, que recuperó con algún trabajo.

— Yo no sé para qué quieres traer un perro de esa clase a estas regiones — refunfuñó Steth. — Ningún hombre con un poco de sentido traería aquí un semi bull-terrier. ¡Me tiene cansado tu perro!

— Y a él lo tiene cansado tu zapatilla — contestó Alec. — ¡Traer zapatillas de esa clase al campo!

— Las zapatillas estarían bien si ese maldito perro las dejara en paz — repuso Steth malhumorado.

— Y el perro también lo estaría si tú lo dejaras en paz — agregó Alec. — ¡Pero, hombre, si es un perro inteligente y peleador! ¿Te acuerdas como se te abalanzó y se prendió de tu pierna cuando nos vimos por primera vez?... ¿No te acuerdas como tiraba y apretaba?

Steth, al ser recordado, se pasó la mano por la pantorrilla y rezongó más fuerte aún.

— Por eso le tienes rabia — continuó Alec. — No lo has perdonado haberte mordido.

— ¿Y por qué me tenía que morder? Yo nunca le hice daño.

— ¿Cómo podía saber él que tú no eras un vagabundo dispuesto a robar algo? — preguntó Alec. — El perro sólo puede juzgar por la vista.

Steth se levantó y empezó a restregar una sartén vigorosamente.

— No importa — dijo. — Espera hasta que venga el invierno y verás; no resistirá el frío. Sus patas son demasiado pequeñas y se hundirán en la nieve. Si quieres tener un perro, debe ser uno bueno, con algo de lobo en él.

Hubo una pausa. Alec estaba ya satisfecho de su pequeña broma y se proponía darla por terminada, pero Steth continuó:

— Un buen perro, que posea los instintos propios del norte, tal como un chucho cualquiera. Cuando un chucho oye a los lobos, tiene bastante sentido para mantenerse fuera del alcance de ellos, pero si ese inservible los oye, te apuesto a que intentará atacarlos y pelear. ¡Entonces será cuando te quedarás sin perro!

Alec se levantó.

— Me voy al riachuelo a quitar la trampa — dijo, y salió llevándose a Chick con él.

Steth y Alec vivían en un rancho hecho de troncos en lo alto de la margen del río Mulberry. Rompiendo las rocas por medio de dinamita, desmontaban el terreno para establecer una plantación de manzanos. En realidad eran un buen par de amigos. Chick representaba la manzana de la discordia entre los dos; sin embargo, Steth había empezado a tomarle cariño al perro.

Alec descendió tranquilamente hasta el río por la angosta senda que se deslizaba por entre los pinos. A mitad del camino Chick arremetió inesperadamente contra el matorral en persecución de algún bicho, ladrando con todas sus ganas. Alec se imaginó que había tropezado con el rastro de un ciervo o conejo; en pocos minutos Chick estaría de vuelta, cojeando dolorosamente después de haber sufrido algún percance entre los numerosos árboles.

Así que, olvidándose del perro, Alec sacó la trampa del agua, en la que aparecieron varias percas saltando; las metió en una bolsita y se encaminó hacia el rancho. Empezaba a obscurecer y Steth estaba sentado en el umbral. Discutieron un rato sobre la mejor forma de hacer saltar unas rocas que tenían que atacar el día siguiente, hasta que el aire fresco y el aroma de los pinos les indicó que era hora de retirarse.

— ¿Dónde está el perro? — preguntó Steth al levantarse.

— No sé — replicó Alec. — Salió corriendo detrás de un conejo o algo parecido.

— Me pareció haber oído algo por allí — dijo Steth señalando hacia la espesura del matorral. — ¡Escucha!

Ambos escucharon. Hubo un corto silencio, que fué seguido por un espantoso maullido, al que instantáneamente siguió un confuso ladrido.

— Ese idiota se ha encontrado con algún bicho que lo va a despedazar si no vamos en su ayuda— exclamó Steth. — ¡Vamos, hombre!

Steth tomó un palo y se internó en la espesura del matorral en dirección del sitio de donde había salido el ruido, mientras Alec entró en el rancho en busca del rifle. Después de un rato de andar por la selva se encontró con Steth.

— Me parece que has perdido tu perro — le dijo. — La pantera se lo habrá llevado y será mejor esperar el día para buscarlo.

La voz de Steth parecía un poco deprimida, no obstante el poco cariño que le había demostrado al perro. Cariacontecidos, regresaron al rancho.

Al encender Alec la lámpara notó que la cara y las manos de Steth estaban llenas de arañazos.

Ya cerca de la media noche los despertaron unos fuertes resoplidos en la puerta. Simultáneamente se levantaron exclamando:

— Ahí está Chick.

Steth abrió la puerta y Alec acercó la lámpara. Era Chick en piel y hueso, arrastrando pesadamente el enorme cuerpo de un lince muerto.

¡Pero qué Chick! Estaba cubierto de sangre desde la nariz hasta la cola, y aunque movía ésta estupendamente, casi no se podía tener sobre sus patas.

— ¡Eso es ser un perro valiente! — exclamó Alec mirando orgullosamente a su compañero.

Steth se agachó y lo palmoteó en la espalda. Pero Chick estaba en un estado lastimoso. Sus orejas colgaban hechas jirones y parecía que posiblemente perdería el uso de un ojo. No dejó su cama por tres días. Steth entendía algo de perros y lo cuidó con gran cariño.

Llegaron las primeras nevadas y los rancheros tuvieron que suspender su labor. Pero no por eso quedaron sin algo con que entretenerse y que al mismo tiempo fuera de algún provecho. La caza mayor era abundante y las pieles se vendían a buen precio.

Hacía una semana que Steth había tendido la primera trampa en el fondo del barranco y ya empezaba a impacientarse al pasarse los días enteros observándola sin resultado alguno cuando, al asomarse una mañana, tiró su sombrero al aire, loco de alegría, al apercibir un enorme oso que había caído víctima de su engaño.

Empezó a descender la escarpada pendiente cubierta de nieve, con la intención de librar al animal de los sufrimientos tan pronto lo tuviera al alcance de su rifle.

Se acercó al oso en la dirección opuesta del viento para que no lo olfateara, pero cuando estuvo a unos cuarenta pasos de la fiera la nieve empezó a caer tan espesa que no pudo verlo más. Siguió avanzando cautelosamente y de pronto, y con brusca sorpresa, se levantó de entre la nieve, y casi a sus pies, una enorme masa gris que se agitaba tirando furiosos zarpazos.

Steth no había calculado bien la distancia y casi tropieza con su peligroso cautivo. Lavantó el rifle, pero la correa se le había enganchado en la ropa, impidiéndole momentáneamente hacer fuego. Retrocedió, pero la zarpa de la fiera le alcanzó al cañón del rifle. La fuerza del zarpazo fué tan grande que le arrebató el rifle de las manos, rodando el arma por la nieve.

En ese instante de confusión y de desaliento Steth rodó también ladera abajo; rodó como nunca había rodado en su vida, hasta que tropezó y se enredó en algunos arbustos del fondo del barranco. Si en vez de ramas se hubiera encontrado con el tronco de un árbol, habría sido aquel el fin de su carrera.

Medio atontado, miró por entre las ramas y vió al oso que casi arrastrándose y sacudiendo desesperadamente la trampa, que colgaba de una de sus patas, se preparaba para irle al encuentro.

¡Sí: la trampa estaba aún allí, asida a una pata de la fiera, pero la cadena se había roto! Steth comprendió con espanto lo que había sucedido. La bestia, al arremeter contra él, lo hizo con tanta fuerza que la cadena no pudo resistir el tirón. Ahora la fiera estaba libre y rabiosa. Steth se dió cuenta de que sus probabilidades de escapar con vida eran escasísimas.

¿Qué podía hacer? Sólo disponía del cuchillo de caza, y con esa arma era imposible hacer frente al oso. ¿Huiría? En tal caso el oso lo perseguiría, y no podía esperar competir en ligereza con el animal. No; se quedaría inmóvil y en espera de los movimientos del bruto. Nunca es posible saber cuál será el próximo movimiento de un oso; a lo mejor vuelve la grupa y desaparece.

Imposibilitado de deshacerse de la trampa que le apretaba una pata, el oso se enfurecía cada vez más y avanzaba tambaleándose y arrastrando el miembro aprisionado. Llegó hasta los arbustos donde estaba Steth y empezó a levantar la cabeza gruñendo y olfateando, tal vez con la esperanza de que su perseguido saliera de su escondite, como un conejo, para abalanzarse sobre él.

Steth comprendió que quedarse allí sería una locura, así que, arrastrándose, salió del matorral por el punto más distante del oso. Entonces se levantó. Esperaba pasar silencioso e inadvertido, pero cuando vió el fuego de aquellos malignos ojos decidió prudentemente ponerse fuera de su alcance con la menor demora posible. De unos saltos llegó hasta otro matorral próximo y se arrastró hasta el centro para estar más seguro, mientras el oso perdía tiempo dando vuelta.

Los fuertes gruñidos que lanzaba la fiera le hacían temblar las rodillas. El oso siguió persiguiéndolo, mientras él se acurrucaba bajo las matas como una perdiz herida. Pero esta vez el oso, ya enfurecido por demás, no se iba a contentar con mirar, y arremetió también contra el matorral dando terribles zarpazos que hacían crujir las ramas bajo la fuerza y el peso. Steth perdió la poca tranquilidad que le quedaba y en su afán de librarse de las garras buscó la salida por el lado opuesto. Pero el oso, adivinando su intención, dió vuelta silenciosamente y le salió al encuentro.

Un grito de sorpresa y terror salió de los labios de Steth al encontrarse de nuevo a punto de ser aniquilado, y nuevamente se lanzó de cabeza bajo las matas.

Steth no era cobarde, pero sabía que estaba cara a cara con la muerte, reducido a ese estado nervioso de pánico en el cual el más bravo de los hombres cae al encontrarse frente a peligros de donde no se ve salvación posible. El oso no estaba dispuesto a abandonar la persecución, no obstante los terribles dolores que debían producirle los dientes de la trampa en cada movimiento. Rugiendo dolorosamente seguía arrastrando su pata con tenacidad, con su instinto de fiera, para despedazar a aquel hombre causante de su infortunio. Steth comprendió que si no podía apoderarse de su rifle sería cuestión de tiempo el que el bruto se saliera con la suya.

Este, que parecía adivinar los deseos de Steth, le cerraba el paso insistentemente, impidiéndole que saliera de su atrincheramiento en dirección al lugar donde había caído el rifle. Su aparente paciencia

en el ataque aumentaba el horror de la situación, pues cuando un lobo o un oso persiguen en silencio es una indicación de que están seguros de su presa.

Steth iba extenuandose rápidamente. Su arrojo y agilidad habían desaparecido, mientras su adversario se mantenía en la misma insistencia, moviéndose de un lado para el otro y siempre listo para cortarle la retirada.

La nieve había cesado de caer y Steth, desde su escondite, trataba de divisar el rifle. Sus manos ardían como si las tuviera entre ascuas y estaban sangrando a causa de la infinidad de arañazos que se había producido en el afán de abrirse paso por entre las espinosas ramas. Tratar de cruzar el campo abierto que tenía frente á él hubiera sido ir a la muerte segura. ¿Qué podía hacer, entonces? Continuar en aquella horrible posición por más tiempo se le hacía imposible; estaba ya casi agotado.

Empuño su cuchillo de caza furiosamente, determinado a pelear hasta el fin, y por un momento le acometió un arranque de rabia, una furia como nunca había sentido. Salió del matorral dispuesto para la lucha final, pero sus piernas rehusaron sostenerlo. Lo que hizo después lo hizo instintivamente. Se tendió con la cara contra la nieve, los brazos extendidos y se fingió muerto.

No se movió, primeramente porque estaba cansado para moverse demasiado, y después porque sabía que cualquier movimiento significaba la muerte.

Oyó las zancadas del bruto alrededor de él, sintió su caliente aliento en las orejas y el caliente hocico refregándole el cuello. Le dió vuelta con una de sus zarpas, le olió la cara; pero Steth continuaba tieso como un muerto. Era una prueba como pocos hombres la han experimentado, pues cada momento esperaba sentir la desgarradura de aquellas terribles y poderosas uñas; pero, sin embargo, continuó inmóvil: tanto era su miedo.

Por fin, el bruto lo dejó, se apartó unos cuantos pasos y se sentó sobre las patas. Steth sabía que lo estaba observando, esperando que se moviera, y entonces un nuevo peligro se presentó ante sus ojos. Aunque había perdido una parte de su ropa y la temperatura era bajo cero, estaba saturado de transpiración. Sintió las gotas que se le cristalizaban en la cara; el frío que le penetraba en los miembros con tal intensidad que parecían estar sumergidos en agua helada. Unos pocos minutos más y con toda seguridad perdería el conocimiento para morir helado.

Sus dedos empuñaron nuevamente el cuchillo.

Se disponía a levantarse y a enfrentarse con el oso valiéndose de su cuchillo, cuando un sonido conocido retumbó en sus oídos. Era algo familiar; sin embargo creyó que debía estar delirando: lo que oía era el agudo ladrar de un perro.

No, no era delirio ni pasadilla. El oso se había levantado y se arrastraba en dirección del ruido. Indudablemente algún indio llegaba con un perro. Con una nueva esperanza Steth se incorporó para mirar.

Vió un perrito blanco, absurdamente pequeño al lado del enorme oso, corriendo con derrochadora bravura al encuentro del monstruo, sin darse cuenta de que el oso podía volverse. Steth se abalanzó hacia el lugar donde estaba el rifle; el oso, al sentirlo, se dió vuelta y se fué hacia él para atacarlo. Entonces Steth tropezó en un hoyo donde se enterró en la nieve hasta le cintura. Vió al oso dirigiéndose a él, vió al terrier persiguiéndolo de cerca y cómo el oso arremetía furioso a su pequeño adversario. El terrier saltaba y mordía, ¡mordía las patas del monstruo con tal tenacidad, que sus dientes penetraban hasta el hueso!

No habría oso en la tierra que pudiera resistir tal ataque, y Steth aprovechó el momento. El terrier acosaba al oso, y no había un minuto que perder. Si una de aquellas gigantescas garras alcanzaba al perro, lo haría polvo.

Arrastrándose por la nieve pudo llegar Steth hasta el lugar donde había tenido principio la lucha, pero el rifle no se veía por ninguna parte. El oso gruñía furiosamente, y Steth comprendió que si el perro abandonaba su actitud el oso estaría nuevamente sobre él antes de que pudiera prepararse para la defensa.

Desesperado por la nueva contrariedad, cuando ya casi había perdido la esperanza, su pie tropezó con algo duro. Era el rifle, con el cañón clavado en la nieve.

Sacó el arma que le pareció pesar una tonelada. Sus manos temblaban casi impidiéndole apuntar. Apretó el gatillo. Entre el humo vió al oso levantarse llevándose las manos al pescuezo. Nuevamente disparó el rifle, y mientras el eco repercutía por entre los pinos la masa de piel y músculos cayó pesadamente hacia atrás sobre la nieve.

Steth murmuró una plegaria de agradecimiento; el terrier seguía mordiendo al gigantesco oso en un hombro y trataba de sacudirlo.

— ¡Chick! — gritó. La exclamación salió de sus labios con un tono que parecía decir que no podía creer lo que sus ojos veían. — ¡Chick, nuestro Chick! En nombre de Dios, ¿cómo llegaste hasta aquí?

Un momento después Chick, sin un simple arañazo, ni siquiera sabañones, lo olfateaba cariñosamente. Poco después apareció Alec.

Alec miró con sorpresa al oso muerto y los indicios de la terrible lucha que había tenido lugar, comprendiéndolo todo por el estado de la ropa de Steth.

— ¡Hola! ¿Qué ha pasado? — preguntó.

Steth le hizo la narración en la mejor forma que pudo, y por un rato Alec quedó pensativo.

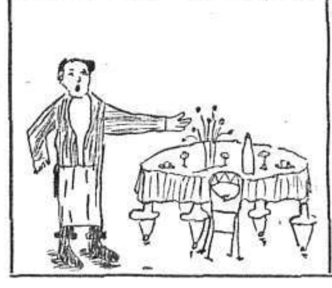
— ¡Yo tuve un perro una vez que me siguió con insistencia a través de toda la Alaska. — dijo Steth mirando a Chick y moviendo la cabeza de un lado al otro. — Pero *aquel* era un chucho. Escucha, Alec — continuó volviéndose hacia su compañero. — ¡Si alguna vez se te ocurre deshacerte de este perro, tú y yo tendremos un disgusto!



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

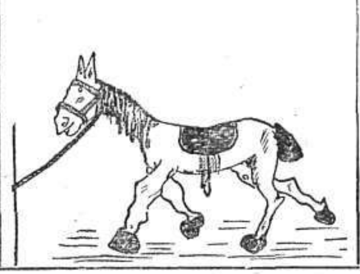


Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

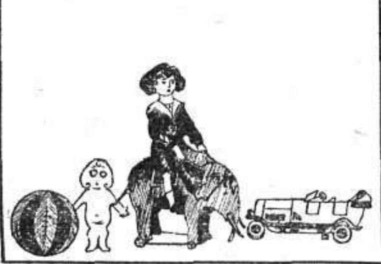


1337 — ¡Ya está la mesa preparada! MARÍA ETELVINA ANEIMAS.

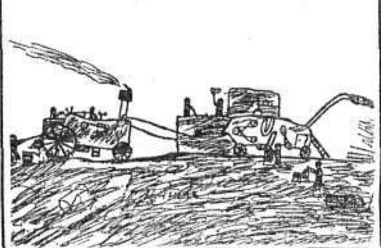
1338 — La llegada de la gran carrera. JOSÉ MENEGHINI.



1339 — Después de la carrera. TITO CONTRERAS.



1340 — Mi primito en el día de Reyes. PABLO PENCO.



1341 — Una trilladora trabajando. HÉCTOR IZAGUIRRE.



1342 — Entre buenos compañeros. ARNOLDO KRONHAUS.



PARAGOLPES PARA AUTOMOVILES

EL Paragolpe STEWART es el resultado de varios años de constantes esfuerzos para producir un paragolpe digno de la marca STEWART. Un paragolpe que ha sido rigurosamente probado, y ha recibido el ***visto bueno*** de los compañías aseguradoras.

El STEWART es hecho para absorber todo cuanto se pueda del golpe de un choque sin que sufra el chassis del coche.

Hay varios modelos que se adaptan a todos los coches.

En la fabricación de los modelos, cada marca de automóvil fué considerada como una entidad aparte. De esto ha resultado que la colocación sobre cualquier coche es facilísima, y se mantiene completamente firme.

Le agrega un tono de elegancia y seriedad además de acordarle su protección tan necesaria en sitios de mucho tráfico.

Haga instalar uno en su coche hoy.

Wm COOPER & NEPHEWS, Ltd.

MAIPU, 87 - Bs. Aires **URUGUAY, 820 - Montevideo**

HAY SIEMPRE UN SURTIDO COMPLETO DE PIEZAS DE REPUESTO.

De venta en todas las principales casas de Automóviles y Accesorios, así como en los Garages.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 91

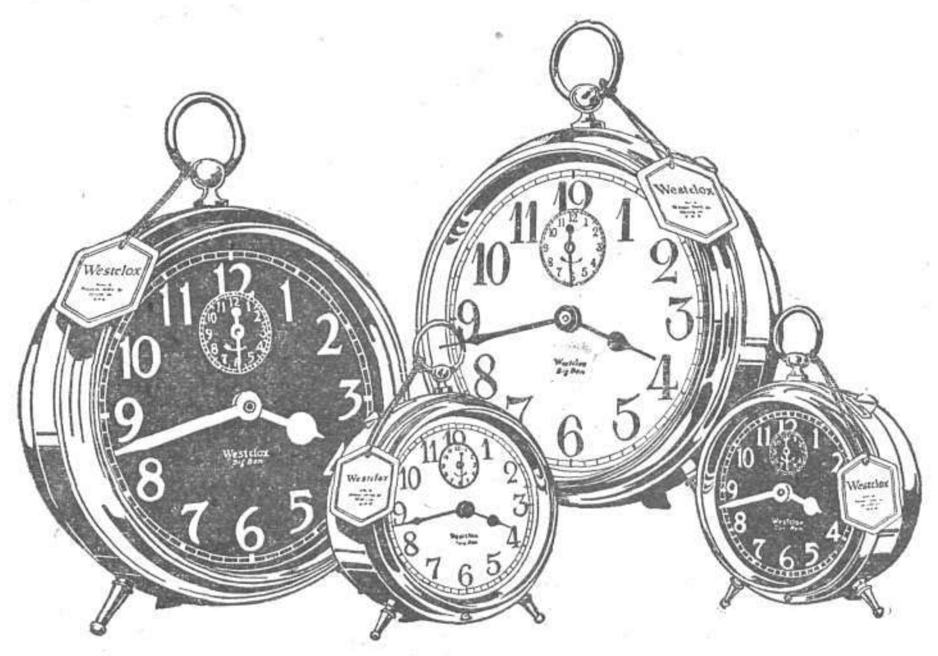
Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Westclox



Todos Buenos Westclox

BIG BEN es el reloj Westclox mejor conocido y todos los Westclox son buenos. Cada uno marcha perfectamente, suena el timbre con un sonido fuerte y claro a la hora exacta que se fije, y da entera satisfacción.

Westclox es la marca de fábrica que aparece en la esfera de los despertadores y relojes de bolsillo hechos por la Western Clock Co. Es la marca de identificación que le proporciona a Ud. la seguridad de que compra un buen reloj.

Tanto Big Ben como Baby Ben tienen esfera blanca corriente o negra azabache con manecillas y números luminosos.

Pida Westclox a su relojero.

WESTERN CLOCK CO., LA SALLE, ILLINOIS, E. U. A.

Fabricantes de *Westclox*: Big Ben, Baby Ben, Pocket Ben, Glo-Ben, Jack o'Lantern, Buenos Dias (Modelos A, B, C, D, y E), El Vigia.

LA MODA AL DIA

Por

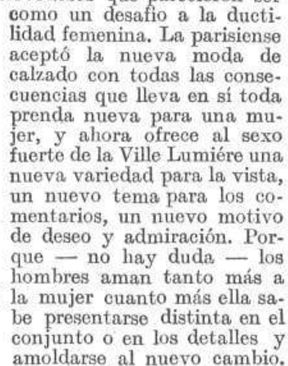
LUZ Y SOMBRA



«Si usted ve por la calle a una mujer con botines, aunque sea en pleno invierno, puede usted jurar que es una europea, y casi seguramente una alemana», me decía el otro día una risueña joven argentina hablando de la nueva moda en sus detalles.

La mujer argentina no ama el botín. ¿Pereza o vanidad? Ambas razones, tal vez; pero la segunda es la que triunfa. Vanidad de lucir el fino tobillo enguantado en la brillosa malla de seda, libre en sus ligeras ondulaciones que acompañan el ritmo del pie delicado; vanidad de lucir las diminutas dimensiones de este último, que el zapato, en su línea breve, afina todavía más.

Sin embargo, el botín es un calzado bien elegante para el invierno, completa la toilette de una señora y da realce y perfección a la pierna y al tobillo. Es claro que el próximo invierno los vestidos largos y los botines bien altos pedirán a la coqueta el casi absurdo sacrificio de sus pequeñas y más queridas satisfacciones. ¿De qué valdrá tener un tobillo fino, una pierna impecable, un empeine armonioso si estarán aprisionados en una polaina de cuero o de lana? ¿Y la molestia de calzar esos botines, con el peligro de lucir una falta de habilidad soberana en la manera de envolver la polaina? Enemiga un poco menos obstinada que la argentina — pero muy poco menos — para el calzado alto, era la parisiense, pero los modelos que le han presentado eran tan bonitos y novedosos que parecieron ser como un desafío a la ductilidad femenina. La parisiense aceptó la nueva moda de calzado con todas las consecuencias que lleva en sí toda prenda nueva para una mujer, y ahora ofrece al sexo fuerte de la Ville Lumiére una nueva variedad para la vista, un nuevo tema para los comentarios, un nuevo motivo de deseo y admiración. Porque — no hay duda — los hombres aman tanto más a la mujer cuanto más ella sabe presentarse distinta en el conjunto o en los detalles y amoldarse al nuevo cambio.





Yo no podría jurar que las porteñas acepten, el próximo invierno, la nueva moda de calzado. Es muy probable que una mayoría se mantenga fiel al sencillo y cómodo zapato, con todas sus variaciones en cuero, seda, gamuza y lamé; pero diremos, de paso, que sería ganar una linda batalla femenina — bien femenina — aceptando y amoldando a la innata elegancia porteña el severo, casi majestuoso botín.

Los nuevos modelos, inspirados en la tira mollettiére, son ciertamente muy favorables a la conservación de la línea del tobillo, detalle de belleza que tanto tiene preocupadas y ocupadas a las mujeres. Botines y botas — pues hay ambas cosas — son cerrados por un sistema llamado «cremaliera» muy rápido. La seducción de los nuevos modelos consiste, sobre todo, en la facilidad de obtener todos los colores deseables, porque la cabritilla glacé se presta a todas las tinturas, hasta las más finas, y su extrema suavidad la hace parecida a un género moderno. Los pies delicados, las piernas finas, realzarán su belleza dentro de estos botines y botas nuevos, de los que van aquí los modelos más en voga, ya adoptados por las más impacientes de las coquetas parisienses. Algunos de ellos dejan ver la fina media de seda lo suficiente para que las más reacias al sacrificio se dejen convencer. La forma más elegante lleva un nombre que por sí solo tendría que conquistar a las argentinas: «Madrid». Modelo de cuero o de paño, con su alta polaina. El modelo Scribe, imitando polaina, es muy apropiado para las que quieren afinar o, vulgarmente dicho, reducir la línea exterior de su pie. El Torsade es casi un zapato y no es tan novedoso como los otros. Su característica está en las bien combinadas vueltas de las tiritas formando aritos.

TORSADE



El zapato Mosquetero nos recuerda, por su terminación, los guantes del mismo nombre que tanto usamos el invierno pasado. En cabritilla glacé, como el modelo Scribe, o en gamuza, es un calzado de alta distinción, quizás un poco refinado por su línea ininterrumpida, que marca bien las sinuosidades del pie, y lo calza como en la mano un guante de piel fina.

Una variación de este último modelo, un poco más extravagante y, tal vez, un poco menos acertada, es el botín Renacimiento de Perugia, en cabritilla glacé con tiras de paño.

SCRIBE

¡Oh, artísticos calzados de noche, zapatitos de Cenicienta, maravilla de las Mil y una Noches! Encierras el pie como cofre su joya; si tu riqueza, tu forma, tus características no han cambiado, si te nos presentas más o menos cual te vimos en las pasadas fiestas, donde marcabas los ritmos del baile con el rápido fulgor de tus pequeños metales, si vuelves a pisar los encerados pisos bañados de luz parecido a un brillante que rebota en el suelo, bienvenido seas, hermoso estuche labrado, hermoso árbitro en la lucha entre el corazón y el cerebro de tu bellísima dueña! Fuerte contraste es tu línea delicada de sirena de la noche al lado de esas enemigas tuyas, ondinas de la aurora, venidas del Extremo Oriente con el encanto de lo exótico; chinelas de dos tacos, indispensable con el kimono, en madera laqué con borde de barniz negro y flores multicolores pintadas sobre la rígida tira ciré.





De Chivilcoy



Grupo de hermosas señoritas que tuvievon a su cargo el kiosco de confitería en la kermesse realizada a beneficio del hospital de esta localidad.

Otro bien caracterizado grupo de señoritas que contribuyó al éxito de la benéfica fiesta.



Miembros de la Sociedad Artesanos Unidos que concurrieron al picnic organizado por la comisión directiva de dicha entidad.

EL ORIGEN DE LAS BODAS DE PLATA

Claro está que averiguar, divulgar y conocer el origen de una porción de cosas e instituciones maldita la utilidad que tiene; pero al cabo ello aumenta nuestro saber, y hasta en ocasiones la noción adquirida nos da cierta satisfacción muy saludable.

Y al caso:

El año 987 de la era cristiana don Hugo Capeto, rey de Francia, se encontró con que un súbdito suyo había fallecido dejándole heredero de bienes.

Rápido en sus resoluciones, cual cumple a un rey que se estima y que aprecia en lo que vale el dinero y haciendas, don Hugo se trasladó personalmente a la casa de quien le obsequiaba con la herencia.

Había en la casa un hombre como de 50 años que le entregó los bienes consignados en el testamento, y después que se los hubo embolsado, el señor Capeto se creyó en el caso de dar palique al administrador o lo que fuera. Entonces, como ahora, el palique era más barato que una propina.

— ¿Eres casado? — le preguntó.

— No, señor. Quería tanto a mi amo que, por no abandonarlo, no me casé.

— ¿Es que no tuviste novia?

— Señor, tuve una hace veinticinco años, bella como el sol, que aun me espera; pero ya es tarde.

Don Hugo se sintió conmovido por aquel golpe.

— Cásate y te daré parte de la herencia.

— Señor, mis cabellos son ya blancos.

— ¿Y eso qué importa?

— Los de mi novia también lo son... A nuestros años...

— Haréis unas bodas de plata.

Se casaron, por fin, los dos novios; pero al mes ya se habían separado para siempre.


FERNET-BRANCA
por sus cualidades estomacales-tónicas-refrescantes, ocupa el primer lugar como bebida higiénica;
por esto
no debe faltar en ningún hogar.
Concesionarios: HOFER y Cía. — BUENOS AIRES
S.
FERNET-BRANCA
DEI
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
CARLOS F. HOFER & C.
GENOVA
AMERICA del SUD

LO QUE VA DE LA SEMANA

EL FANTASMA DE CASILDA

No me cansaré de repetirlo: ¡Especialícense! ¡Es-pe-cia-lí-cen-se! Es el gran secreto para llegar a ser algo.

Mi teoría es la siguiente:

—¿Es usted zapatero? ¡Muy bien!... Abrace usted un ramo cualquiera de su oficio. Abrace el calzado para mujeres. Este... ¿No se encuentra a sus anchas en el calzado para mujeres? Métase en las bòtas para hombres... Pero mejore, profundice, perfeccione su especialidad... Procure que las mujeres conceptúen como el máximum de la dicha calzar sus botines y que los hombres crean que realmente se han puesto las botas cuando pueden lucir... las que salen de su taller...

Yo me he especializado.

Y bastante, modestia a parte.

Hace pocos días se presentó en mi domicilio un... un algo que a primera vista no pude darme cuenta si era hombre o mujer. Resultó mujer por la pollera.

Mujer de cierta edad... es decir, de edad incierta... Tanto podía contar cuarenta, como sesenta primaveras.

—Señor, he recorrido medio Buenos Aires y me han aconsejado por fin de que lo viera a usted...

—¡Ah, ah!... ¿Y que... que le pasa, señora?

—Hace treinta años que estoy perseguida por visiones horribles... No puedo descansar... Sólo por la mañana como a las cuatro y media, cuando falta poco para levantarme, empiezo a cerrar los ojos... Debe saber usted que cuando joven tuve un pretendiente. No le llevé el apunte, y desde entonces ha jurado ese loco malvado que sería mi tormento para toda mi vida. Me casé, tuve dos hijos, pero él siempre tras de mí, molestándome en el sueño, de noche... especialmente de noche... Quedé viuda debido a él sin duda y sigue siempre, siempre...

—Pero... Vamos a ver... ¿Qué es lo que siente?...

—Oigo voces que me ridiculizan, veo fachas asquerosas, que me hacen muecas, castañetean los dientes... Cierro los ojos y... las veo lo mismo... Si pudiera descansar por lo menos...

Mantuve una actitud muy seria y subrayé cada frase de la mujer con pausados ¡hum, hum...! que resultan de mucho efecto, porque los clientes piensan que quieren decir: ¡ya entiendo, ya entiendo!...

—¿Y las visiones cuándo empiezan?

—En cuanto me acuesto.

—Y... ¿hay días especiales de la semana en que son más violentas?

—¡Sí, señor!... Los martes y los viernes... Los martes y los viernes son intolerables...

Me sonreí como si hubiera comprendido de que lado venía la jugarreta de las visiones. Luego me levanté del asiento y palmoteé familiarmente a la mujer.

—¡Váyase tranquila, señora!... Usted esta noche a las diez empezará a sentir un sueño invencible... Resístalo todo lo que pueda... No debe dormir usted nada más que a las once de la noche en punto. No habrá más visiones. Puede estar segura... No verá usted nada en absoluto...

—Muchas gracias... ¿Cuánto le debo?

—¿A mí?... No faltaría más... Pase más bien mañana y dígame como ha pasado la noche.

Volvió la mujer al día siguiente con una cara de contento que daba gusto verla. Hasta su misma fealdad había desaparecido. Resultaba pasable.

—¿Sabe que he dormido toda la noche como un angelito? ¡No he visto nada, nada!... ¡Hacía años que no pasaba una noche así!

Y casos como estos he tenido muchos. Pero no crean que desempeño siempre el papel de divina providencia. Hay veces que me pongo malo.

A un caballerito que se reía de estas cosas y pensaba tomarme el pelo, le dije que si quería presenciar fenómenos de regular interés mientras realizaba sesiones espiritistas colocara un vaso de sangre fresca debajo de la mesa.

Debió llevar un susto discreto, porque me vino a ver al día siguiente con los ojos desencajados.

—¡Amigo!... Aprenderá a burlarse de lo que no conoce...

—Le diré... Si supiera usted la historia del fantasma de Casilda, disculparía usted mi incredulidad...

—No la conozco... Pero... que en Casilda pueda haber habido una «viuda» de las tantas, no quiere decir que no las haya de verdad... a veces. Mire. Acaban de escribirme de Alvarez...

—Cerca del Rosario... Vía Pergamino...

—Eso es... Lea:

El caballerito leyó:

«A pocos kilómetros de este pueblo se puede obser-
«var un fenómeno interesante. Hace cosa de doce
«años fueron asesinados en este paraje dos italianos,
«padre e hijo, como a las siete de la noche. Desde esa
«fecha, por lo menos tres veces por semana, a la hora
«del crimen, se ven dos lucecitas que se levantan a
«unos diez metros del suelo. Se acercan una a otra
«como si quisieran besarse, luego... bajan y des-
«aparecen. Si quiere usted darse cuenta del hecho,
«venga a ésta y me ofrezco a servirle de guía.»

El caballerito me miró... luego dijo:

—La historia del fantasma de Casilda es otra cosa. No tiene nada de trágico... Sin embargo, por mucho tiempo sirvió de tema a las vecinas de Colonia Candelaria. Un tiempo Casilda se llamaba Colonia Candelaria.. Cuando usted sepa los detalles de la aparición infernal de la colonia esa va a perdonar mi escepticismo en materia de fantasmas, visiones y cosas por el estilo... Con la diablura que me aconsejó usted, pensé que me iba a morir de miedo... ¡He visto cosas!... Pero no se repetirán, ¿verdad? Porque mire que he tenido bastante con las que he visto ayer...

—Supongo que no... Le aconsejo dejar las experiencias por un tiempito... Es mejor no meterse en honduras...

—¿Yo? En la vida voy a intentar más nada... ¡Qué esperanza!...

—Y... ¿qué era el fantasma de Casilda?

—Ah... Le estoy hablando del año 1881... Entonces, donde ahora se levanta Casilda, había pocas casas... Yo era dueño de una de aquella casitas y alquilaba una pieza a un pobre albañil, que vivía allí con su mujer y un hijito de unos dos o tres años.

—¿Juan Pescio no había pensado todavía en su monumento a Cristóbal Colón?

—¿Así qué usted conoce a don Juan Pescio? ¿El fundador de la Nueva Roma? ¡Pobre hombre!... Si habrá gastado plata en hacer propaganda a su proyecto. Un monumento de una altura colosal, algo así como cinco o seis pirámides sobrepuestas, barcos arriba de todo, que daban vuelta alrededor...

—¡Ya sé, ya sé!... El plan del monumento lo conservan cuidadosamente todas las cortes europeas, porque no ha habido rey a quien no lo haya remitido con todas las explicaciones y los detalles de construcción...

—¿Y cómo se le ha ocurrido el proyecto de Pescio?

DE MI DIARIO

POR EL DOCTOR A. VACCARI

—Hombre... ¡Muy sencillo!... ¿No estábamos hablando de un albañil? Por eso...

—Es cierto... Como le iba diciendo, el albañil vivía en mi casa, pero trabajaba en un ferrocarril en construcción a muchas leguas de distancia. Como tenía la señora en estado interesante me había rogado que le hiciera el favor de ir a buscar la partera en cuanto se aproximara el momento crítico.

—Usted tuvo que salir de noche con toda seguridad... y dió con el fantasma...

—Espérese... No se apure... Un domingo de febrero se desencadenó un temporal espantoso. Habrá sido el susto, habrá sido que ya era tiempo, ¡qué sé yo! El hecho es que la mujer del albañil sintió los primeros síntomas... Debían ser como las 10 ó las 11 de la noche. Llovía a cántaros y no había la menor esperanza de que el temporal aflojara un poco. La partera vivía como a ocho cuadras de mi rancho. No tuve más remedio que ponerme las botas, abrigarme con un poncho y empezar el chapaleo por esas calles, que no eran calles sino zanjones...

—¡Si sabré lo que son los caminos de los pueblitos y *especialmente durante* las lluvias!...

—¡Usted debe saberlo ya que ha vivido tanto tiempo en el campo!... La partera era una negra motosa... Una de esas negras cuyo cutis se parece a cuero refregado con betún, crema y cera. Se había casado con un italiano... ¡También la ocurrencia de ese hombre!... Llamé a la casa de la negra y se presentó el marido. Me salió con un sinnúmero de dificultades. Que la señora no podría salir con ese tiempo... Que estaba enferma de una pierna, que... ¡Qué sé yo cuantas cosas me dijo!... Bueno... Por fin conseguí arreglar el asunto. El marido refunfuñó un poco, pero ofrecí el brazo a la madama y la remolqué como pude por el camino.

—¡Linda pareja!...

—¡Cállese!... El viento arreciaba de una manera espantosa y nosotros parecíamos dos individuos completamente sin gobierno por excesos alcohólicos... Como a tres cuadras de mi casa había una depresión en el suelo, y el agua caída en cantidad excepcional había formado una especie de laguna. No muy honda, pero no tenía por cierto menos de unos cincuenta metros de ancho. Mientras se había tratado de andar por el camino, la mujer no puso mayores dificultades, pero al darse cuenta de ese obstáculo que exigía la inmersión de la patita enferma en el agua, se resistió con tal energía que comprendí como habrían sido inútiles todos mis esfuerzos para convencerla a seguir adelante. ¡Que no y que no!... Y que no estaba dispuesta a enfermarse ella para atender a otros y que todo tenía un límite y que volvería a su casa ¡Qué se iba a hacer!... Habría sido posible evitar la laguna dando una vuelta muy larga, una vuelta de unos quinientos metros por lo menos, pero la cosa era urgente, y con ese tiempo infernal, a obscuras... No me quedó otro remedio que...

—Pero dígame, amigo... ¿Y no le habría resultado más fácil pedir un coche y... evitarse el remolque de la negra, un resfrío o una pulmonía y cuanto menos el agravarse la enfermedad que la negra sufría en la patita?... ¿Cuál era? ¿La derecha o la izquierda?

—Espérese... La derecha... Cuanto a lo del coche, dice usted muy bien; pero no tomé un coche por la mismísima razón que impidió a Cristóbal Colón el empleo de barcos a vapor para descubrir América... No había coches en aquel entonces en Colonia Candelaria...

—Entonces... no he dicho nada... Y... ¿cómo salió del paso?

—Ya verá usted... Me coloqué delante de la negra y le dije: «¿Se anima?» Me ofrecí a servirle en calidad de flete... «Agárrese bien a mi pescuezo y téngase bien firme con las piernas...» La negra no encontró mala la idea y solamente me dijo: «¡Peso 119 kilos!...» «¡No importa!...» contesté... En aquel entonces no me fastidiaba nada cargar al hombro un peso así... «Piense usted en sujetarse bien y deje lo demás por mi cuenta...» Dicho y hecho... Hice cuenta que cargaba al hombro una bolsa de carbón. La negra llevaba un enorme farol que mantenía muy alto con la mano derecha, mientras con la izquierda parecía que me iba a descogotar... En lo mejor de la travesía un golpe de viento apagó la luz y Dios sabe como pude llegar al otro lado, mucho más que la negra, vista la inutilidad de mantener alto el farol apagado, optó por abrazarme con las dos manos, y en el primer ademán me aplicó un farolazo en la cara nada agradable. Pero llegamos; y llegamos a tiempo para auxiliar a la pobre mujer que la estaba esperando.

—¡*Muy bien, amigo!... Pero no veo nada de fan*tasmas en todo eso... ¿A dónde está el fantasma de Casilda?

—Un momento. No se apure... Nosotros creíamos que nadie presenciaba la escena, pero estábamos en un error muy grande... Unas mujeres, desde las ventanas de una casa situada a unos cien metros de la mía, seguían las alternativas del temporal. Los relámpagos muy a menudo echaban una luz siniestra en la campaña azotada por la lluvia y el viento. Seguramente deben haber notado un ser enorme, todo negro, que cruzaba el charco y llevaba una lámpara que de repente se apagó... ¿Quién podía a esa hora y entre el desencadenarse de los elementos, pasear por el campo? Además, ¿quién había visto jamás a un hombre alto por lo menos como dos hombres normales en Colonia Candelaria? En una aldea todos se conocen... ¡Debió ser Mandinga, sin duda alguna!... Los brujos, las brujas, los diablos gozan cuando la naturaleza está en sus manifestaciones de furor; entonces es cuando salen, porque son ellos que animan a los espíritus del mal...

—¿Así que corrió la voz de la aparición de Mandinga en los alrededores de Casilda? ¿Sabe que es curioso eso?...

—No se hablaba de otra cosa en el pueblo al día siguiente...

—Pero ustedes habrían podido desmentir la versión, explicar de que se trataba...

—¡Para qué!... ¡Al contrario!... Hubo un convenio entre los dos únicos que estábamos al tanto de la cosa: prometimos guardar silencio y nos moríamos de risa cada vez que se hablaba de Mandinga, del hombre negro alto así y... muy grueso.

—No era para menos...

—Se dará cuenta ahora como habiendo sido yo mismo, sin quererlo, un fantasma, haya terminado por dar poco crédito a los otros... Cuantas veces he oído hablar de «viudas» y... aparecidos, me volvía a la memoria la noche esa...

—¡Bueno, bueno!... No olvide usted nunca que no puede haber falsificación de un artículo cualquiera si no existe el producto legítimo. Hay que cuidarse de las falsificaciones. Eso sí... «Mefiez vous des imitations!»... Mas como hay fantasmas tipo Casilda, los hay también legítimos... ¡De pura uva!... ¡No le quepa la menor duda!...

De Navarro

La señorita Jorgelina Calstenton, directora de la escuela N.° 22, con los alumnos que concurrieron a la fiesta llevada a cabo para celebrar el fin del curso.



Del verano en la estación
es bueno el baño de mar,
pero no hay que desechar
el uso de un buen jabón.

Pues siempre alguna aspereza
deja en el cuerpo la ola,
y el agua no es, por sí sola,
la base de la limpieza.

Por esto, la Nicolasa,
que es mucama de Asunción
tiene dispuesto el jabón,
después del baño, en la casa,

para que así la señora
con **REUTER** siempre se lave
y conserve el cutis suave
que la hace tan seductora.



Comisión de señoritas y caballeros que tuvieron a su cargo la dirección de las romerias con el fin de allegar fondos para la constitución de un club social.

EL PERIÓDICO MÁS ANTIGUO QUE SE REGISTRA EN LA HISTORIA

El más antiguo de los periódicos que se registran en la historia se titulaba «Acta popular romani diurnay» y data del año 168 antes de Jesucristo. El único ejemplar que se conserva ofrece el estilo de los noticieros de hoy.

He aquí la traducción del latín:

—Hoy, 29 de marzo, ha ejercido las funciones gubernamentales el cónsul Libinio.

—Una gran tempestad se desencadenó esta mañana. Cayó un rayo por la parte del mediodía, cerca de la loma Veli, y ha destrozado una encina, partiéndola en dos.

—En la taberna llamada del Oso, cerca de la loma de Jano, hubo una reyerta, de la que salió gravemente herido el tabernero.

—El edil Titinio ha castigado á los carniceros con una multa, porque vendían al pueblo una carne que no había sido previamente revisada por las autoridades.

Las multas sirvieron para levantar una capilla en la dehesa.

—El banquero Asidio, cuyas oficinas tienen como muestra un escudo cimbrio, se ha fugado llevándose una suma considerable. Perseguido por la fuerza pública, fué alcanzado.

El pretor Fontejas le obligó a restituir el dinero que le habían confiado.

—El capitán de ladrones Dennipho, detenido en Neavi, ha sido crucificado esta mañana.

—La flota cartiginesa ha entrado hoy en el puerto de Ostia.

Como se ve, existían entonces los medios de información, aunque no los modernos, a la americana.

CONSULTORIO

N.º 1960. — ¿Cuál era el fruto prohibido?

EMILIO VIDAL. — La Plata.

Por qué y cómo se ha llegado a considerar la manzana como el fruto del árbol prohibido del Paraíso, es un enigma que nadie acierta a explicar, porque en el Génesis, donde se relata el incidente del "árbol del Bien y del Mal", no se nombra el fruto. Todo lo que se dice es: "Y vió la mujer que el árbol era bueno para comer y que era agradable a los ojos, y árbol codiciado para alcanzar la sabiluria; y tomó de su fruto y comió, y dió también a su marido, el cual comió así como ella..."

Hay bastantes personas aficionadas a estos estudios que opinan que el fruto prohibido no era la manzana, sino el membrillo, cuya fragancia goza de gran estima entre los orientales.

El membrillo es un fruto consagrado a Venus y así se dice en muchos escritos antiguos. En Babilonia ocupa Ishtar puesto análogo al de la Venus de la mitología romana, y no hay que olvidar que la historia de la Creación procede de Babilonia. Así, pues, todos los datos y antecedentes parecen indicar que el fruto del árbol del Bien y del Mal era el membrillo.

N.º 1961. — ¿Cuántos anillos usa el Papa.

RAFAEL V. SOROL. — Ciudad.

El Papa tiene tres anillos especiales para su uso. El primero es uno generalmente de oro algo sencillo, con un mitagio o adorno de camafeo. Este es llamado anillo papal. El segundo es lamado anillo pontifical, porque solamente se usa cuando el Papa pontifica u oficia; es preciosísimo. El que era usado en otras ocasiones por Pío IX fué hecho durante el reinado de Pío VII, cuyo nombre está grabado adentro. Es de purísimo oro, de admirable hechura, incrustado con un diamante oblongo y muy largo. Costó 30 mil francos y tiene la cerradura por dentro, por lo cual puede hacerse más grande o más pequeño para ajustarlo al dedo del que lo usa.

El anillo del pescador, llamado así porque tiene una figura de San Pedro y una barca, es un anillo de oro con su frente oval, llevando el nombre del Pontífice reinante grabado alrededor y arriba de la figura del Apóstol. El anillo pesa dos onzas. Primero fué un anillo privado y no oficial desde el siglo XV, y es ahora el anillo oficial del Papa y el principal anillo.

N.º 1962. — ¿Cuándo se fabricaron los primeros licores?

MOJADO. — La Plata.

Como el arte de la destilación no se descubrió hasta la Edad Media, los antiguos no conocieron los licores; sin embargo de esto, fabricaban unas bebidas algo parecidas fermentando o mezclando con los vinos otras sustancias, y a tal perfección llegaron en esto, que se hicieron bebidas tan embriagadoras que fué necesario prohibir el empleo de algunas a las mujeres; tal sucedió con la combinación que hacían de vino añejo mezclado con miel.

El primer licor que se conoció, y del cual habla el famoso médico español Arnaldo de Vilanova, fué el "agua de oro", que era una composición hecha con aguardiente, hierbas aromáticas, especias y partículas de oro. Otro licor, también muy favorecido, fué el "agua clarita", que se fabricaba con aguardiente, canela, azúcar y agua de rosas.

Los poetas del siglo XIII hablan de los licores como de una cosa deliciosa. Los vinos artificiales, consistentes en infusiones de plantas medicinales o aromáticas, se emplearon frecuentemente como medicamento y hasta como veneno, pues Fredegunda envenenó con vino de miel y ajenjo a un señor que frecuentemente la reprochaba de asesina de Pretextato.

N.º 1963.—¿El football es un juego muy antiguo?

AFICIONADO. — Ciudad.

Se cree generalmente que el football es un juego que data, a lo sumo, de los comienzos de la Edad Media; pero del estudio de las antiguas obras literarias chinas se deduce que en el Celeste Imperio se practicaba este deporte algunos siglos antes de que Julio César fuese dueño del mundo occidental. Su invención debe remontarse, cuando menos, a aquellos emperadores chinos, casi míticos, que florecieron tres mil años antes de Cristo.

El emperador Cheng-Ti, cuyo reinado duró del año 32 al 36 antes de nuestra Era, fué un gran aficionado al football. Sus cortesanos quisieron hacerle ver que semejante diversión, aparte de ser muy fatigosa, resultaba poco conforme con la dignidad imperial; pero el emperador no hizo caso, a pesar de que se procuró que la emperatriz influyese en su ánimo proponiéndole otros juegos.

Para celebrar el cumpleaños del emperador, era costumbre jugar un partido de football en presencia del mismo. Los "goals" eran una especie de bastidores de seda, de diez metros de altura, en cuyo centro se practicaba un agujero de medio metro de diámetro. Por ese agujero era por donde había que meter la pelota. Los jugadores del "team" vencedor recibían como recompensa flores, frutas, vino, piezas de brocato y unas grandes bolas de plata maciza, mientras que al capitán del "team" derrotado se le condenaba a recibir unos cuantos latigazos. Tanto era el entusiasmo por el juego, que los poetas y los historiadores conservaron los nombres de los más notables "footballers" y los legaron a la posteridad, cual si fuesen los de grandes héroes.

N.º 1964. — ¿Desde qué época se conocen los perfumes.

SILVITA Z. — La Plata.

El uso de los perfumes data de la más remota antigüedad. José, vendido por sus hermanos, fué conducido a Egipto por mercaderes de perfumes. En Atenas el uso de los perfumes llegó a tal extremo que Solón creyó que era necesario prohibirlos. Los judios usaban perfumes en sus ceremonias religiosas (canela, mirra, áloe). Los romanos se apoderaban de grandes cantidades de perfumes de las regiones que conquistaban. Y en Roma existía una corporación de perfumistas. La extracción industrial moderna de los perfumes de las flores se hace de diversos modos; pero el método más usado es la destilación con el alambique. La acción del calor es a menudo brutal para ciertos perfumes demasiado delicados, y para extraer éstos (resedá, violeta, rosa), se emplea el sistema de maceración, que consiste en mezclar la flor con grasa disuelta, y ponerlo todo al fuego dulce. La grasa se impregna así de perfumes y bastará después lavarla con alcohol para que éste se impregne a su vez de ese perfume. Los perfumes animales son relativamente pocos: el ámbar gris, el almizcle, la algalia, el castor. El ámbar gris es un cálculo accidental que se forma en el intestino de un gran cetáceo, el cachalote, el cual está embebecido de ese olor persistentísimo debido a los cefalópodos de que se nutre. El almizcle se extrae de una glándula del gamo almizclado, animal de la familia del ciervo, que vive en las altiplanicies del Himalaya y del Tonkín. La algalia es segregada por el gato de algalia, y el castor por el mamífero del mismo nombre.

N.º 1965. — ¿Cuál es el sitio más cálido del mundo?

NEGRO SOROL. — Ciudad.

El Valle de la Muerte, una árida planicie de California de unos 240 kilómetros de largo por 19 de ancho, conceptúase como el chicharrero de la Tierra.

La máxima temperatura observada en aquel inmenso horno es de 57 grados centígrados, que supera en mucho a las del desierto arábigo y regiones ecuatoriales africanas. Hasta a media noche, el calor es tan enorme que el termómetro marca 40 grados. Durante el verano el suelo quema como una plancha de hierro, debido al alto poder absorbente de sus componentes salinos; pues es de notar que el terreno de este lugar de desolación es un inmenso depósito de bórax, allí acumulado por evaporación de las aguas de un lago. Este valle, que está a unos 200 metros bajo el nivel del mar, expiótanlo los americanos que han instalado un ferrocarril con el cual obtienen tres millones de toneladas de bórax cada año.

S. S. — Estudiante.
Lo que pregunta usted en su carta puede ser debido a varias causas, por lo que le aconsejamos consulte a un médico. La salida de la barba no implica la aparición de granos.

Estudiante. — Ciudad.
Concurra a la Asistencia Pública, donde atenderán su pedido.

X. X. — Ciudad.
Diríjase al consulado de ese país, en el cual lo atenderán.

Martín Chávez. — Lanús.
Se publicó en el número 1224 de "Caras y Caretas". Puede verlo en nuestras oficinas.

R. V. S. — Tucumán.
El número normal de respiraciones es de 16 por minuto. Llámase a ese fenómeno "polipnea térmica". En cualquier libro de Fisiología.

A. M. F. — Para acogerse a los beneficios de la ley 11.173 sólo le serán computados los servicios que haya prestado como empleado u obrero ferroviario.


Sabrosa y
Sazonadora,
tanto en la
mesa como
en la cocina,
es
LA SALSA
Lea & Perrins
la
verdadera
y ORIGINAL
Worcestershire
Sauce

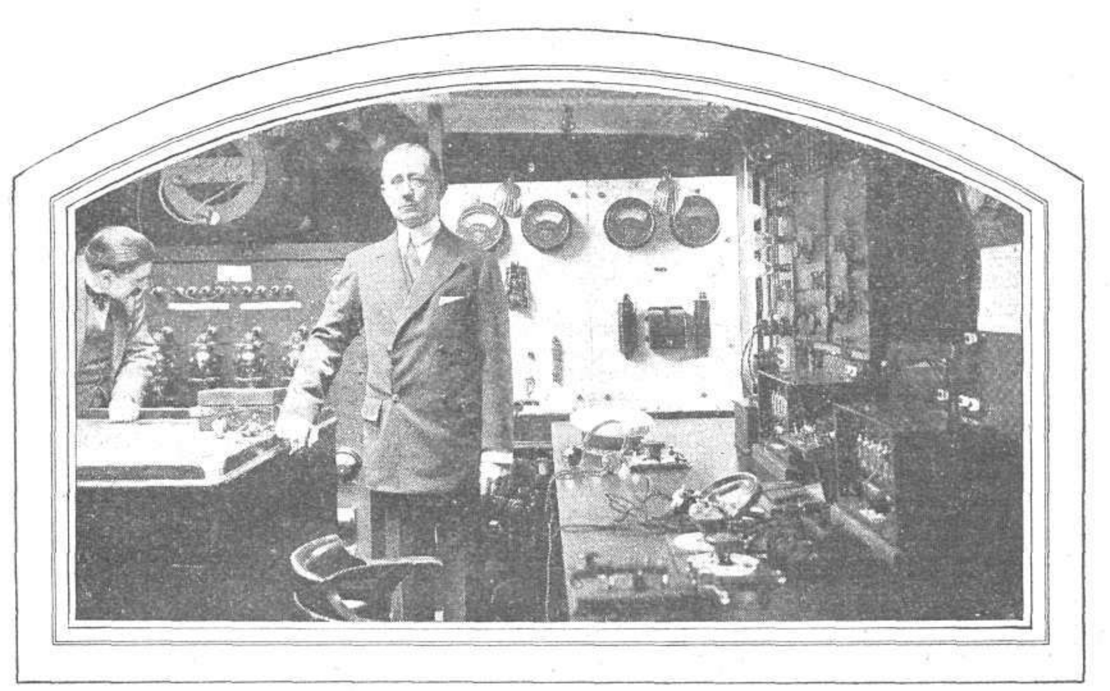

MORNY
LONDON
JABONES DE
BAÑO DE LUJO
perfumados con–
"CHAMINADE"
"MYSTÉRIEUSE"
"TRIOMPHE"
"JUNE ROSES"
"NOCTURNE"
"SÉRÉNADE" y
"NUIT DE CARNAVAL"
Los Jabones de Baño Morny convierten el ritual del Cuarto de Baño en un delicio lujoso.
Se venden exclusivamente por los comerciantes en perfumería de alta clase:
POR MAYOR:- SUCESIÓN DIEGO GIBSON
DEFENSA 192 — BUENOS AIRES
REPRESENTANTE:- J. M. DENOVAN
SAN MARTIN 233 - BUENOS AIRES


LIGAS
PARIS
Busque usted la marca de fábrica de Ligas Paris.
Le garantiza a usted completa satisfacción en las ligas.
PARIS
GARTERS
No metal can touch you
se confeccionan de modo que ajusten a la pierna y que proporcionen la mayor comodidad y utilidad. Sus broches con cojín de goma patentados impiden que se rasgue hasta el más delgado calcetín de seda.
Pida usted siempre las Ligas Paris
A. STEIN & COMPANY
Fabricantes-Chicago, E. U. A.
NO ACEPTE IMITACIONES

Público que asistió al festival realizado en la escuela municipal de esta localidad el día de la clausura de las clases.

De Conhello (F. C. O.)

El director de la escuela N.° 162, señor Rosendo Guiñazú, con los alumnos y vecinos que clausuraron el año escolar con una hermosa fiesta.



El ilustre Marconi en el gabinete de estudio en su yate "Electra".

Guillermo Marconi

LEJANDRO VOLTA, el físico lombardo, cuando inventara la pila, no hubiese nunca imaginado que su descubrimiento, sencillo en sí, daría en el curso de un siglo otro cariz a la civilización. Sin embargo, toda nuestra civilización actual, quien bien medite, es hija de aquel descubrimiento, pues nosotros hoy vivimos de electricidad.

Que la humanidad haya ganado mucho, yo no me atrevería a jurarlo; no cabe duda de que se ve mejor con las bujías eléctricas que con las velas de sebo o los quinqués de aceite; pero, a pesar de ello, los misterios, misterios quedan; que se corra más en los tranvías y en los trenes eléctricos, es cierto: pero nunca se llega al paraje de la felicidad. Lo cual no tiene nada que ver con estas líneas que estoy escribiendo, las cuales no quieren ser otra cosa que una semblanza superficial de Guillermo Marconi, el joven hombre de ciencia que, después de haber llevado a la madurez el problema de la telegrafía sin hilos, está aplicando su sistema inalámbrico también a la telefonía.

Guillermo Marconi nació en Bolonia en 1875, de padre italiano y madre inglesa; y su educación la recibió en la tierra de su madre, adquiriendo idioma, modales, gustos ingleses. En 1910, cuando vino a la Argentina, a pesar de haber vivido más de tres lustros en Italia, todavía se expresaba con marcado acento inglés; y su estilo, en lo poco que escribe, tiene toda la rigidez geometrica de los ingleses.

Es un alumno de Augusto Righi, el mago de la física italiana; aquel Righi tan modesto en su grandeza que se ha dejado robar la gloria de muchas invenciones sin protestar. El telégrafo inalámbrico, inventado por Marconi, es una construcción científica de la cual Righi había echado los cimientos; y esta verdad, si agrega una hoja a la guirnalda de Righi, no quita nada a la gloria de Guillermo Marconi, pues es él el que puso su esclarecido talento al servicio del importante problema; es él quien lo llevó, desde el silencio académico de los experimentos de gabinete, hasta el vértice de las antenas, realidad vibrante, adquisición soberana del intelecto, conquista altísima, medio excelente para el intercambio rápido de las ideas entre los pueblos. No hay que olvidar a ninguno de los que contribuyeron al invento de Guillermo Marconi: ya hemos tributado nuestra admiración a Augusto Righi, el más grande de los físicos; nuestra admiración alcanza también a Hertz, el que, descubriendo las ondas que llevan su nombre, dió a Marconi el elemento principal e indispensable para su invento; y al físico francés Brauly que, contemporáneamente a Marconi, había alcanzado óptimos resultados en el mismo sentido, sin lograr la fórmula definitiva que encontró Marconi, la fórmula práctica que industrializó (para usar un verbo feo en materia científica) e hizo fácil la aplicación del invento.

También Guillermo Marconi tuvo que luchar, en los primeros tiempos de su invención, contra la desconfianza y el indiferentismo de todos. La perezosa gente del mundo, misoneísta de suyo, no podía aceptar sin resistencia dos cosas que tenían mucho de nuevo y sorprendente: primero, que un muchacho de veinte años pudiese ser descubridor; segundo, que fuera posible hablar desde una ciudad a otra, desde un puerto a una nave en ruta en medio del océano sin necesidad de alambres o de cables. Dígase lo que se quiera, son muchos todavía los que, sin tener el valor de decirlo, piensan que Copérnico fué un embustero, y que tenía razón Josué cuando le mandó al Sol que se parara. Son muchos los que, sentados plácidamente en la azotea, en la hora de la puesta, no llegan a convencerse de que el sol, que ellos ven bajar al horizonte, está inmóvil, y que la tierra se parezca a un trompo.

Guillermo Marconi, afortunadamente, tenía fe en sí mismo; y afortunadamente también su invento podía demostrarse con relativa facilidad; pero ni la tal fe ni la tal facilidad hubiesen bastado si bajo el invento de Marconi no hubiera habido los fundamentos de un gran negocio: no fueron los amantes de la ciencia, fueron los hombres de negocios los que ayudaron a Marconi; y sólo más tarde vino la admiración de la platea y hasta la ayuda de los gobiernos, especialmente la del gobierno de Italia, que puso a disposición del joven inventor un navío de guerra para que pudiese ensanchar sus experimentos y perfeccionar sus aparatos.

Los hombres somos malos: el uso más amplio del marconigrama fué hecho durante la guerra mundial; y el invento que hubiera debido ser un nuevo lazo entre los hombres, para multiplicar sus comercios, para estrechar sus amistades, fué tan sólo un medio terrible de destrucción y de matanza.

Sin embargo, el telégrafo sin hilos, dando a los buques el instrumento vocal para estar en comunicación entre sí a lo largo de las travesías oceánicas, salvó a miles de existencias en la hora del peligro; por virtud de Guillermo Marconi, cuando una nave, perdida en la inmensidad del mar, se encuentra en peligro, lanza desde sus antenas un llamado al infinito, y aquel llamado vibra instantáneamente a muchas leguas en rededor, y otros buques lo recogen y acuden a salvar a los seres víctimas de alguno de esos percances tan fáciles en navegación.

Guillermo Marconi, que perdió un ojo en un desgraciado accidente, no se ha dejado desarmar por el triunfo; ha seguido en los estudios, perfeccionando cada día más su invento; y hoy, a los cuarenta y seis años, nos promete la realización de otro milagro mayor: la telefonía sin hilos. Hay — ¡cómo no debía haber! — quien duda; los menos pesimistas afirman, sin saber nada de nada, que aunque Marconi realizara la nueva hazaña científica, nunca llegaría a hacerla práctica, porque saldría demasiado cara la conversación a través del espacio.

Hay que dejar a los pesimistas en su piélago de negación; ellos no tienen la culpa del desaliento que siembran; son pobres hombres sin fe y sin esperanza; son los vencidos sin luchar, son los que no pueden admitir que en la vida valgan algo el estudio, la voluntad, la sagrada fiebre creadora.

Nosotros esperamos que Guillermo Marconi realice y complemente su nuevo invento, y le deseamos muchos años de existencia, convencidos de que Dios seguirá sirviéndose de él para ofrendar a los hombres nuevos medios de comprender su grandeza y de creer en la vida, y de vivir mejorándose, subiendo.

I T A L I C U S



CARNAVAL 1923

GRAN CONCURSO INFANTIL DE TRAJES DE DISFRAZ

En el edificio de la fotografía BIXIO & CASTIGLIONI, C. Pellegrini, 760, se llevará a cabo durante los tres días de Carnaval un gran concurso infantil de trajes de disfraz. Podrán participar en él todos los niños que concurran durante las horas habilitadas al efecto, o sea de 8 a 18.

El jurado discernirá los siguientes premios:

2 primeros premios de 5 argentinos oro (uno para varones y otro para niñas).

2 segundos premios de 3 argentinos oro.

2 terceros premios de 1 argentino oro.

Además se otorgarán, independientemente de los mencionados, 10 premios más, consistentes en una espléndida ampliación fotográfica pintada en colores con su correspondiente marco, la que será también obsequiada a los favorecidos con los primeros, segundos y terceros premios. La fotografía de los premiados será publicada en los diarios y revistas de mayor circulación.

CONCURRA CON SUS NIÑOS DURANTE LOS DIAS DE CARNAVAL A

C. Pellegrini 760

Entre Córdoba y Viamonte.

Bixio & Castiglioni

B C



EN VEZ DE TRABAJO

RESULTA UN PLACER



usando la **Plancha "CONFORT"**

recién llegada de Norte América, ricamente nikelada.

Funcionan con gas de nafta que las mismas producen.

GRAN SURTIDO de COCINAS a NAFTA

especiales para casas de familia.

TIPO EXTRANJERO



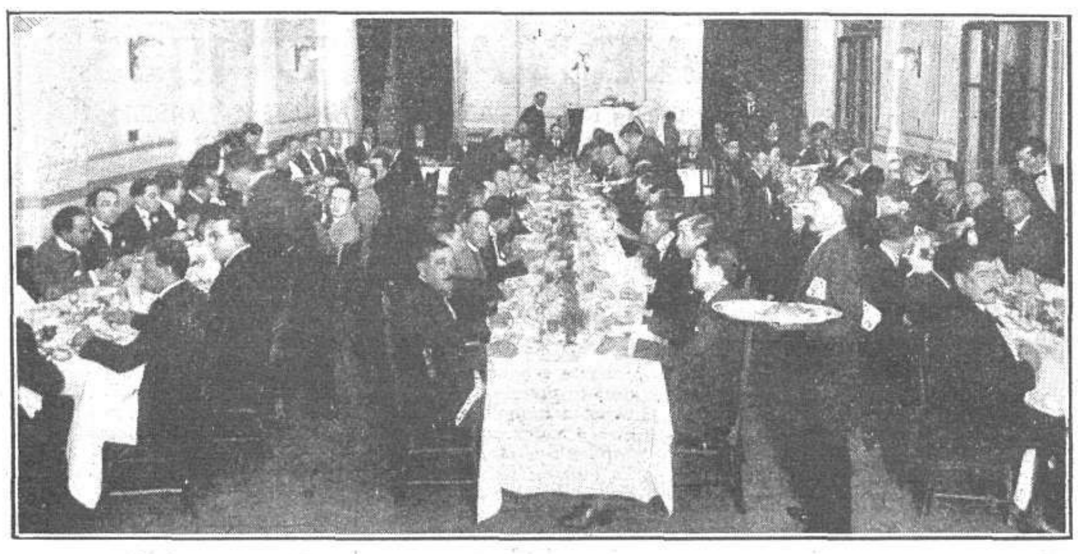
Pidan catálogo 16-F a

CUARETA Y BARBERIS

VICTORIA, 3179-89

BUENOS AIRES

De Lomas de Zamora



Banquete ofrecido al señor Juan Vallejo Rivera en los salones del Club Español en ocasión de sus bodas de plata con el periodismo.

¿SE DEBE O NO FUMAR?

Muchas veces ha sido planteado este problema a los médicos y a los higienistas, y las respuestas han sido desconcertantes, porque, han sido frecuentemente contradictorias. En esta vez triunfan los enemigos del tabaco, porque, según dice «The Journal», un gran médico inglés ha estudiado los efectos del tabaco sobre el organismo humano, llegando a conclusiones terroríficas. He aquí, en fin, la lista verdaderamente tétrica de los males a que conduce el abuso del tabaco: somnolencia, desórdenes cerebrales, reblandecimiento del cerebro, irritación tonsilar, mal de la garganta, olor fétido de la piel, mal aliento, gases, apendicitis, alteración de los riñones, desórdenes nasales, indiscreción, degeneración moral, manía criminal. Y estos son, al decir del catastrófico médico, los males menores. ¿Cuáles son los mayores?... No lo dice. Pero algo es verdaderamente curioso: la diversidad de efectos producidos por una misma causa. ¡La indiscreción y la apendicitis!

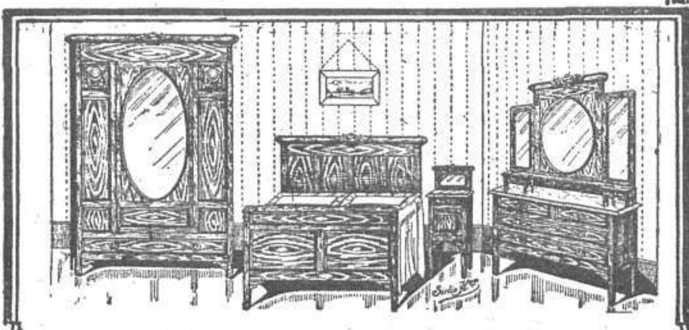
Sirlin Hnos Muebles

CORRIENTES 1172-80

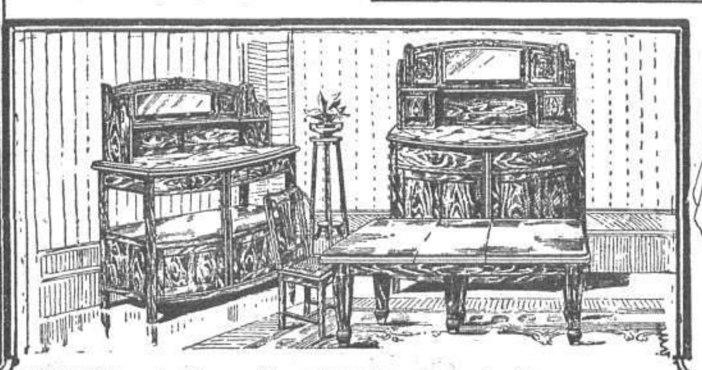
Buenos-Aires.



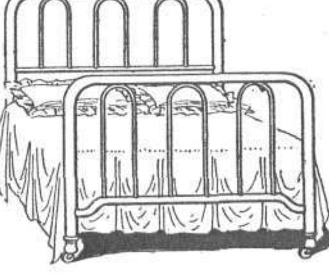
GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, lunas biseladas, herrajes de bronce; medidas: alto 215 ctm. ancho 143 ctm. Precio de **Gran Reclame**....... $ **75.—**
El mismo con 2 cajones y luna grande $ 85.-



DORMITORIO construído en roble norteamericano, de 2 plazas, lustrado finamente a muñeca, lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce, mármoles de color seleccionado; compuesto de 1 ropero amplio formato, 1 cama matrimonial con elástico reforzado, 1 toilett forma cómoda, 1 mesa luz con repisa y 1 toallero, **$ 290.—** El mismo juego imitación perfecta al roble, $ **225.-**



COMEDOR construído en roble norteamericano, forma bombée en amplio formato; compuesto de 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas reforzadas asiento de esterilla, 1 mesa roble tabla de repuesto, lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce, mármoles en colores seleccionados. El juego completo, según detalle, pesos **340.—** Aparador y trinchante....................... $ **235.-**



CAMA de hierro esmaltada en blanco con elástico imperial, reforzado a doble tejido, 2 plazas, pesos **45.—**, 1 ½ plaza, **$ 35.—**, 1 plaza................. $ **25.-**



Modelo 306.— **HELADERA** importada revestida interiormente con chapa de acero esmaltado blanco, con canilla y depósito ara agua

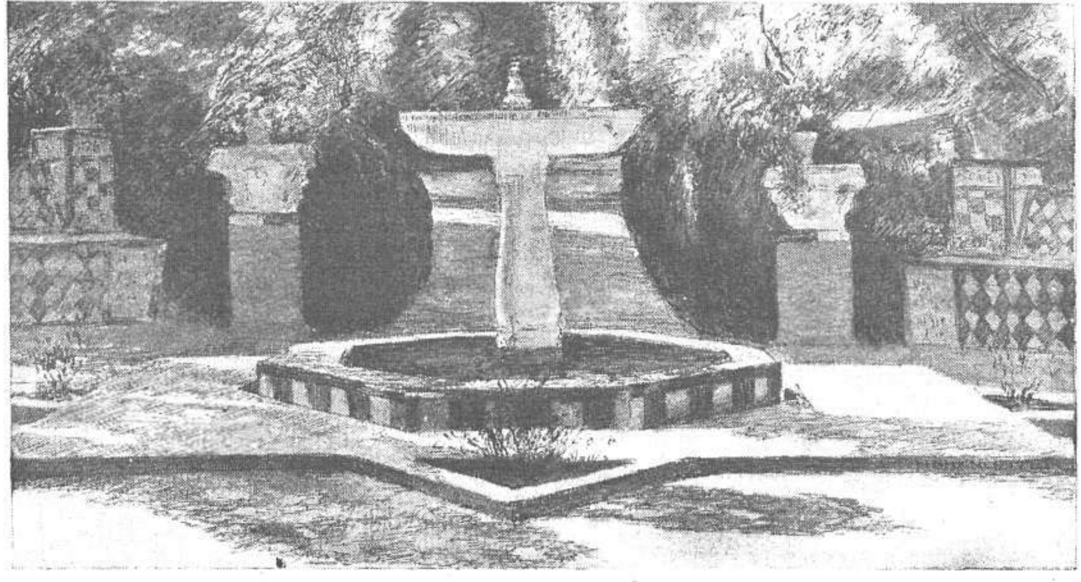
$ 150.-

Otros modelos

N.º 303	Medida:	105×54×37..........	$ 75.—
» 304	»	107×58×42..........	» 85.—
» 305	»	110×59×44..........	» 115.—

Catálogo exclusivo de Muebles en general. Edición N.º 8.
Catálogo exclusivo de Heladeras. Edición N.º 1.
Se envian gratis a quien los solicite.





 Jardines de Murillo.  

Los jardines



Los jardines son el supremo encanto y la suprema gracia de la ciudad, y son a ella lo que la risa al niño, los luminares al cielo, la gala y el donaire a la mujer. Una ciudad sin jardines es como una moza enlutada, un niño triste y enfermo, un cielo entoldado; una ciudad muy adusta con todas las apariencias de la vejez.

Siempre que recordamos a Granada, a Valencia, a Málaga, lo más próximo a nuestro recuerdo son sus cármenes, sus huertas, sus jardines; son la hermosura y la fragancia y el aroma de sus flores, don el más preciado de la varia y rica y espléndida naturaleza. Y sobre todo, cuando se hace memoria o se mienta el nombre de Sevilla, la maga, la reina ciudad de la Andalucía. Como sus graciosas mujeres, así toda la urbe está engalanada con flores. Todas las casas son como gigantescos búcaros para contenerlas; y así se lucen en los misteriosos patios, tras de las cancelas, en los balcones y en el pretil de las azoteas soleadas. Todas las plazas parece también que han sido trazadas para la crianza y exposición de las flores, y por eso los primorosos jardines de las del Museo, Duque de la Victoria, Pacífico y la más bella y emocional del Triunfo. Y en todos los rincones y en todas las explanadas, los magos jardines dan el tono armónico que hace de la ciudad una maravilla y un placer de los sentidos.

Famosos son los jardines encantadores del Alcázar, mansión de Reyes. Por entre los afiligranados ventanales que dan su cegadora luz a las estancias pintadas en oro, y en verdes y en azules y en rojos colores purísimos, se entretejen los jazmineros con sus estrellitas blancas y las enredaderas de campanillas; en sus patios silenciosos que festonean los verdes y lozanos naranjos, los rosales de todas las rosas y los geranios y los claveles son como una bendición de colores y de fragancias; y en las plazoletas que enmarcan los macizos de boj y de perfumados arrayanes, las fuentecillas de mármoles blancos o de azulejos brilladores preludian su rítmica canción como acordada con suspiros, arrullos y rumor de besos, trinos del amanecer del día y quejas doloridas de la negra noche. El misterio es el alma siempre remozada de estos jardines que vieron plantar los ojos enamorados de aquel rey galán y justiciero, y los de aquella gloriosa mujer, doña María de Padilla, que hacía enloquecer de amores al rey castellano.

En el brillar del día, los jardines del Alcázar llamean, y su espíritu revive en cada instante luminoso, confundido con los reflejos de los eternos soles.

Entre las sombras de la noche serena son sus murmullos como un ritornello de canciones de tiempos lejanos en que el amor y la belleza eran todo el ideal de la vida y toda la aspiración de las almas.

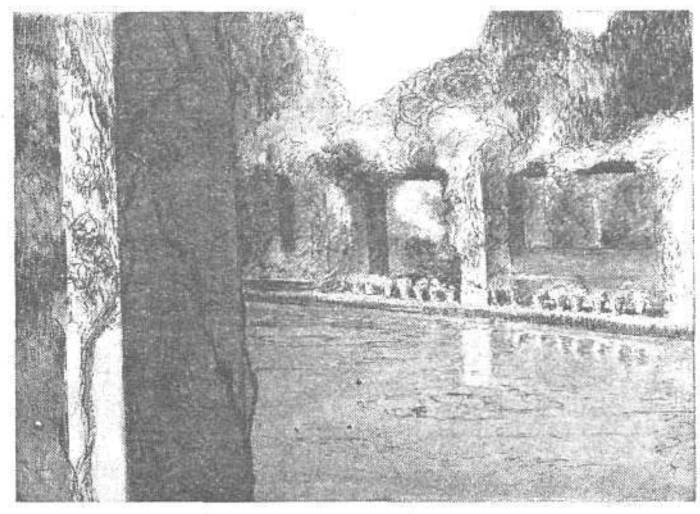
¿Y el encanto de los novísimos jardines de Murillo?

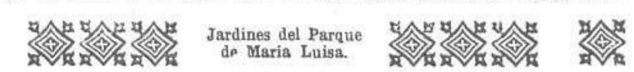
Como amparados y protegidos están al naciente del embrujado barrio de Santa Cruz, que añora la judería, y alrededor de las viejas torres y carcomidas murallas del Alcázar. Tienen toda la gracia de la mocedad y toda la fortaleza de la juventud. En ellos las acacias, blancas y rosadas, las madreselvas, los granados de flores carmíneas, los alelíes y las flamenquillas; los asientos de azulejos de la Alfarería, las fuentes y los arcos entretegidos de rosales de pitiminí; la plazoleta en recuerdo de aquel genio de la pintura de las costumbres populares, García Ramos.

Todo es apacible, resplandeciente, florido y como ofrendado a la alegría y a la salud.

Por su parte, los antiguos jardines de las Delicias, donde se juraron amor nuestros abuelos, tienen la fisonomía de un viejo tapiz, de jardín otoñal, aun cuando todo florece lleno de fragancia en Primavera.

Jardín con pátina, de palmeras centenarias y de naranjos y cipreses añosos, son estos jardines de las Delicias Viejas, dorados, con un delicado olor a rosas secas *en el mes* de María de la capillita humilde. Mas ninguno en magnificencia y en grandeza y hermosura como los del Parque de María Luisa.





Jardines del Parque de María Luisa.

Allí los corpulentos árboles con cortinas de yedra; los claros estanques sembrados de nenúfares; los rincones sombríos donde el silencio es sólo turbado por la monorrítmica cantata del surtidor, y los luminosos donde las rosas florecen como rojos corazones y como llamas y los naranjos dan sus frutos gustosos; las arcadas de cipreses, cuyos dorados senderos conducen al triunfo del amor ante la estatua de Afrodita; los caminos misteriosos bajo los emparrados que el sol acierta a traspasar poniendo como saetas enjoyadas entre la fronda y como una deshojadura de oro sobre el otro oro del albero; allí, en fin, tantas y tantas flores como si los jardines enloquecieran y fueran flores sus desvaríos.



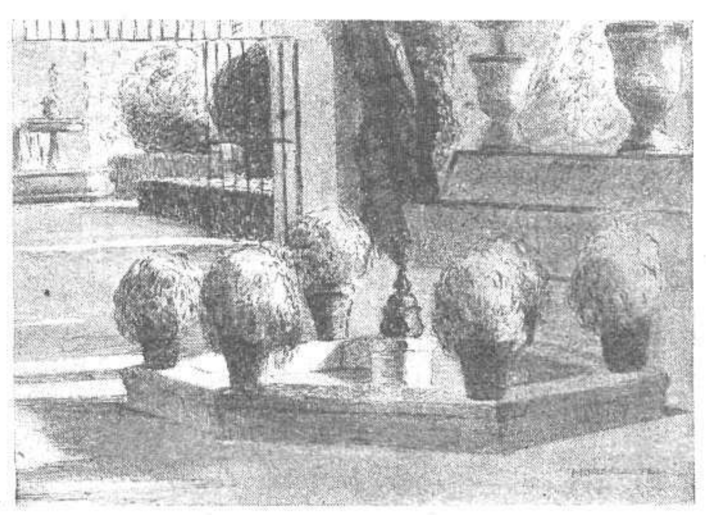
Y todos sus jardines dan a la gentil ciudad tales aspectos de alegría y galanura, que sin ellos no se concibiera tan maravillosa a la bien afamada.

En cambio, qué soso y qué sin hermosura el Madrid cortesano... Sus jardines sin flores son jardines sin alma ni juventud; y qué bien le estaría a la imperial Toledo una guirnalda de rosas y de nardos oreintales...

Un día visitamos a la castellana Segovia con todo el ánimo abierto para su admiración. Era el día de la fiesta del Patrono y había toros y músicas y una inusitada afluencia de mujeres venidas de todas sus cercanías. Mas, a pesar de ello y de su Acueducto y de su Catedral y de su Alcázar, como no tiene jardines, Segovia nos parecía tan seria como un trofeo sin corona.

Sólo cuando en uno de sus balcones vimos un clavel florecido, creímos en la realidad de que el pueblo estaba de fiesta y que sonreía.

Porque solamente las flores y los jardines son la alegría y como el amor regocijado de las ciudades.



Playa de Sanlúcar de Barrameda, enero 1923.

J. MUÑOZ SAN ROMAN



Jardines del Alcázar.



El señor Giardino Ugolino con las personas que asistieron al almuerzo campestre que ofreció a sus obreros.

EL TELÉGRAFO DE LOS INDIOS

La costumbre que los moros tienen, en tiempo de guerra, de avisarse y comunicarse por medio de hogueras es bien conocida, pero no sabemos que nadie haya dado con la clave exacta de esta telegrafía óptica. Los indígenas de América, en los tiempos de sus guerras con los conquistadores, guerras muy parecidas a la de los montañeses marroquíes contra españoles y franceses, empleaban los mismos medios de comunicación; pero su código telegráfico es perfectamente conocido. Una columna de humo quería decir: «¡Cuidado! ¡Hay enemigos cerca!». Tres columnas de humo juntas significaban peligro inminente, y dos querían decir: «Acampad aquí».

De noche los indios no se comunicaban con hogueras, sino lanzando al aire flechas de fuego que surcaban el espacio como cohetes. Estas flechas se preparaban envolviendo la punta en tiras de corteza impregnadas de un buen combustible, y sólo se disparaban para indicar peligro. Una sola significaba que había enemigos cerca; dos, que existía peligro seguro; tres, que el peligro era muy grande, y muchas flechas luminosas en sucesión venían a significar: «El enemigo es demasiado numeroso; debemos retirarnos».


Cuantas veces uno da o ingiere
la dosis de un remedio que debe provocar una reacción y sin embargo lejos está de producirla, dado a que el farmaceútico no ha preparado la receta tal como debía ser.
La característica que siempre
ha distinguido nuestras dos farmacias, la de Defensa 168 y la de Florida 159, es que en ellas se preparan las recetas tal como lo indica la prescripción y con productos puros y frescos. Médicos y enfermos, que esto saben, dicen siempre que para recetas como para buen servicio hay que ir a lo de Gibson.
Nuestros precios, además, nunca pasan de lo que realmente vale lo que se entrega.
Diego Gibson
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
168, DEFEN A, 192
Unica Sucursal: Florida, 159 (Pasaje Güemes).
Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida.

Nuevos tenedores de libros. - Rosario



Señor Severo Stringaro. Señor Lucio P. B. Bersano.



Banquete dado a los pilotos aviadores militares, componentes de la escuadrilla de caza que visitó a Santa Fe, por sus colegas del regimiento 12 de Infantería.



Señor Pascual Airasca. Señor Leopoldo Frenzi. Concurrentes al banquete ofrecido por los propietarios del balneario de Guadalupe a los periodistas locales y a los representantes de los diarios de la capital federal.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

DEL LIBRO DEL SEÑOR ENRIQUE L. REPETTO TITULADO

"TELEFONIA MODERNA AL ALCANCE DE TODOS"

Vamos a estudiar ahora la forma de obtener la producción de las ondas continuas, o sea aquellas cuya amplitud es invariable y constante.

Sabemos que un condensador con una self en paralelo constituye un circuito oscilante, y que la carga del condensador, y su descarga en dicho circuito, produce en el mismo una corriente alterna de muy elevada frecuencia, pero de amplitud variable hasta desaparecer, para quedar en condiciones de repetir el fenómeno.

Esas descargas del condensador se asemejan al péndulo, en el cual un impulso inicial le hace describir una serie de oscilaciones, pero que van disminuyendo de amplitud lentamente hasta detenerse.

Si pudiéramos, por cualquier medio, dar al péndulo, en cada oscilación, un pequeño impulso de manera de restituirle la energía que consume en su movimiento, llegaríamos a obtener movimientos continuos del péndulo y, especialmente, de amplitud siempre igual, o sea constante.

Debemos, pues, encontrar un medio que nos permita entregar al condensador del circuito oscilante, para cada oscilación, una cantidad de energía eléctrica que permita que las oscilaciones sean todas iguales.

Ahora bien; si colocamos ese circuito oscilante en el circuito de placa de una lámpara audión, la corriente de este circuito permitirá adquirir al condensador una carga determinada para descargarse en el circuito propio, pero el fenómeno se produce una sola vez en el momento de conectar la batería de placa o de encender el filamento, y como la corriente circula en un solo sentido no puede recibir el segundo impulso necesario, y el fenómeno se anula.

Circuito generador de oscilaciones de alta frecuencia.

Tenemos necesidad, pues, de hacer que la corriente de placa se interrumpa un igual número de veces, como frecuencia del circuito oscilante, de manera que de cada vez que se establece el circuito el condensador reciba la carga necesaria.

Sabemos que uno de los medios para interrumpir la corriente de placa consiste en variar el potencial de la reja, y esto se comprenderá fácilmente estudiando el fenómeno en el gráfico de la figura núm. 87.

Como debemos producir variaciones de corriente lo más grandes posibles se comprende que nos conviene trabajar en un punto alto de la característica, de manera de obtener una corriente máxima en la placa.

Podemos, pues, hacer coincidir que el momento en que se produce el paso de corriente coincida con el momento inmediato a aquel en que se produce la primera oscilación del circuito, de manera que la corriente de placa restituya al mismo la pequeña fracción de corriente consumida y coloca al condensador en condiciones de producir una nueva descarga oscilante en el momento en que la corriente de placa se interrumpe.

Los experimentadores han sabido hallar esta forma sencilla de producir las interrupciones en el circuito de placa utilizando para ese fin un juego de bobina, como el representado en la figura núm. 88.

Colocamos en el circuito de placa una bobina en forma de solenoide, por ejemplo, la cual puede acoplarse sobre otra semejante intercalada en el circuito de la reja, pero teniendo especial cuidado de que sus conexiones sean inversas a las de la primera.

Al cerrarse el circuito de placa, se produce por la bobina A un paso de corriente en el sentido filamento placa, corriente que, al circular por la bobina, crea un determinado campo magnético, dentro del cual se encuentra la segunda bobina B, en la cual, como ya hemos explicado, se origina una corriente inducida.

La corriente que se induce es de igual sentido, pero como hemos tomado la precaución de invertir las conexiones de la misma, resulta que esta segunda corriente es de sentido inverso a la primaria, o sea circula en el sentido de la flecha f''; es decir, sobre la reja se aplica un potencial negativo que interrumpe la corriente de placa.

Una parte del fenómeno se ha producido ya.

El condensador del circuito oscilante, que se cargó en ese instante, al interrumpirse la corriente, inicia su primera oscilación, pero en la bobina de placa, como se llama vulgarmente a la bobina A, la interrupción de la corriente crea en la misma, debido a su self inducción, una corriente que circula en sentido contrario al anterior.

Esta corriente, lo mismo que la primera, crea un campo magnético, y como consecuencia engendra una corriente en la bobina de reja B, pero ésta de sentido inverso, y como la corriente de la bobina de placa es actualmente la indicada por la flecha f''', el sentido de la corriente en la segunda bobina está indicada por la flecha f'''', es decir, inversa a la anterior, de manera que sobre la reja se aplica un potencial positivo que permite el paso de electrones y restablece la corriente de placa.

Este momento coincide con el final de la oscilación del circuito oscilante y el condensador repone la carga desperdiciada y vuelve a estar en condiciones de reproducir el fenómeno en cuanto se interrumpa la corriente, como queda explicado, por una variación del potencial de la reja.

A esta pequeña oscilación de reducido valor sigue otra más enérgica, y así continúa aumentando hasta llegar a la amplitud propia del circuito.

Esta condición de mantener oscilaciones depende también de una sintonización, como la que se realiza para el receptor, y la frecuencia del circuito oscilante debe estar en resonancia con la del circuito antena tierra, o sea que la onda propia de los dos circuitos sea igual para obtener el máximo de rendimiento.

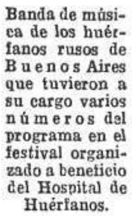
Esta sintonización se efectúa también por medio de bobinas y condensadores, dependiendo el empleo de éstas del circuito empleado, que son muy numerosos y que responden a todos los fines de utilización.

Estos circuitos están todos basados en el mismo principio, pero difieren en la forma, las cuales son defendidas por cada casa fabricante de aparatos y conviniendo a determinadas lámparas audión.

La reja de la lámpara, como en los casos anteriores, hay gran interés en que sea negativa, pues de esta manera se anula en parte la corriente de la misma, que con lámparas de gran poder llega a ser considerable.

Al circuito que hemos obtenido, y que está oscilando a una frecuencia muy elevada y con amplitud constante, lo podemos conectar al circuito antena tierra uniendo el condensador, de manera que las oscilaciones de alta frecuencia son aplicadas a este nuevo circuito, que está ahora en condiciones de emitir ondas electromagnéticas, de igual manera como ocurría con los transmisores de telégrafo, diferenciándose de éstas únicamente en que son de amplitud constante y continuamente son emitidas por el generador, de donde el nombre de ondas continuas, mientras que aquéllas eran de amplitud decreciente y se producían periódicamente con la chispa, dando origen a los trenes de ondas.

De Rosario



Banda de música de los huérfanos rusos de Buenos Aires que tuvieron a su cargo varios números del programa en el festival organizado a beneficio del Hospital de Huérfanos.



Aspecto que presentaba la sala del Buckingham Palace durante el festival benéfico organizado por la colectividad israelita.



«MADELEINE»

A base de la «estrella» Ria Jeude» película muy entretenida, es un perfecto desarrollo folletinesco que no desdeñaría en firmar Javier de Montepin o Ponson du Terrail.

Según las reglas «clásicas» que rigen el género dramático-enredoso, esta «Madeleine» es el arquetipo de la doncella hermosa, huérfana y sentimental cuyas aventuras, poquito a poco, van enfocándose todas para realzar su figura, coronándola de gloria y de felicidad. Amén.

He aquí cuatro pinceladas del «interesante» argumento, muy parecido, por cierto, a muchos de los capítulos de las aventuras de Rocambole:

Madeleine es abandonada por su padrastro, un villano a pesar de ser «noble»; la recoge, pensando explotarla, una pareja dueña de un figón malaventurado en donde trabaja como una burra y le tasan la comida.

Empero, la casualidad — la diosa protectora de los infelices — llega en la persona de Verville, un tipo que, con el natural egoísmo de verse recompensado con el cariño de la guapa moza, se las arregla para ponerla en comunicación con su padrastro, el noble villano; y cuando Madeleine cree que va a ser recibida, éste le envía un rollito de papiros bancarios para que se consuele, pero no la recibe.

Pasan muchas cosas... Nuestra heroína «resulta» que posee una admirable voz y se hace cantante, y luego, ya en tren de lujo y exhibición, conoce al hijo de su padrastro, un rico tipo que juega a las carreras y que Madeleine conquista en un dos por tres, con premeditada venganza porque quiere castigar en él las infamias del viejo.

Y como Madeleine es una mujer de agallas, lo bastante deslumbradora para ofuscar a media docena de aristócratas, conquista al condesito, lo separa de su esposa, le promete, le cumple, le arruina y le obliga a suicidarse. *¡Tableau!*

El padrastro (vale más tarde que nunca) la perdona cuando teme que el diablo cargue con su alma; le deja todas sus muchas riquezas y ella las reparte a los pobres, embarcándose para América y tropezándose a bordo con su amigo Verville, con el cual — previas algunas conducentes explicaciones — se casa a pesar de todos los pesares.

¿Quieren ustedes más folletín?

«CÉSAR BIROTTEAU»

Es un episodio balzaciano objetivado con acierto en la Pantalla por artistas discretos y expresivos y en una sucesión de escenas que logran reflejar el interés literario del libro «El gato que pelotea», del genial autor.

Tipos muy humanos muévense en esta película, acuciados por todo linaje de preocupaciones y puestos de relieve, en todos sus aspectos sociales, por la mano del maestro de la novela francesa.

Una excelente película.

«EL SECRETO DE UN BERGANTÍN»

Nos procura escenas marítimas en que todos los actores cumplen a conciencia. El barco, y el agua, y la tripulación, y las maniobras, y los protagonistas, todo funciona admirablemente, con perfecto verismo, sin trucos ni componendas apreciables a simple vista.

Katte Hach, una heroína muy simpática, luce su figura marinera con sugestiva arrogancia, y ello nos distrajo de la solemne tontería del argumento.

«TEMPESTAD»

Es la cinta número diez mil y pico en las interminables series *cow-boyescas* que nos asedian, unas buenas, otras regulares y no pocas malas.

Aquí interviene Mary Walcamps, la popular y rutilante «estrella». Ella y la tempestad que de «veras» se desencadena son lo único que llamaron nuestra atención curiosa.

«LA CAMARERA FRANCESA»

Es interpretada por la muy plástica actriz Vivian Martín, pizpireta y sentimental, risueña y seria, mimosa y grave... según las escenas que represente su proteica naturaleza femenina.

El carácter ambiguo de esta cinta no pudo convencernos por artificioso, pero, en cambio, fotográficamente, esta producción es digna de toda alabanza.

«EL HUÉRFANO»

Contiene escenas de artística y honda impresión merced a las cualidades representativas del protagonista William Farnum, uno de los buenos actores yanquis cuya adaptabilidad escénica es tan múltiple como ajustada. Sus caracterizaciones acusan el esmero en la realización exacta de los papeles que se le encomiendan, dando al público una agradable y verdadera sensación del tipo.

El argumento de esta cinta consiste en la porfiada lucha que entabla este desvalido por alcanzar el sosiego y el pan a que todos tenemos derecho; sus andanzas miserables van paulatinamente enderezándole hacia la ardua conquista emprendida, y al fin consigue acomodarse, adquiriendo posición y afectos.

Son recomendables estas cintas; son como lecciones de energía que estimulan nuestras actividades con el sano propósito de hacernos provechosos a nosotros mismos y a la sociedad, mostrándonos, con ejemplos objetivos, la eficacia del trabajo honrado e inteligente. Todo hombre que no produce, que se abandona inerme y miedoso en el camino de su existencia, constituye un ser «negativo», un parásito social, algo que estorba en la constante progresión de la cultura y economía de los pueblos.

Bien; hemos moralizado un poquito, pero nuestro comentario es oportuno y lógicamente deducido de la película en cuestión, digna de verse.

«LA MUCHACHA AVENTURERA»

Lo es, en esta cinta movida, una «estrella» buena moza, modelo de garbosidad y lo bastante expresiva para reconciliarnos con la mediocre producción en que actúa durante cinco actos arbitrarios y saltarines. Gladys Walton, la heroína, sale incólume, según la tradición cinematográfica yanqui, de todas sus «experiencias» aventureras, concluyendo *bien* y felizmente de acuerdo con los citados cánones.

Bueno; la hemos contemplado a ella y nos basta.

CHAPLÍN Y POLA NEGRI

Esa pareja, que representa una humorada dramática dentro de la escena muda, ha anunciado al mundo sus próximos exponsales. Lo grotesco genial y lo intenso dramático que palpita en estos dos representativos, abrázanse en tierno e íntimo consorcio para filmar el metraje de sus amores... una cinta privada, no espectacular. El espectáculo vendrá cuando se divorcien, expediente ya conocido de ambos y que no cuesta gran cosa cuando no hay pibes de por medio. En Yanquilandía existen abogados especialistas en divorcios y, además, las elásticas leyes sobre la materia difieren según los Estados de la Unión, de manera que es fácil desunirse con cualquier motivo.

«ANA, LA DE LAS SELVAS»

Es un interesante melodrama pelicular en que abundan tipos, paisajes y costumbres nacionales muy bien vistas, notables conjuntos artísticos que la cámara ha logrado enfocar con sumo acierto, y luego, sobre estos cuadros, el drama de Ana — Winifred Westower, la conocida «estrella» — se va desenvolviendo bastante curiosamente, en escenas pasionales no desprovistas de cierta originalidad. Una cinta que se contempla con agrado y que, en algunas partes, resulta de intenso cosquilleo sentimental.

Digna de verse.

MARY MILES MINTER

«Estrella» de la Paramount, después de siete años de presentarse ante el objetivo fotográfico ha decidido retirarse del arte, mejor dicho: cambiar de terreno y dedicarse a las tablas «habladas».

Aparentemente, la razón de este brusco salto parece un capricho; no se explica que, en pleno éxito, se eclipse esta linda muñeca de pelo rubio y ensortijado, de ojos color de firmamento limpio, de poco más de cinco pies de estatura y de un sonreir mareante. No se explica, porque las explicaciones que se dan a la publicidad esconden siempre los verdaderos móviles...: celos, rivalidades, las preferencias de un director, el reparto de los papeles, etc.

Porque, de puertas adentro, las humanas pasioncillas también se debaten en Cinelandia.

Y riñen como diablillos, ellas y ellos.

NARCISO ROBLEDAL.



Origen de los disfraces y máscaras

Tan antiguo como puede ser el arte del disimulo lo es el de enmascararse, ya que el disfraz no es otra cosa que el anhelo de ocultar, disimular la propia personalidad. Así empleamos como figura retórica el decir: *quitarse uno la máscara*, por dejar el disimulo y decir lo que se siente; *arrancar a uno la careta*, por hacer palpable su falsía.

Los estudios etnográficos y etnológicos demuestran sin género de duda alguno que en el miedo y en las pueriles concepciones religiosas del hombre primitivo tuvieron su origen los disfraces, merced a los cuales podían pasar inadvertidos ante un enemigo más poderoso, acercarse a él sin ser notado o ahuyentarle infundiéndole terror al revestirse con una máscara horripilante. La idea del *animismo* predominante en las primeras fases de la cultura, que admite el alma de las cosas y los espíritus, demonios, genios más o menos maléficos poblando el mundo, de los que hay que defenderse empleando para ello los mismos medios que dan resultado contra los enemigos visibles.

La literatura antigua trata la careta tan sólo desde este aspecto, es decir, como medio de defensa para ahuyentar o engañar a los demonios. Los latinos llamaban también a la careta *larvas*, de *larva*, espectro. El mito griego de la cabeza de la Gorgona en su origen no fué otra cosa que una careta tan horrible que su vista paralizaba de terror.

Hay que distinguir en sus orígenes varias clases de caretas: religiosas, guerreras, mortuorias, de justicia y, por último, aparecen las del teatro y baile. El uso de las primeras se funda en que no hay un espíritu igual al otro; siempre alguno es más fuerte, y el débil procura, por todos los medios, igualarse o superar a su rival. Los sacerdotes eran los que estudiaban tales cuestiones y ellos se reservaban el uso de las caretas del culto. Los budistas conservan hoy día las caretas demoníacas en sus ritos. Las caretas de guerra tenían la doble misión de proteger la cabeza y rostro y asustar al enemigo con su aspecto furibundo. Su empleo fué grande en todas las épocas, y aun la usan muchos pueblos de raza negra y malaya; en el Japón recibe la careta de guerra el nombre de *Dajak*.

La máscara mortuoria tenía por misión proteger al difunto en sus viajes de ultratumba, espantando a los demonios.

Las máscaras de justicia permitían administrar ésta sin ser reconocido, evitando así posibles venganzas. La costumbre se ha perpetuado, y no sólo se mantiene entre los pueblos salvajes, sino que las sociedades secretas, entre los que por más cultos se tienen, encubren con una máscara los atropellos que cometen en nombre de mal entendida justicia.

La máscara teatral deriva directamente de la religiosa y de ella a su vez procede la de baile. Ambas clases de caretas se extendieron de una manera prodigiosa en todos los países y épocas.

Hoy tenemos nuevas caretas: las militares protectoras contra los gases venenosos que se emplearon en la última guerra, las deportivas, y las benéficas, inventadas para los operadores asegurando la mas perfecta asepsia en las intervenciones quirúrgicas.

El máscara de hierro. — La historia de Francia da este nombre, que popularizó Dumas en una de sus más conocidas novelas, a un prisionero de Estado que estuvo encerrado, sucesivamente, en Pignerol (Francia), en la isla de Santa Margarita y en la Bastilla de París, donde murió en 1703. Llevaba constantemente una careta de terciopelo negro sujeta por un aparato de hierro. Fué enterrado bajo el nombre de Marchiali en el cementerio de San Pablo. No se sabe con certeza quien era dicho personaje; en él unos han querido ver al conde de Vermandois, hijo de Luis XIV con la señorita de La Valliére; otros al duque de Beaufort, al duque de Montmouth, a Mathioli, antiguo ministro del duque de Mantua, al superintendente Fouquet, a un hijo adulterino del duque de Buckingham y de Ana de Austria, y los más, debido a la fantasía de Dumas, reconocen bajo el *máscara de hierro* al hermano gemelo del Rey Sol.



Su cutis encantador

mantendrá siempre el privilegio real de parecer una flor de primavera si se aplica diariamente la higiénica e insuperable

Crema LECHUGA

(J. Beauchamphs)

Además de la suavidad y frescura que otorga al cutis, evita los granos, pecas y arrugas que tanto afean y molestan.

Esta crema se expende en envases de loza y vidrio esmerilado.

Pídala en Tiendas y Farmacias.

Exíjase en estas Especialidades nuestra marca registrada «LA LECHUGA»

Unicos Agentes:

DIAZ Hermanos

Cabildo, 2175 al 2185-Bs. Aires

En Montevideo:
DEL-CO y Cía.
Soriano, 1135

Blancura inmaculada

pueden ostentar perennemente todas las damas que para el cuidado de la piel usan con constancia

Agua HELENA

excelente preparación a base de éter, que elimina la excesiva grasitud del cutis, lo purifica y deja suave como el terciopelo.

Si en su farmacia no encuentra Agua HELENA, remítanos pesos 2.50 y se la enviaremos franco de porte.



Las cenizas de Mireya Dávalos

Adolfo Muntaner despertó de su corto descanso con el sobresalto angustioso de la realidad. Por un momento, bajo la inconsciencia del sueño, había olvidado la tremenda desgracia, que ahora le aparecía con toda su trágica certidumbre. Sí, allí, a dos pasos de él, se velaba el cuerpo de la mujer que había adorado durante un año en el más tierno y ferviente de los idilios: el cuerpo de Mireya Dávalos, su amante.

Sacudió la cabeza con desesperación, sin fuerzas ya para sufrir, tratando de no imaginarse el cuadro que las cuatro velas alumbraban con fantástica claridad. Confusamente, sin embargo, se le presentaban los días pasados a su cabecera durante la enfermedad, que fué tan breve cómo implacable. Aquel constante gemir parecía sonarle siempre en el oído, mezclado con un nauseabundo olor a medicinas... La frente ardorosa, la mano de fuego que a veces buscaba la suya y, sin fuerzas, se le quedaba un instante como muerta ya, hasta que un nuevo ataque la agitaba y hacía retorcerse en el lecho... Los últimos instantes por fin, el adiós supremo...

Muntaner se estremeció convulsivamente, quitándose el abrigo. Por un momento pareció reposar sin ningún recuerdo que lo turbara. Pero su imaginación sobreexcitada no le daba un punto de reposo. Aunque él mismo no se explicaba cómo tenía valor para ello, se puso a pensar en el túmulo que haría construír para guardar el cuerpo. Elegiría el mármol. Pensó primero en una columna truncada, pero inmediatamente recordó haberla visto en todos los talleres de sepulcros... Era una vulgaridad: rechazó la idea. Mejor sería hacer tallar una copa, en cuyo borde una paloma...

No podía concluir la composición. Le dolía el cerebro y las imágenes que le asediaban le hacían el efecto de puntas de fuego. Veía mausoleos por todas partes. Cruces de mármol con una corona de rosas... Un ángel más allá, que sonaba la trompeta sobre un gran túmulo lleno de letras doradas...

Trató de no pensar más en aquello. Pero entonces echóse a recordar los dulces días pasados al lado de su amante, en aquella casita junto al mar, adonde acudían de mañana y de tarde para correr sobre la arena abrazados y mirándose en los ojos...

Suspiró profundamente y se sentó en el lecho. Enseguida se le ocurrió la determinación que debía tomar: el cuerpo sería incinerado, y de su gran amor conservaría las cenizas. Las vió ya como un leve polvillo blanco llenando el cóncavo hueco de la urna, última copa de su amor, que los años no podrían ni desbordar ni disminuir... El pensamiento en adelante reposaría allí libre de toda impureza... Las cenizas le darían la certidumbre de una eternidad.

Se levantó con pesadez y, caminando como un convaleciente, cruzó el patio. Algunos amigos conversaban en voz baja; llamó a uno de ellos y habló con él un corto momento. Después el amigo salió. Muntaner le había pedido que hiciera preparar en el cementerio la ceremonia de la Purificación.

Tuvo el valor de asistir a ella. Mireya Dávalos, envuelta en el sudario, con sus negras pestañas caídas sobre la blancura exangüe del rostro, parecía una monja ofrecida en desposorio a la Muerte. Una monja pecadora a quien era preciso lavar entre las olas ardientes, aliviar de su cuerpo que sólo para el placer viviera, dejándolo limpio de toda mácula, en un puñado de cenizas... La vió desaparecer por la boca del horno incinerador... la vió todavía removerse, levantarse al contacto del fuego que le distendía las facciones, incorporarse lentamente, como si fuera a revivir...

Los amigos le sacaron desmayado.

Y ahora, solo en su habitación, con la negra urna de bronce, una urna sencilla de viejo estilo etrusco, llena hasta los bordes de ceniza, Muntaner se entregaba con taciturna desesperación a recordar su novela trunca, la historia destrozada de su amor. A su lado, sobre las sillas, por el sofá y las mesas, había esparcidos palpitantes recuerdos de la mujer amada. Retratos de mil tamaños, en múltiples posturas y trajes, o en semidesnudos estatuarios que ponían de relieve las líneas esculturales de Mireya, su modelado fino y nervioso, como estremecido por una marea interior... Sus ropas de calle, leves como un humo de seda, a cuyo conjuro la carne parece adquirir morbideces inesperadas... Sus batones de casa, su ropa interior... esta ropa sobre todo, que parecía guardar la huella íntima de su ser, exhalando todavía un vago perfume de piel, mezcla de esencias habituales y olores de vida... Allí estaba la huella casi palpable de su paso. Y Muntaner hundía la cabeza entre las batistas de fresca suavidad, entre las sedas de satinada tibieza...

Las lágrimas corrían de sus ojos. Se levantó. Caminando dos pasos llegóse hasta el trípode donde descansaba la urna y la abrió. Un polvo fino, blanco, impalpable casi, la llenaba... Sintió una tentación irresistible y, tomando entre sus dedos una pulgarada, la puso sobre su lengua. Ligeramente salada, la ceniza le dejó en la boca una sensación de sequedad tan hostil, que tapando de nuevo la urna se apartó, midiendo a largos pasos la habitación.

Recordaba sus lejanos estudios en la escuela de agronomía. La ceniza, rica en fosfatos, en sales de potasa, cal, era un fertilizante de primer orden. Calculó la cantidad que allí habría, la cantidad de tierra que sería necesaria, el tamaño de la maceta... Sí, podría emplearse, dar vitalidad a una planta, que

luego devolvería en flores el hálito de amor de que se había nutrido...

Pensó en una gran mata de claveles rojos. Pero el color, demasiado sanguíneo, le desconcertó. Llegó a imaginarse el sensual perfume, y abandonó en seguida la idea. No, el clavel era de una realidad cruda y palpitante: no evocaba recuerdos, sólo despertaba instintos...

Se decidió por una planta de lirios morados. Adquirió una maceta de barro cocido, con bajorrelieves de estilo griego, cuya noble serenidad le sedujo inmediatamente. Tenía ya prontas media docena de raíces de lirio holandés, y cuando hubo mezclado la tierra y la ceniza con una fría conciencia de agrónomo, entregó a ellas las raíces para que la naturaleza realizara su transformación.



Y al aproximarse la primavera nacieron varias hojas, verdes, enhiestas como carnosos puñales, que luego se abrían como una vaina de donde brotaban nuevas hojas en una rápida vegetación, que el calor y el riego estimulaban.

La maceta, reposando sobre un trébede de hierro, ocupaba el centro de su sala de lectura, cuyos ventanales de vidrio, que se abrían al aire y al sol, obraban sobre las plantas con la atmósfera propicia de un invernáculo.

Una mañana Muntaner se arrastró pesadamente hasta su refugio de meditación. Un embalsamado hálito le dilató el pecho de improviso, le despertó en el alma una dulzura de vivir que le hizo entornar los párpados y sentarse sobre un sofá. Al levantar los ojos vió sobre la mata de lirios una gran flor morada, toda abierta, como un incensario por donde se escapaba un perfume casi espiritual... Dió un grito y, cayendo de rodillas, abrazó la planta, la besó, la bañó de lágrimas mientras sus labios le decían antiguas palabras de amor, le murmuraban en secreto la pena recóndita de su corazón huérfano, inconsolable...

Y la flor se balanceaba dulcemente, exhalaba su aliento suavísimo...

Muntaner sentía que el alma de Mireya estaba allí, casi le hablaba, palpitante de amor. Y se quedó ese día y el siguiente en muda contemplación del lirio, por cuyas venas sutiles corría transformada la misma substancia que en otrora moviera el corazón amado, circulara por todo el cuerpo ardoroso y bello.

Pero el lirio alentaba un perfume de una frialdad casta dentro de su cáliz morado, enigmático, como una flor mortuoria. Vivía, pero recordando demasiado a la muerte.

Y este sentimiento de una vida incompleta, de una cadena vital a quien faltaba el eslabón más fuerte, fué entibiando su exaltación, le hizo mirar al fin con huraña indiferencia la planta sombría, que falta de riego y cuidado no dió ya más flores, hasta que el verano ardiente la secó.

Al llegar el otoño Muntaner pensó que las porciones de fósforo y cal habían sido poco asimiladas por el lirio. Casi podría decirse que toda la riqueza fertilizante de las cenizas permanecía intacta dentro de la maceta, pues son las espigas las que más la absorben para su formación. Y entonces concibió la idea de sembrar una gramínea, para transformar en granos la esencia de su amor, hacerlo una cosa en realidad viviente. Y así fué.

Después de preparar la tierra, sembró un puñado de semillas de trigo, grandes casi como guisantes, que vió brotar al poco tiempo y crecer en la primavera, echando un macollo magnífico, de donde salieron más de doscientas espigas.

Como una cabellera de sirena primero, dorada después, crujiente al menor soplo de la brisa, la gran mata de trigo se apretaba en un solo haz, se levantaba como un penacho. Mientras tanto, las raíces bebían ansiosas la cal, las sales de potasa, los fosfatos que saturaban aquella tierra, transmutándolos en su secreto laboratorio, haciéndolos tallos, hojas, granos de trigo...

Muntaner ceñía con un abrazo estrecho su maduro trigal, que olía a fécula, a cabello limpio de mujer, y que parecía devolverle su ardiente caricia.

Segó después las espigas y, luego de extraerles los granos, él mismo, usando de un procedimiento primitivo, los fué machacando y reduciendo a una harina tosca y morena, con la cual pudo luego formar la masa para hacer un pan.

Y esa noche, en su mesa solitaria servida por un criado silencioso, cortó y comió lentamente de aquel pan donde, sin duda, existía en esencia el cuerpo de la mujer amada. El proceso nutritivo de la vida animal iría a mezclarle con su ser para que viviera de nuevo con él una vida íntima, entre el calor de su propia sangre, para que fuera otra vez deseo, otra vez pensamiento y amor...

Y resultó que Adolfo Muntaner, después que hubo comido el pan ácimo de su antigua pasión, empezó a notar que algo echaba flores de nuevo dentro de su pecho. Y mientras el pasado comenzaba a borrarse, todas sus miradas, sus impulsos, tendían hacia adelante.

Se le vió otra vez en los paseos, en su cátedra, en los teatros. Y un día se presentó en una fiesta, llevando del brazo a una hermosa mujer con quien se acababa de unir, porque, según decía, había sorprendido en sus ojos o en sus labios no sabía qué reminiscencias de su primer amor...

Lo que, por lo demás, nada tendría de extraño. En cuanto a la maceta, olvidada en un sombrío rincón del jardín, llenóse de ortigas que acechan siempre el paso de Muntaner para clavarle su ponzoña. Pero éste, ocupado ahora en transformaciones de otra índole, nunca se acuerda de pasar por allí...



El gobernador, señor Octaviano Vera, con un núcleo de asistentes al lunch servido en la Caja Popular el día de su inauguración.

Banquete en honor al director del diario "Assalam", señor Wadi Schamún, al que concurrieron representantes del poder ejecutivo provincial, prensa local y miembros de la colectividad sirio-libanense.

AGRICULTURA

EVOLUCION NECESARIA

Las condiciones del mercado internacional, la situación en que se encuentran las naciones civilizadas del mundo y el lugar prominente que la Argentina ocupa en el campo de la producción, impone a nuestros estadistas, como a los hombres de trabajo, la realización de un vasto programa de labor; y los agricultores, que son los agentes inmediatos de la producción nacional más valiosa y ponderable, tienen el suyo bien claro, definido, terminante e improrrogable.

Se podría condensarlo en una sola frase: Producir mucho y producir barato. Pero para conseguirlo hay que reformar, mejorar y perfeccionar el gran mecanismo de nuestra industria madre y, si descendiéramos a detalles, fácil es advertir que la tarea magna debe empezar, de parte de los agricultores, en limitar la extensión de la chacra a lo que permiten los medios y elementos de trabajo de que disponen y orientar después su trabajo hacia la explotación mixta agrícolo-ganadera; proseguir después con la adopción de procedimientos culturales mejorados, y concluir al último con una buena organización económica y comercial a base de cooperativas de compraventa y consumo.

Son éstas, a grandes líneas, las bases que constituyen el plan de orientación y de trabajo que debe llevarnos a la realización de los resultados que mencionamos.

Analizando estos puntos, aun sin profundizar demasiado, entendemos que el agricultor, y especialmente el arrendatario, no debe explotar doscientas o más hectáreas si no tiene animales y maquinarias más que para cien; forzosamente deberá hacer siempre un trabajo mal hecho, empezando a arar en mayo para terminar en agosto, sembrando por tanto a destiempo y cosechando entre mil dificultades.

En lugar de dedicar todas sus actividades y elementos a uno o dos cultivos solamente, el agricultor inteligente deberá ampliar cuanto más sea posible el cuadro de sus cultivos y adoptar además una explotación mixta agrícolo-ganadera, destinando una parte de su chacra a la cría y engorde de hacienda, empezando de a poco, se entiende, para asegurar así el éxito anual de su empresa. Aunque la ganadería esté actualmente en crisis, más que la agricultura, es de creer que esta condición es transitoria y que volverán los tiempos normales. Como quiera que sea, la explotación única, agrícola o ganadera solamente, siempre resultará más aleatoria que la explotación mixta.

Como perfeccionamiento del sistema, reclamamos la implantación de la granja, por lo menos en sus industrias auxiliares: cría de aves, de cerdos, algo de tambo, quinta y huerta, en proporciones adecuadas y con el fin aunque no sea más que de producir lo necesario para la alimentación de la familia del colono durante todo el año, sin necesidad de comprar carne, grasa, verduras, frutas, pan, etc.

Mejorar los procedimientos culturales por medio de racionales rotaciones agrícolas, labores profundas, repetidas y oportunas, selección de semillas, siembras a tiempo y cosecha cuidadosamente realizada son otros tantos detalles cuya importancia no necesita demostración, pues sabemos, por práctica, que el chacarero pierde plata, por lo general, desde que ara la tierra para la siembra, hasta que cosecha.

Y en fin, organizar la compra de sus artículos de primera necesidad y la venta de sus productos, para abaratar el precio de los primeros y valorizar en su más alto grado los últimos, por medio de cooperativas de compraventa y consumo, constituirá el coronamiento de esta obra encaminada al mayor perfeccionamiento de la industria agrícola y al más alto beneficio para el productor.

He aquí, a grandes trazos, el vasto plan de trabajo que ha de acometer con urgencia y sin vacilaciones el agricultor, y a cuya realización deben colaborar, aunque por distintos caminos, el gobierno con sus iniciativas acertadas y sus instituciones de fomento y de enseñanza; las empresas ferroviarias con sus servicios agrícolas de informes, consultas, etc., y los que, modestamente, desde las columnas del periodismo nacional aportan el fruto de su saber y de sus experiencias y práctica profesional, ofreciéndoselos espontáneamente a los agricultores para su mayor beneficio y para el engrandecimiento de las industrias nacionales.

PLANTAS FORRAJERAS: EL PASTO DEL SUDAN

Se nos consulta, y de varias y opuestas regiones, sobre la conveniencia del cultivo de esta forrajera, relativamente nueva por su reciente difusión en el país, y debemos advertir, desde luego, que esta planta, por su origen y exigencias, es propia de zonas cálidas, y más especialmente para las de secano.

Por su rusticidad se adapta a toda clase de suelos, pero prefiere los de mediana consistencia, profundos y sanos; para su preparación conviene dar dos rejas al suelo; la primera con bastante anticipación a la siembra, y la segunda un poco antes de esta operación y, en zona de secano, siempre después de una lluvia; la rastreada inmediata con rastra de dientes o de discos es de ley.



Plantación de pasto del Sudán a los dos meses de la siembra, en la provincia de Santiago del Estero.

Cuando se puede la siembra se efectúa en primavera, en septiembre u octubre; pero en zona de secano puede hacerse también hasta enero, aprovechando las lluvias estivales; sin embargo, la siembra normal y de mayores resultados es la temprana.

Esta operación se realiza a máquina generalmente y en líneas distantes treinta centímetros, empleando para ellos la sembradora común de trigo, tapando alimentador por medio; se echan de 15 a 18 kilogramos de semilla por hectárea, la que debe quedar de 4 a 5 centímetros de profundidad. Cuando las plantas empiezan a granar, estando los granos aun verdes, se procede al corte, que se efectúa con guadañadora de alfalfa; después de desecados, se amontonan los tallos y se emparvan de manera análoga a la alfalfa; si se corta para ensilaje, se amontona el pasto con rastrillo, y se lleva cuanto antes a las fosas o silos.

Esta planta es bianual, donde no hiela fuerte en invierno, y puede dar muy bien dos cortes por año en zona de secano y el doble en la región húmeda, de un rendimiento de hasta 10 toneladas por hectárea de pasto seco; de pasto verde, en buenas condiciones de clima y suelo, puede dar hasta 40 toneladas por la misma extensión y por corte; su valor alimenticio es bastante alto, pues contiene de 10 a 12 % de materias proteicas.

Trátase, pues, como se ve de un pasto excelente y de buenos rendimientos, muy adecuado para zonas donde la alfalfa es de difícil explotación y, por tanto, muy recomendable.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrón.



Autoridades del Tiro Federal Argentino Alta Gracia durante el acto de la distribución de los premios a los ganadores del concurso "Pro Monumento del General San Martín en Wáshington".

De Concepción Arenal.

Para la mayor parte de las cosas importantes que constituyen la prosperidad y el progreso de los pueblos modernos, no puede haber *opinión pública* cuando falta *acción pública*. No entendemos por opinión el ruido que hacen al hablar unas cuantas personas, que no se oye sino por el silencio de los más; que no tienen idea exacta del asunto que tratan, considerado generalmente por ellos, no como *objeto* sino como *medio*, ni de los hechos que procuran manipular de modo que sirvan de argumentos. Cuando se oyen ciertos discursos o se leen ciertos libros de los amigos del pueblo y de los que le son hostiles, al considerar las cosas que afirman y que niegan, lo que esperan y lo que temen, ocurre la idea de que ni unos ni otros deben conocerle, porque de otro modo no dirían de él ni tanto bien ni tanto mal.

Y lo que sucede en las cuestiones políticas acontece en las sociales; solamente que en éstas la opinión se extravía, se debilita, se hace más imposible, separándose de la acción.

No son teorías sino declamaciones, las que se apartan de la experiencia y de la práctica de la sociedad, cuyos vicios no enfrenarán ciertamente los que carecen de virtudes sociales, aunque pongan una cárcel en cada calle, un soldado en cada esquina y un tribunal o una tribuna en cada casa. No constituye, no puede constituir opinión verdadera ese número mayor o menor, siempre corto, respecto a la totalidad de los que dan su parecer sin ser peritos, y cuyas formas correctas no impiden que en el fondo sean curanderos sociales.


2.000 equipos eléctricos
DELCO-LUZ
funcionan actualmente en la Argentina desde hace más de 5 años, lo que prueba los buenos resultados que han dado en todas las casas y establecimientos de campo. El momento es oportuno para que Vd. haga instalar uno en su casa de campo.
Solicítense folletos explicativos y la nómina de poseedores.
DELCO-LUZ
Agentes exclusivos:
Pratt & Cia.
626, Sarmiento, 636 — Buenos Aires.
Sucursales en: Rosario y Córdoba.
El cinematógrafo en su propia casa.
DeVry
En la ciudad y en la estancia manejado por Vd. mismo.
Especial para casas de campo, clubs, colegios, casas de familia, negocios, embarcaciones, viajantes, hospitales, etc. Se usan cintas comunes, de manera que con poco gasto se pueden alquilar o comprar en cualquier casa del ramo, y se puede enchufar en los toma corrientes comunes. Sumamente manuable: pesa 12 kilos.
Solicítenos folletos explicativos que enviamos gratis.



A UN AMIGO QUE SE CASA

Las maneras deben ser suaves como curvas, y el carácter firme como un cuadrado. — PROVERBIO ÁRABE.

Mi querido Alberto:

Desgraciadamente para usted, la diosa Fortuna lo ha tratado siempre bien, derramando en su camino los dones que alejan al hombre del trabajo afanoso; joven y lleno de esperanza, con dos viejos modelos por padres y amigos inalterables, va usted a realizar su ideal, uniéndose a la compañera elegida por su corazón. Sólo flores se ofrecen, pues, a su paso, y son ellas precisamente las que me traen a la memoria melancólicos recuerdos de otra época, en que mi espíritu atravesó la misma zona risueña que hoy recorre el suyo.

Mirajes de impresiones lejanas, de hombres y de cosas que pasaron o que no existen para mí en una forma distinta de la que entonces, ráfagas de juventud, reminiscencias de Hugo, de Musset, de Lamartine, ditirambos que me cantaban dentro el alma, de todas las bellezas de la naturaleza, todas las vibraciones de la vida, camino dejado atrás, con sus zarzas y sus flores, todo eso aparece renovarse hoy, y cobrar una vida nueva, agitando los perfumes que duermen en sus entrañas olvidadas.

Comparo esta suave facilidad de su vida, en que todo es color de rosa, con la lucha perpetua a que se redujo la existencia de cierto amigo muy íntimo, y digo: ¡qué profunda diferencia de destinos! Como usted recién principia, no tiene historia; apenas se bosqueja en ella el primer capítulo, pero por el tema conocido que tratará, se puede predecir que su lectura no producirá tristezas ni lágrimas.

En cambio, ¡qué historia la de mi amigo!...

Permítame evocar su figura, y revolver en la mente ese pasado de Dickens, ese hogar en que durante tanto tiempo batió sus alas el cuervo de la inquietud, haciendo palidecer los semblantes e imponiendo silencio melancólico a las paredes mismas de la vieja casita.

Lo veo, solo, inclinado sobre los libros para olvidar; la joven madre procura hacer guardar silencio al primer hijo, porque de ese silencio esperan ambos la modificación de un presente estrechísimo.

Los parientes ricos, temiendo las consecuencias de una generosidad que se imponía, se han alejado por completo y aguardan también que aquella miseria pase, para tender sus manos sin miedo de desprender por ellas los beneficios.

Habituados, ella particularmente, a una atmósfera de alegría, de satisfacción y bienestar, la nueva vida los aplasta con sus necesidades vulgares, porque lo horrible que tiene la miseria, es su naturaleza grosera y plebeya.

Imposible ser distinguido sin dinero, es decir, sin libertad; el contacto con las ruindades, con las necesidades animales ineludibles hacen áspero el espíritu y degradan el cuerpo; que se encierre a un hombre y a una mujer en un pequeño recinto y se les obligue a vivir absolutamente frente el uno al otro; aun cuando tengan el alma más pulida y la naturaleza más delicada del mundo, llegarán a ser dos animales cínicos y desvergonzados.

Y aquellos dos pobres seres luchaban desesperadamente por no degradarse; se ocultaban el uno del otro; se negaban la existencia de la miseria que los penetraba; pero en sus sueños interrumpidos por meditaciones silenciosas en sus rostros cavilosos, iba reflejada la secreta intranquilidad que los movía.

El vivía de una industria absurda en América: era escritor; ella no se atrevía a pedirle que dejara el arte literario por el comercio o la burocracia; conocía su tenacidad particular, su confianza en su porvenir mejor, pero lejano, y sufría infinitamente esas humillaciones de la mujer joven que se ve privada de luz, de aire, de paseos, de fiestas, de toilettes y de joyas. La presencia misma de los regalos de bodas y de los trajes de novia, era un incentivo para el dolor.

¡Qué perspectiva! ¡Había cambiado la tranquilidad sonriente de su existencia, todas las alegrías de su edad, por los brazos meditabundos de un hombre que no podía sacudir el peso letal de sus aspiraciones anticomerciales!...

Amigo mío, el amor es una enfermedad, una suave y agradable locura, que pasa con la satisfacción del deseo; ¡felices aquellos que la pasión cede su lugar violento e insostenible, a una amistad pura y desinteresada! Mis pobres héroes no tuvieron nunca luna de miel: él era de un carácter demasiado reflexivo y

frío para abandonarse a las expansiones locas; el pensamiento del *mañana* adusto y colérico, le cegaba las fuentes del entusiasmo y de la alegría. Había nubes siempre en su frente; y ella, la pobre flor arrancada a las caricias del sol, languidecía en silencio; no solamente no se quejaba, sino que era también la más ardorosa en fingir esperanzas de un porvenir mejor.

Y he ahí lo que los salvó; principiaron a luchar en generosidad, sacrificios, en gentileza, en ficciones de ventura en lugar de recriminaciones y lamentos; se unieron estrechamente para conjurar el peligro común, al calor de aquella abnegación mutua, les salió del alma un tesoro que ni sospechaban en ella: la confianza más ilimitada del uno en el otro, la amistad más ferviente, el lazo que los confundía para siempre en una sola inspiración.

¡Qué tentaciones atroces tiene la miseria! Resistirlas, es un placer violento, cuando se puede esconder la cara llena de lágrimas en el seno de un amigo tan especial como la mujer — de un amigo tan maravillosamente constituído, que siendo el más débil en las horas de alegría, es el más fuerte en los días de la desgracia, — que reconforta, que sublimiza, que premia los sacrificios, demostrando que los comprende y que los admira.

No he vivido muchos años, pero he vivido mucho, y creo que no hay mujer en el mundo que ame verdaderamente a un hombre bajo, cobarde y avaro. Esas son las tres grandes líneas que busca la mujer en el carácter del hombre. Ahora bien; es imposible que el marido oculte a su esposa la fisonomía que en realidad tiene su espíritu, no la que representa al público. Y cuando esa otra alma conoce todos sus secretos, ve todas sus acciones, aprecia sus móviles, sus altiveces o sus flaquezas, con la pasmosa sutilidad de observación que distingue su sexo, y en lugar de apartarse del hombre, se aferra a él, y lo anima y lo aplaude para que siga siempre siendo bueno, noble y caballero, la suerte de ese hogar está echada. No hay nada que la pueda romper, y la felicidad o la desgracia que venga después, los encuentra siempre unidos.

He aquí la historia de mis héroes, y porque, queriéndolo a usted mucho, siento que, como ellos, no principie usted por sufrir un poco. He visto a otro matrimonio que vivía convenientemente, pero sin afección mutua, confundirse en lágrimas del corazón sobre la cuna del primer hijo muerto, y ser, desde entonces, los amigos más completos y fieles del mundo.

Es triste que sean las grandes violencias del dolor las que obliguen a las almas a desenmascararse y a presentarse las unas a las otras, tan desnudas como en las visiones de la comedia divina; pero ésta es la vida humana, y son débiles los lazos que la desgracia o la aflicción no han cimentado.

Si tuviera tiempo y espacio, le contaría cómo mis humildes héroes consiguieron formar, al fin, un hogar sin inquietudes; pero debo terminar.

No puedo resistir, sin embargo, al deseo de hacerle vislumbrar la atmósfera desesperante en que vivieron durante largos años; desgajados del árbol de la familia, sin relaciones, tenían dos grandes e inmensos lujos de alma: los libros y la música. Un almacenero implacable y gran devoto de Baco, les alquilaba parte de su casa; de las reuniones churriguerescas del almacén brotaban olores y sonidos que eran una sangrienta ironía para las romanzas apasionadas de Donizetti y de Meyerbeer, de modo que ni en aquella soledad podían los pobres olvidar; en alas de la música, lo que tanto les afligía. Los gritos de la *morra* y las peleas o cantos continuos de los trabajadores beodos, entraban en la silenciosa casita, como huéspedes insolentes y burlones, a reír de aquella tímida tentativa de emancipación.

No se hubiera dicho, al ver la figura delicada de la pianista, que las manos que arrancaban voces inteligentes al viejo piano, eran las mismas que momentos antes habían preparado una demasiado modesta cena, — ¡oh!, ¡hay en toda esta historia, la esencia de una novela de Dickens! — La casita se cerraba al entrar el sol, y sólo los gritos de los beodos interrumpían la triste comunión de aquellos dos espíritus que pedían a la música y al libro el olvido de la hora presente. Una vez — el invierno era crudo — los gastos aumentaban, y él no se resolvía a pedir lo que creía poder ganar más tarde con su trabajo. Había frío en la casa, y mucha melancolía y mucha desesperanza. Entonces, él abandonó las abstracciones de la ciencia, e imaginó el amortiguar la aflicción con el engaño del alma.

Necesitábase algo que les ocupara la mente, de la que vivían mucho más que del cuerpo; y compró *Les Trois Mousquetaires,* ese viejo romance encantador, que los hizo llorar, que les presentó imágenes de otros tiempos y de otros hombres. Con *Los Tres Mosqueteros* y *Veinte años después,* pasaron muy agradablemente el invierno. ¿Qué quiere usted? Cuando hay cariño, la felicidad está siempre cerca.

Mis héroes andan hoy por Europa con sus hijos, no por ostentación, sino por ferviente deseo de ver y de aprender. Creo que son felices, viendo crecer a sus vástagos en el ejemplo de sus propias virtudes.

Se los presento como una visión de romance, deseándole que los imite en la perseverancia, en la sinceridad con que se han fundido el uno en el otro, en la absoluta renuncia de egoísmo con que han asociado sus existencias, y en el cariño profundo que se profesan, nacido en el respeto mutuo y en la benevolencia con que miran las inevitables flaquezas de la vida.

Evite en lo que pueda el contacto de las cosas y de las gentes vulgares; trate siempre que haya al alcance de la mano un buen libro, y recuerde que el arte, la poesía, la música, el estudio, suavizan todas las asperezas, y hacen amable y paciente al hombre.

Su muy amigo.

CARLOS OLIVERA

DIBUJO DE SIRIO

A LA ALHAMBRA

I

Bello alcázar del rey moro,
Tu genio ya te abandona
Y arranca a la real corona
De tus gracias el tesoro.

De tus lamentos el coro
Se escucha de zona en zona,
Y el tiempo no te perdona,
Ni quiere escuchar tu lloro.

Alzate otra vez, ¡oh Alhambra!
Y al son de morisca zambra,
Para rendirte homenajes,

Gallardos en sus corceles,
Vendrán otra vez gomeles,
Zegríes y abencerrajes.

II

Yo que admiré los primores
De tus ricas filigranas,
Y tus salas soberanas,
Y albercas, y surtidores.

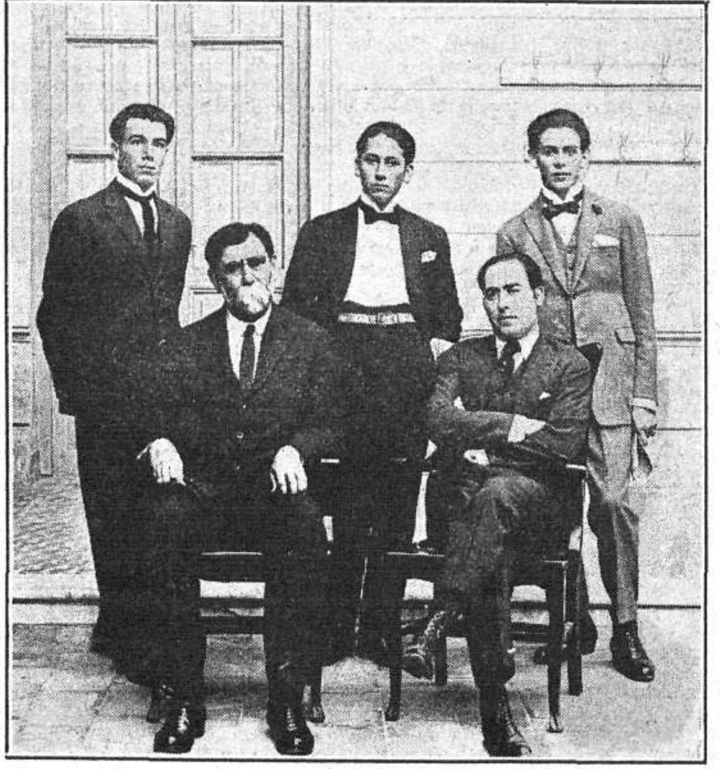
Yo, que en tu mansión de amores
Evoqué en trovas galanas
A las mágicas sultanas
Que coronaste de flores,

Admirador de tus viejas
Tradiciones, conmovido
Por el ¡ay! con que nos dejas,

Humilde a tu genio pido
Que no desoiga tus quejas,
Ni te abandone al olvido.

CARLOS A. GUTIÉRREZ

De La Rioja



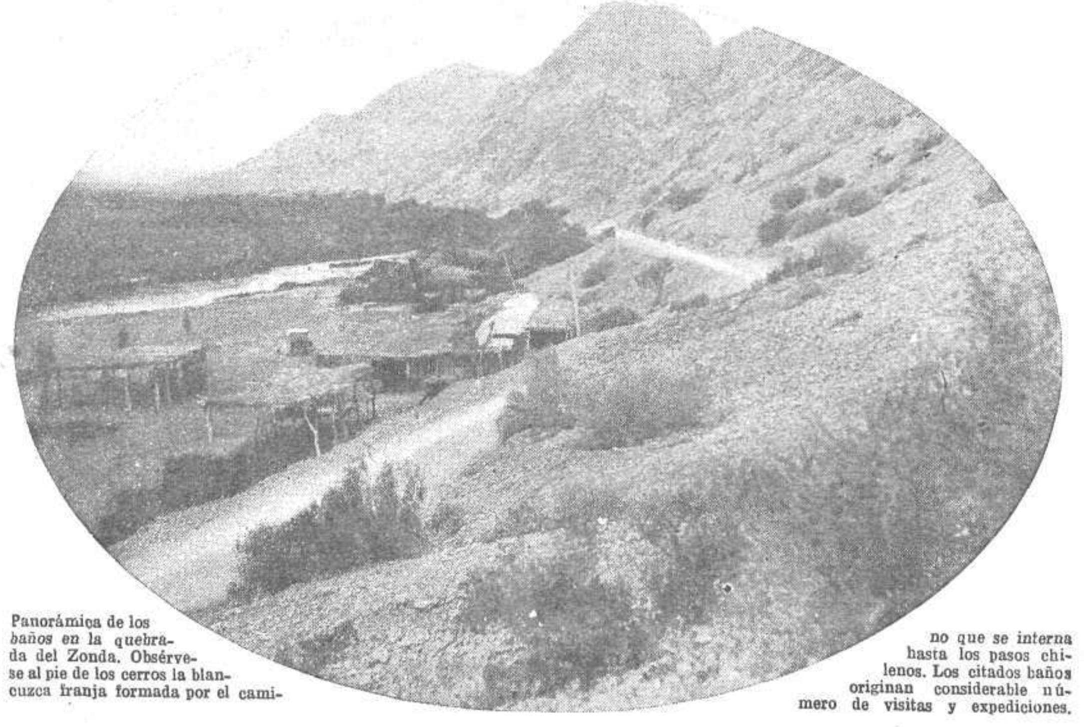
El rector del colegio nacional, doctor Wenceslao Frias, y el vice, señor Juan Donadio, con los bachilleres egresados últimamente.

EL OLFATO DE ANATOLE FRANCE

Anatole France, cuenta "Le Cri de París", apasionado coleccionador de libros viejos y de dibujos antiguos, revisando los que poseía un anticuario sintió de pronto un estremecimiento de júbilo. Tomó delicadamente un dibujo a la pluma que había caído bajo sus ojos, y volviéndose al vendedor le preguntó socarronamente: "¿Cuánto quiere usted por esto?" "Veinte francos". "Aquí tiene usted un luis, y ahora que está usted pagado, sepa que este dibujo es de Miguel Angel. He aquí su monograma. ¡Un dibujo original de Miguel Angel, amigo mío, y usted no puede hacer reclamación alguna, porque usted mismo fijó el precio!" "No es esta la primera vez que usted hace grandes negocios en mi tienda", replicó el comerciante con afligida voz. "Es mi olfato de coleccionista entendido", dijo Anatole France con orgullo. "No conocí esto por el monograma solamente, sino por el estilo, por las genialidades. Vea usted esta mancha de tinta: el artista se aprovechó de ella para hacer una parte de la espalda de la figura. Estas cosas no son propias de un copista". Oyendo tantas cosas bellas, el vendedor cariacontecido, tomó el papel, lo puso al trasluz, sonrió maliciosamente y le dijo al célebre novelista: "Vea usted lo que tiene grabado el papel: año de 1875".



PRECIO RECLAME
$ 7.000
s/w Buenos Aires
EL NUEVO FAETON
R.E.O.
SPORT
R. E. O.
EL AUTOMOVIL DE VERDADERO MERITO
Con un confort bien estudiado en la práctica, desechando extravagancias inútiles, el R. E. O. representa definitivamente la más alta concepción autovilística para 1923.
Su organización de 19 años, dirigida siempre por los mismos hombres, ha formado su fama, hoy sólidamente establecida.
Todos los automóviles de seis cilindros R. E. O. van montados sobre el famoso doble chassis R. E. O., y se admite hoy que esta adaptación es uno de los más grandes triunfos de la fabricación de automóviles, asegurando un servicio ilimitado.
Los compradores argentinos aprovechan en estos momentos de todas estas ventajas, a un precio excepcionalmente conveniente, puesto que sus introductores han fijado precios de reclame con el fin de hacer conocer esta marca.
El éxito de las ventas R. E. O. se afianza, y hoy supera nuestras previsiones; los recientes compradores traen nuevos clientes, y esto nos proporciona una de nuestras mayores satisfacciones.
El R. E. O. necesita únicamente que se le conozca; su uso diario se encarga de lo demás.
El R. E. O. argumenta sólo de por sí.
Necesitamos agentes de responsabilidad.
STOCK DE REPUESTOS
A PRECIOS DE FABRICA.
SOLICITE CATALOGO
DARTIGUELONGUE & TOULOUSE
ESMERALDA, 142
PRECIO RECLAME
7 pasajeros.
Faetón Touring.
$ 6.500
s/w Buenos Aires.

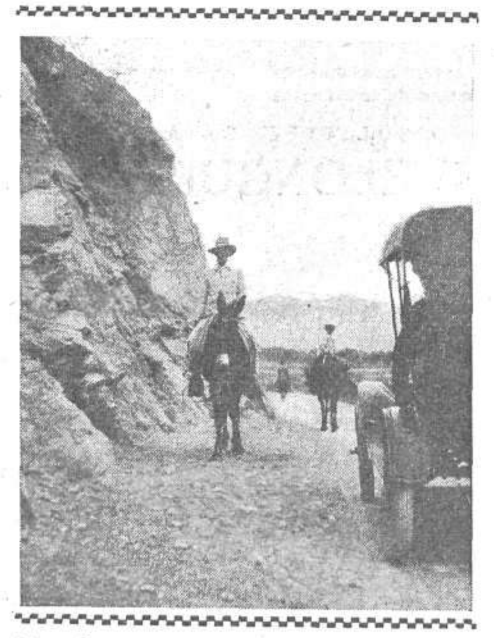

Panorámica de los *baños* en la quebrada del Zonda. Obsérvese al pie de los cerros la blancuzca franja formada por el camino que se interna hasta los pasos chilenos. Los citados baños originan considerable número de visitas y expediciones.

En la quebrada *del* Zonda


IQUEZA que se advierte y poderío en agraz para cuando un torrente inmigratorio llegue a implantar en estas tierras el empuje de sus iniciativas: tal es la inmediata sensación que gana el ánimo del visitante.

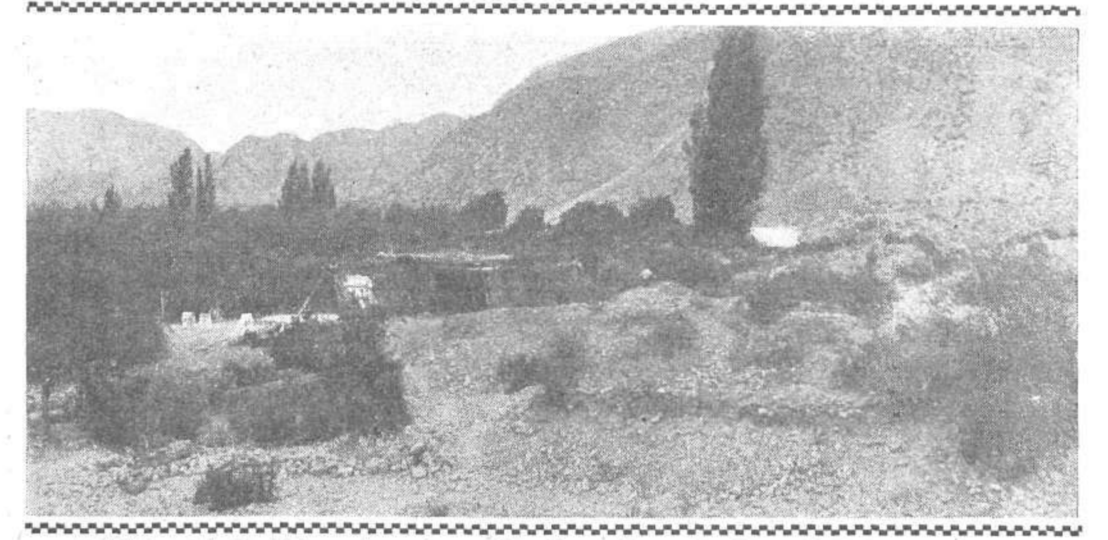
Claro está que todavía este San Juan de los vinos gratos y los frutos muy dulces y muy abundosos no conoce el aguijón de una imperiosa y tremenda necesidad de aprovechar sus parcelas con criterio metódico, y todo aquí esplende abundancia, derroche, desdén casi, porque los campos apenas conocen el arado en una relativa parte. Pero es una verdad indudable que la naturaleza culmine en este suelo una de sus más armónicas predilecciones, aunque sean tan incomprensibles sus arcanos que de tiempo en tiempo hace correr por las venas de la tierra el estremecimiento pavoroso que brota espasmódico desde remotos y hondos cataclismos.

—Ahora, señor, en cuantito crucemos «Desamparados» y demos paso pal puente, verá la entrada del Zonda, que es por donde, se dice, viene aquel viento abrasador y bravazo que tanto incomoda — me anuncia el criollo que guía mientras aprieta el paso. Por ambas márgenes del camino crecen vergeles nunca imaginados, viñas coronadas de durazneros redondeados a tijera, guardadas por un enorme cuadro de álamos altos y enhiestos que jamás están quietos en rezongos con la brisa o en furiosa defensa con los vientos. Asoman sus caritas risueñas un mundo de rosas silvestres, engarzadas entre la urdimbre de frescos ramajes.


A dos mil seiscientos metros en el corazón de la quebrada. Encuentro de turistas que van escalando las cuestas en automóvil y el empleado nacional que vigila constantemente las líneas telegráficas que cruzan en dirección a la cordillera.

El incesante y antiguo transcurso de recuas y carretones ha pulverizado, ha calcinado la piedra en las huellas del camino, que así parece un largo reguero de cenizas y sugiere las más extrañas imaginaciones al resplandor de alucinantes visiones volcánicas, más extraordinarias cuanto mayor atención se dedica a examinar el confín montañés donde las nubes andan a trompicones y saltos con los picachos.

Cuando desaparece la visión de los huertos, ya en los enredos de la senda que sube y baja, se tuerce y endereza, está como una piel de boa extendida para marcar una ruta; nos regocija entrañablemente la maravilla de los majuelos ilimitados, tendidos en la hondanada a líneas impecables, en torno del caserío entre cuyos adobes adivinamos las grandes cubas que pronto llenarán su seno del



El típico rancho de pobladores nativos en los pequeños valles entre las montañas de la región del Zonda sanjuanino.

zumo cuyos topacios y rubíes alegran la mirada y cuya alma se atraviesa en nuestro corazón como un saetazo.

— *Vea, señor* — irrumpe el arriero que va delante. — *Aqueya piedra blanca de ese cerrillo la yaman la «virgencita».*

Es un jirón de piedra blancuzca, encajada entre el lomo marrón del árido cerro, y tiene la vaga e indefinida forma de una imagen cubierta con manto, vista desde lejos. Comienza el hombre a deshilvanar leyendas místicas, a contar episodios ingenuos; la sempiterna cantilena de aparecidos y milagros que lleva sus ecos por toda la tierra que fué de tribus y vino a manos de conquistadores. La piedrecita legendaria, puesta a más de un ciento de metros desde la base cerril, tiene sus fieles, feligreses de «sus milagros» que llegan por temporadas, atraviesa caminos, portando las ofrendas en flores que conciben por bueno y expresivo testimonio de fe y regocijo ante los prodigios de la «imagen». Al pasar cerca, busco su rostro, sus líneas, su aire: ¡piedra, piedra, piedra pelada y solitaria! Y aunque me acometen las más irresistibles tentaciones de reírme o de objetar una travesura, tengo recelo de hacer que ruja el fanatismo de aquel convencido que se descubre con reverente ademán.

Inmediatamente comienza la rampa en amplia curvatura, y a sus pies asoma la triste figura de uno que otro ranchejo en cuyos cobertizos procuran reparo al sol dos o tres criollas que aguardan indolentemente nuestro paso hasta vernos perder entre los últimos espirales del polvo levantado por nuestra caravana.

Hemos perdido de vista las alegres viñas. Todo en derredor aparece asperamente recio, como un diluvio de piedras, un fragmento de otro planeta. Pero esto infunde respeto. Ata las palabras a las emociones ocultas que no atinan a brotar de los labios: es lo majestuoso de la tradición ensamblada a la grandiosidad que se percibe por encima de las cumbres, en las remotas alturas cordilleranas.

Al torcer por un recodo asoma el nuevo espectáculo de unos hornos caleros empotrados en el murallón serrano. En sus cuevas, donde la cal expande un polvillo penetrante, abren la piedra a piquetazos algunos hombres desfigurados por esa especie de polen grisáceo claro que los cubre. Se sienten deseos de correr lejos, hacia el confín, donde apenas puede conjeturarse una leve esfumación montuosa. Nos cruza el camino un arriero llevando en las ancas del mulo a la china de sus quereres, y parece que desconfía de la bullanguera presencia de nuestra expedición.

Lejos ya del ambiente de las caleras, la quebrada se abre gallardamente mostrando un grande y hermoso regazo lleno de audacias y con sus rasgos de armonía. De un margen, los pedregales inmensos que hacen guerra al arbusto y ascienden formando frisos gigantescos en reto al firmamento. Del otro, los declives revestidos de verdor con matices violentos o tenues. Un juego de austeridad y sonrisas echado por la creación a manos llenas en el seno de las estribaciones andinas.

Muy de tarde en tarde suena por estos confines la voz del clarín: allá en el curvilíneo sendero asoma la tropa de «cargueros» avanzando lenta y cautelosamente al compás del resuello de las mulas.

Y a trechos el «guía» detrás o al costado de la «yegua madrina», como ahuyentando el mutismo de la gran quebrada, echa fuera del bronce los preludios de una diana que nunca se define.

Así pasa por ahora el chorro de civilización que por estos mundos viene designando el avance de una magnificencia insospechable.

SANTIAGO FUSTER CASTRESOY

Tipo regional arreglando el cauce de una vertiente dentro de la quebrada, pequeño caudal de agua que luego, uniéndose a otros muchos, contribuye a engrosar los ríos que sirven para regar las vegas de ticas regiones.

Escuela nacional ambulante

Indígenas de Las Palmas (Chaco) durante una clase de escritura.

Heroico maestro de las escuelas ambulantes haciendo las veces de peluquero.

Durante una clase de aritmética explicada por medio de galletas que, a la par que enseñan a sumar y restar, alimentan.

REGALO

OBSEQUIAMOS con este bonito anillo enchapado en oro y con cualquier inicial, a todo comprador.

$ 18.00

¡OCASION! Reloj de plata 800, 3 tapas, chato, máquina a áncora, con 15 rubíes, y con una cadena. Precio increíble. $ **$ 18**

N.º 131. — Enchapado en oro 18 kilates, calados con monograma, a......... $ **5.00**

N.º 428. — Enchapado en oro 18 kilates y piedras químicas, $ **6.00**

N.º 454. — Enchapado en oro 18 kilates y piedra brillante negro del Brasil, a $ **3.00**

N.º 136. — Plata 900 o enchapado en oro 18 kilates liso, con iniciales grabadas o esmalte, a..... $ **5.00**

N.º 480. — Hermosos aros en nácar fino, adornados con marquesinas. Precio excepcional $ **5.90**

N.º 479. — Aros de plata 900, con piedras hematite, muy sólidos...... $ **6.00**

ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS

UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS

de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 k. con 5 brillantitos, todo por sólo **$ 30.—**

El mismo juego con el cintillo de oro 18 kilates, a................................ **$ 45.—**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES



Para Todo Hombre de Negocios

La nueva Máquina **Corona** constituye una verdadera y poderosa ayuda, pues se adapta especialmente a los trabajos de carácter reservado: en la oficina sirve para extender los escritos que uno no quiere confiar a otros, y también para preparar los borradores de documentos cuya confección, al escribirlos personalmente a máquina, resulta mucho más rápida que dictándolos. Luego, si se quiere, puede ser llevada a casa, con la misma facilidad con que se lleva una valija de mano.

Entre otras mejoras, la Nueva **Corona** tiene cinta de dos colores automáticamente reversible, un cómodo teclado de teclas bien separadas, y una línea de escritura más extensa que cualquier otra máquina portátil.

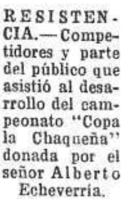
SU PRECIO NO HA AUMENTADO: Sigue siendo de **$ 195** m/n, al contado, con un descuento del **10** %; por mensualidades la vendemos por 10 cuotas de **$ 19.50** papel c/u.

* * *

OFERTA ESPECIAL A LOS AGENTES

Necesitamos, en toda la República, Agentes que quieran cooperar para la difusión de nuestro novísimo sistema de ventas. Serán preferidas aquellas personas de responsabilidad comercial que ya se ocupen de la venta de máquinas, autos, fonógrafos, aparatos fotográficos, máquinas de coser, etc., y que cuenten con buenas relaciones comerciales en sus respectivas localidades. Solicítense datos completos por carta.





RESISTENCIA.—Competidores y parte del público que asistió al desarrollo del campeonato "Copa la Chaqueña" donada por el señor Alberto Echeverría.

Equipos del Tiro Federal de la colonia Benitez y Tiro Federal de Resistencia que tomaron parte en el campeonato.





CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1
Comprimido, por «Juan Sosey» (Rosario)

R LUNA

N.º 2
Comprimido, por «Juan Sosey» (Rosario)

: TA NOTA NOTA R

N.º 3
Metátesis triple, por «Juan Sosey» (Rosario)

1 2 3 4 5 ANIMAL
1 2 4 3 5 MADERA
1 3 2 4 5 REZO RELIGIOSO

N.º 4
Refrán interpretativo, por «Esfinge» (Rosario)



N.º 5
Comprimido, por Ricardo Rivas (Habana, Cuba)

100 COFRE JADA

N.º 6
Comprimido, por Ricardo Rivas (Habana, Cuba)

I DIOSA NEGACIÓN

N.º 7
Frase hecha, por Julio Renart (Mendoza)



N.º 8
Jeroglífico, por Julio Renart (Mendoza)



N.º 9
Refrán interpretativo, por Julio Renart (Mendoza)



N.º 10
Frase en jeroglífico, por «La Negra» (ciudad)

D PMEAOLR

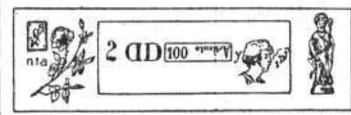
N.º 11
Charadístico, por «La Negra» (ciudad)

1.ª y 4.ª	2.ª y 4.ª	3.ª y 4.ª
NOMBRE DE MUJER	ANIMAL	NOMBRE DE MUJER
TODO: NOMBRE DE MUJER		

N.º 12
Frase comprimida, por «Alfa y Beta» (Morón, F. C. O.)

TISIS ——— BRONQUITIS
BELLACO ——— MALICIOSO
TRAVIESO ——— INQUIETO

N.º 13
Refrán comprimido, por «Chichín» (ciudad)



N.º 14
Comprimido, por «Chichín» (ciudad)

MUEBLE RON RON

N.º 15
Comprimido, por «Chichín» (ciudad)

ARMA-MAL BEBIDA

N.º 16
Charadístico, por «La Negra» (ciudad)

2.ª y 1.ª	4.ª y 3.ª
EN LOS VERSOS	ANFIBIO
TODO: INSECTO	

N.º 17
Problema, por «Sinaroma» (Mar del Plata)

Repartir 90 pesos entre tres personas, de manera que la tercera tenga 5 pesos menos que la segunda, y ésta 10 pesos más que la primera.

N.º 18
Comprimido, por «Sinaroma» (Mar del Plata)

N VOCAL CA EN EL PUERTO

CONCURSO DE PASATIEMPOS
FEBRERO DE 1923.
CUPON N.º 1271.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Concurso de enero. — Se reciben soluciones hasta el 14 de febrero inclusive.

INGENIERO LUIGGI (Pampa). — Amplio y confortable edificio escolar con capacidad para 500 alumnos que acaba de ser librado al servicio público por el Consejo Nacional.

TRENEL (Pampa). — Alumnos de la escuela N.° 170, que dirige el señor Vicente Rojas, que celebraron una interesante fiesta con motivo de la clausura de las clases.


Por el elevado prestigio de que gozan los vinos de mesa marca
"ARIZU"
son los preferidos en estos días de alegría común.
Esmeradamente embotellados se venden con la marca "Arizu" estampada en las etiquetas y cápsulas.
EXIJALOS A SU PROVEEDOR.
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional.
Soc. Anón. Viñedos y Bodegas "ARIZU"
Avda. de Mayo, 1035 — Rivadavia, 1032
RESERVA
PINOT BLANCO
BODEGAS ARIZU
MENDOZA

Comentarios

Por razones que nadie puede ignorar,
produce entre los calvos admiración.
Y a veces, con respeto, dicen de Alvear:
— Esa es la primer calva de la nación.

* * *



— No le deja en todo el día,
ni en la cama, ni en la mesa,
ni en el club, ni en el tranvía.
— ¿Y qué enfermedad es esa?
— La radiotelefonía.

* * *

— Luis, que era una persona estrafalaria,
llevaba a todo el mundo la contraria.
Decía: — La que es blonda, nunca es blonda,
sino de pelo oscuro desteñido;
el sentido común no es un sentido
y la redonda Tierra no es redonda.
Cayó, por el calor desvanecido,
y, cuando volvió en sí, muy decidido,
exclamó: — ¡Esto es el Polo!
Vivió medio segundo
y murió helado, sólo
por llevar la contraria a todo el mundo.

* * *



Más ñata que tú ninguna
en el mundo encontrarás,
ya que tu nariz es una
hipótesis nada más.

* * *

— Ahí van los ministros. Gallardo encabeza
el grupo solemne. Cualquiera diria
que van al Congreso con tanta fiereza
quizás porque saben que un Angel los guía.

* * *

Un irigoyenista
se alarma y se contrista
porque el calor aumenta.
— ¡Qué atroz temperatura! —
frenético murmura.
Calmarse en vano intenta
y añade luego así:
— Le he visto sudoroso,
cansado y silencioso.
No es bueno que se irrite
moviéndose y corriendo,
porque, eso es lo tremendo,
si Elpidio se derrite,
¿qué va a pasar aquí?

* * *



Llegó un borracho a un figón.
El gato hacía *ron ron*,
el ebrio le escuchó un rato
y después dijo:
— Patrón,
¡quiero lo mismo que el gato!

* * *

— ¿Se jubiló?
— ¡Cómo no!
Ni un momento desmayó
tan ilustre ciudadano.
Salinas se jubiló
como un antiguo romano.

* * *

Desolado, al saber que en la intendencia,
por mala voluntad o negligencia,
se ha perdido una suma de dinero
que no es una bicoca,
Noel piensa, severo:
— Que ninguno me diga «¡Punto en boca!»
Probaré que soy hombre justiciero.
Se acerca casualmente
el carnaval. Yo soy un intendente
elegante. ¡Qué gusto! A ser posible,
deseo disfrazarme de inflexible.

* * *

Al enterarse de que Alvear
en nada quiere intervenir
ni nada quiere aconsejar,
tuvo un caudillo que decir:
— ¿Por qué se «inhibe»? No lo sé;
pero me causa gran dolor
ver sin pastor al comité.
¡Somos ovejas sin pastor!

* * *



Gritó el profesor, así:
— ¡Es usted un ignorante!
Y contestó el estudiante:
— ¡Ya me parecía a mí!
Y se fué lo más campante.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: Los ojos de la «Cauchitpe», por **Héctor Olivera Lavié.** La ninfa del señor jefe, por **Enrique M. Rúas.** La literatura del ex káiser, por **Francisco Grandmontagne.** Gárcia, mártir de la ortografía fonética, por **Miguel de Unamuno.** La leyenda de las joyas perdidas, por **Juan Guzmán Cruchaga.** Los hostiles, estafadores desde el plano astral, por **José Albuerne.** Noche entrerriana, por **Arturo Vázquez Cey.** Santificación, por **Manuel Crespo García.** Luisa Luisi, por **Antón Martín Saavedra.** En el sanatorio: Apariencias..., por **Luisa Luisi.** Alma de organdí, por **Baltasar de Laón.** Una partida entre tres, por **Gilbert Frankau.** El terror, por **Gustavo Meyrink.** Valor, por **F. Tennyson Jesse.** El dilema del policía, por **Ottowell Binns.** La máscara de la ilusión, por **Daniel Riche.** A las golondrinas, por **Joaquín Téllez.** La mortalidad infantil puede y debe ser reducida, por **A. Hernández-Cid.** Visiones del presidio de Sierra Chica, continuación, por **el Vizconde de Lascano Tegui.**